

TE
71

3
CIC

LEBLANC

LA VIDA
EXTRAVAGANTE
DE BALTASAR

PQ2623
.E24
V58



1020027009

MAURICE LEBLANC

LA VIDA EXTRAVAGANTE
DE BALTASAR



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

N
Núm. Clas. L 445v
Núm. Autor _____
Núm. Adg. 30416
Procedencia -L
Precio _____
Fecha _____
Clasifico 29
Catálogo _____

MAURICE LEBLANC

LA VIDA EXTRAVAGANTE DE BALTASAR

TRADUCCIÓN DE
NICOLAS AGUILAR MUÑOZ



M. AGUILAR

EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID

85719

30416



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

843
L.

PA2623
-E24



ES PROPIEDAD

A mi muy querida Margarita.

UANL

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. J. Pueyo, Luna, 29.
Teléf. 14-30 — MADRID

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MO. 1873 - MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO PRIMERO

El héroe de una novela no es siempre un héroe.

DE modo, caballero, que ha podido usted creer que yo, Carlos Rondot, comerciante honorable y conocido como tal en el barrio de Batignolles, concedería la mano de mi hija a un hombre que no tiene padre?

Agresivo el busto, los brazos cruzados sobre el pecho, el rostro escarlata, las cejas y las guías del bigote erizadas, demasiado corpulento para tan delgadas piernas, Carlos Rondot debía, lógicamente, haber perdido el equilibrio y caer sobre el desgraciado pretendiente cuya audacia le llenaba de indignación.

Baltasar se dió cuenta de ello con espanto. Sentado tímidamente en el borde de una silla, encogíase ante la amenaza, hundía el cuello entre los hombros, escondía su único

guante amarillo-mañeca dentro de su sombrero de copa, y éste bajo el faldón de una levita negra, cuyo paño deslucido no había desdeñado la polilla.

Las rodillas y codos salientes, Baltasar era delgado y pálido, de aspecto enfermizo. En su mentón y sus mejillas crecía una pelusilla suave y sedosa, mientras que su cráneo ostentaba una vegetación áspera y corta, como los pelos de una barba rala. La nariz era ancha y sensual, nariz de hombre grueso, siendo sus ojos amables y bondadosos.

Intentando bromear, insinuó con tímida voz:

—Todo hijo supone un padre, querido señor...

—¡Un hijo que no tiene nombre, no tiene padre, joven!—rugió Carlos Rondot—, y cuando no se tiene ni padre, ni estado civil, ni posición social, ni domicilio confesable, no se trata de sorprender la confianza de un honorable comerciante.

—¡Que no tengo domicilio!—exclamó Baltasar reaccionando—. ¿Y la villa de "las Danaides"?... ¿Que no tengo una posición social? ¿Y mi puesto de profesor?...

La cólera del honorable comerciante desapareció de golpe para dar paso a una hilaridad que le sacudía el vientre.

—¡La villa de "las Danaides"!... ¡Don Baltasar, profesor!... ¡Ah! ¡hablemos de eso!...

La risa no era apropiada en una entrevista de tal indole, y Carlos Rondot se contuvo. Armado de súbita gravedad y guardando un silencio que Baltasar no hubiera osado romper, midió con reflexivo paso la habitación, situada detrás de sus almacenes, que le servía de despacho particular.

Cuando hubo preparado su discurso se plantó ante Baltasar, y a manera de preámbulo le dijo:

—Joven, hace dos meses que encontré usted a mi hija Violante en el curso de señoritas en donde explica usted "la filosofía cotidiana". Mi hija mordió—es su misma expresión—en esa rama de la educación moderna, pero no habiendo comprendido ni una sola palabra de sus conferencias, abandonó el curso y rogó a usted le diera lecciones particulares. Tuvieron éstas lugar en mi casa y le proporcionaron a usted la ocasión de introducirse en ella tan arteramente, de insinuarse tan diestramente en las buenas gracias de su alumna, que un buen día—hace de esto una semana—ésta hacía alusión ante mí a cierto proyecto matrimonial...

Baltasar hubiera podido interrumpir a Car-

los Rondot y objetar que nunca hubiera levantado sus ojos hasta la señorita Rondot, si ella misma no le hubiera declarado una pasión tanto más inesperada cuanto que él no se creía poseedor ni de las cualidades ni del físico de un seductor; pero Carlos Rondot prosiguió de nuevo:

—¡Un matrimonio entre mi hija y usted!... Sin duda alguna, Violante ha sufrido una de esas crisis que lanzan a la joven más advertida en brazos del primer imbécil que se presenta. Es una criatura un tanto exaltada, demasiado asidua a las *matinées* de la Comedia Francesa y que hasta "hace" poesía. Simple chilladura, pues, de su parte, y de la cual yo no hubiera debido preocuparme. A pesar de todo, instantes después me dirigía a la agencia de informes X Y Z. ¿Quién era usted? ¿De dónde salía usted? ¿Qué medios de existencia disponía?... X Y Z ha proseguido su investigación. He aquí la respuesta.

Con el reverso de sus dedos, Carlos Rondot golpeaba sobre una carta desplegada y miraba a Baltasar con la mirada severa de un juez de instrucción, que abre ante el acusado un legajo repleto de pruebas.

El acusado tenía un aspecto lamentable. Si se le hubiera puesto ante un cadáver despe-

dazado, no tendría una tan desconcertante actitud.

El juez de instrucción comenzó:

—“El tal Baltasar... (una larga pausa, una mirada sarcástica: ¿se puede llamar “tal” a un hombre que nada tiene sobre la conciencia?)... el tal Baltasar habita, si puede llamarse así, detrás de los desmontes de Montmartre, más allá de las fortificaciones, en un terreno poblado de chozas y casuchas de traperos y que se llama la Ciudad de las Barracas. La “villa de las Danaides”, a la cual da acceso un arroyo de barro e inmundicias, se compone de un pequeño cercado, dos árboles secos y un gran tonel que sirve de dormitorio, salón y cocina. Sobre la valla se lee: “Baltasar, profesor”. ¿Profesor de qué?... De todo y de nada, pudiéramos decir. Precisemos: Profesor de filosofía cotidiana para señoritas, de tango para señoras entradas en años, de pronunciación francesa para extranjeros... Profesor de degustación en una “tasca” de Montmartre, profesor de billar y de aculotado de pipas en Clignancourt..., etc., etc. Estas diferentes ocupaciones no le producen gran cosa, lo que no le impide emplear los servicios de la llamada Calabacita, huerfanita que hace los trabajos de casa a algunos traperos

y que particularmente limpia, friega, lustra y pule la "villa de las Danaides". Fuera de esta Calabacita, que él intitula su dactilógrafa, y del señor Vaillant du Four, un viejo beodo cuya villa está configua a la suya, el señor Baltasar mantiene cordiales relaciones con todos sus vecinos y no desdeña en ocasiones el hacerles sus confidencias. "Un niño incluso—dice—, eso soy yo... encontrado por mí mismo, una mañana de diciembre, en medio de un gran camino, y que desde entonces ha comido como ha podido y se ha educado también como ha podido. ¿Documentos, acta de nacimiento? ¿un nombre de familia, una madre, un padre? ¡Tonterías! Puede uno prescindir de todo eso, como de calcetines y camisas." El señor Baltasar quizá ha prescindido muchas veces de estas prendas, pero no ahora. Hace almidonar sus cuellos, vacía frascos de esencia sobre su persona, fuma cigarrillos de lujo y suele prestar un duro a algún vecino apurado... ¿Cómo explicar tales prodigalidades? Hemos llevado nuestras pesquisas hasta el último límite, y a través de las habladuras y de las exageraciones, hemos logrado desentrañar ciertos hechos corroborados por pruebas patentes y de los que es bien extraño que la policía no ten-

ga noticias. Limitándose nuestra misión a informar a usted, lo haremos sin comentarios, en algunas líneas, rogándole saque usted las conclusiones de nuestra minuciosa investigación..."

Carlos Rondot se detuvo para juzgar el efecto producido por esta lectura. Le pareció que Baltasar estaba descompuesto. Con los ojos fijos y la frente cubierta de sudor, el joven escuchaba con visible asombro la más secreta historia de su vida íntima.

—¿Debo continuar?—preguntó el señor Rondot, cada vez más severo.

Baltasar no respondió. El honrado comerciante se inclinó hacia él, y con el papel en la mano prorrumpió con voz sorda:

—"A fines del mes de agosto, o sea hace ocho meses, el señor Baltasar recibió durante tres días consecutivos la visita de un hombre grueso y corpulento, el cual en cada visita permaneció varias horas con él, y a quien acompañó hasta las fortificaciones. Ahora bien: a la semana siguiente los periódicos publicaron el retrato del hombre grueso y dieron cuenta de su detención. Por pudor no insertamos aquí el nombre del hombre grueso ni el de la banda de malhechores que ha formado, y no queremos tampoco hacer nin-

guna suposición sobre las relaciones que han podido existir entre el célebre bandido y el profesor de filosofía cotidiana, pero debemos hacer notar que fué a continuación de estas entrevistas cuando el señor Baltasar comenzó a distribuir dinero, quizá con el fin de evitar alguna denuncia, que, contra toda verosimilitud, no se ha producido. La casa "XYZ", que no se aventura nunca en el terreno de las hipótesis, somete los hechos a la sagacidad de usted y se los explicará verbalmente, si así lo desea, rogándole reciba la expresión de su respetuosa consideración."

El informe había terminado. Carlos Rondot lo guardó lentamente en su bolsillo, sin apartar los ojos de su adversario. ¿Cómo se defendería? ¿Qué razón aceptable daría sobre sus familiaridades con una banda de malhechores? ¿Qué era, cómplice o víctima?

—Ya sé lo que debo hacer—murmuró Baltasar.

El señor Rondot retrocedió ante el temor de una agresión; pero Baltasar se levantó simplemente, cogió su sombrero y se puso su guante color manteca.

—Saludo a usted, caballero.

Y se disponía a salir, cuando, de pronto, se

volvió hacia el honorable comerciante y le dijo en tono firme:

—¿Y si persisto en mi petición?

—¿Si persiste usted?...—replicó el señor Rondot, a quien aquel cambio desconcertó.

—Sí; si mantengo mi pretensión a la mano de la señorita Violante, su hija, ¿en qué condiciones me la concedería usted?

Había sacado de su levita un cuaderno de apuntes y un lápiz, y esperaba con la digna actitud de un *maitre d'hôtel* que solicita el menú del cliente.

El señor Rondot estaba sofocado. Su adversario, cuyo delgado cuello emergía ahora del postizo como el de una garza real, le parecía haber crecido de pronto, y articuló:

—Primero, explicar las visitas del hombre grueso y corpulento y ese asunto de los bandidos...

Baltasar anotó, repitiendo en voz alta y como si le encargaran un potaje Saint-Germain y un rodaballo...

—Hombre grueso y corpulento... Asunto de los bandidos... ¿Y qué más?

—Además—reanudó Carlos Rondot completamente dominado—, además... me son necesarios un nombre... un nombre y un padre.

—Un nombre y un padre — anotó Baltasar—. ¿Y qué más?

—Además una posición y, ¡qué diablo!, un sueldo!... una suma en efectivo...

—Posición... sueldo... suma en efectivo...

Baltasar cerró el cuaderno.

—Está bien, caballero. No apareceré ante usted hasta el día en que pueda satisfacerle. Tenga la seguridad que pondré de mi parte lo posible, y le ruego se sirva recibir, caballero, mi humilde saludo.

Se inclinó, dirigiéndose hacia la puerta con el paso firme y seguro de un hombre que soportaría valientemente todas las vicisitudes. Se disponía, después de abrir la mampara, a volverse y a lanzar a su futuro suegro un supremo adiós, cuando observó que la puerta estaba entreabierta y que una forma femenina se disimulaba en la sombra de un corredor confíguo al vestíbulo principal.

—¡Usted, usted, Violante!...

Esta aplicó las dos manos sobre las espaldas de Baltasar y murmuró ardientemente:

—Ha estado usted admirable. Es usted mi prometido hasta la tumba. ¡Id, amigo mío, y ganad la batalla.

Baltasar intentó reaccionar débilmente.

—¡Ah!, Violante, todo esto es contrario a los principios de filosofía cotidiana que le he enseñado. Es necesario dominar nuestras pasiones y reducir nuestros sueños a la medida de nuestras pobres vidas humanas.

—El amor triunfa de todo, Baltasar.

Pronunciaba "Baltassar" y las tres sílabas adquirían en su boca toda la grandiosidad que merece el nombre de un rey caldeo. Sus ojos lanzaban destellos en aquel su bello rostro, y su cabellera, en forma de diadema, tenía los reflejos de un casco de acero. Robusta, poderosamente constituida y un palmo más alta que él, tenía, a pesar de la exaltación de su palabra, la actitud majestuosa de una reina de teatro.

Baltasar se deslumbró.

—Yo ganaré la batalla—dijo con voz anhelante—. Quiero conquistarla. Es usted mi vellocino de oro.

Apoyábase tan fuertemente en sus débiles espaldas, que le hizo hincarse de rodillas, y, mientras rodaba su sombrero hasta el vestíbulo, gemía:

—¡Mi vellocino de oro!... Le juro que alcanzaré el fin y que me lavaré de todas las acusaciones. ¿Es que conozco acaso al hombre grueso y corpulento? ¿Tengo tiempo de leer

los periódicos? Yo probaré también que todos esos bandidos...

—¡Ah! — exclamó ella —, qué me importa todo eso... Aunque fuera usted de una banda de facinerosos, aunque viviera usted fuera de las leyes, ¿podría yo reprochárselo? Tenga usted un nombre, Baltasar; encuentre usted a su padre... Le doy un plazo de seis meses para conquistarme.

Calláronse. Inclinada hacia él, hubiérase dicho que estaba armándole caballero y que lo expedía para las Cruzadas.

De pronto, con súbito arrebató, cubrió de besos la escasa vegetación de pelos que guarnecía la cabeza de Baltasar y que, por fortuna, había éste friccionado de colonia aquel día.

—En marcha, Baltasar mío; combate por tu Violante. En marcha, amado mío...

Salió, y ya en la calle taconeó fuerte en la acera, abombando el pecho.

Nunca le había transportado una alegría tan noble ni un tan generoso sueño. Y nunca tampoco le había parecido un fin tan fácil de obtener. ¿Un padre? ¡Si eso se encuentra en cada esquina! ¿Dinero? ¿Una posición social? ¡Niñerías! Con un poco de voluntad, basta.

Calabacita, su dactilógrafa, le esperaba en

el jardín de Batignolles cargada de una enorme cartera de cuero, cuyo peso deformaba su talle infantil.

De su sombrerito de terciopelo deslucido se escapaban dos trenzas rubias y fiesas.

—Ya está — dijo Baltasar.

Se sentó en un banco, sin aliento y como desinflado, en parte, de su efervescencia.

—¿Consiente el señor Rondot? — preguntó ella.

—Sí.

—¡Qué felicidad, señor Baltasar!... ¿Y la señorita Violante?

—Ha estado soberbia... Quizá haga mal en no tener en cuenta mis lecciones de filosofía, pero la razón acabará por recobrar sus derechos entre nosotros.

—Entonces ¿está todo convenido?

—Casi. Dos o tres condiciones insignificantes; pero primero es necesario que encuentre a mi padre. ¿Vienes?

Durante una hora, Baltasar, seguido de Calabacita, recorrió las calles a grandes zancadas en busca del autor de sus días. Todos los transeuntes fueron examinados de una ojeada.

—Quizá es ése — decía —, o más bien aquél... Exacta forma de andar que yo, exacta

manera de llevar el cuello postizo... Se diría, en verdad, que pretende evitarme...

Por dos francos, una sonámbula extralúcida, a casa de la cual le condujo Calabacita, cambió sus esperanzas en cerfidumbres.

—Dinero... situación lucrativa... encuentro imprevisto de un señor que se interesa por usted... un pariente...

—¿Muy próximo?

—Más que próximo.

—Sin duda alguna, mi padre—propuso Baltasar emocionado.

—Su padre de usted, en efecto. Un anciano muy rico...

—¿De cabellos blancos?

—No tiene cabellos... ni rostro... ni tampoco cabeza... o por lo menos yo no la veo... porque queda envuelta en la sombra.

La perspectiva de tener un padre sin cabeza no desalentó a Baltasar. Lo esencial era tener uno, y reanudó su marcha a través de la ciudad, que se iba iluminando lentamente.

Hacia las siete se dió cuenta con sorpresa de que Calabacita, aplastada bajo el pesado fardo de la cartera, le había abandonado, y, después, que penetraba en la tasca de Montmartre, a la que precisamente debía ir aquel día como todos los meses, para dar lecciones

de "degustación" a algunos burgueses del barrio aficionados al vinillo bueno y no muy caro. Baltasar, que no bebía más que agua, no entendía ni una palabra en cuestión de vinos; pero tenía un modo tan particular de distinguir el Beaujolais del Rousillon, el Suresnes de tal año del Suresnes de tal otro, que los mejores catadores no se hubieran atrevido a contradecirle. Además, el señor Vaillant du Four, su vecino de las Danaides, a quien debía el agradable empleo de "degustador", y que desde su fundación asistía a estos ágapes, nunca dejaba de darle la razón, y el señor Vaillant du Four, hombre taciturno y vulgar, cuya barba blanca y rígido continente inspiraban respeto, poseía en esta materia toda la autoridad de un borracho profesional.

Baltasar se achispó como lo exigía el contrato, y los dos emprendieron el regreso cogidos del brazo, cantando canciones báquicas, a las cuales el señor Vaillant du Four añadía este inevitable refrán:

—Vaillant du Four, no eres más que un miserable... ¿Me oyes, verdad?... Un canalla abominable... un maldito canalla...

Al llegar a las fortificaciones, el señor Vaillant du Four cayó al suelo y Baltasar tuvo

que arrastrarle de un brazo y una pierna hasta su choza. El mismo se vió apurado para encontrar "Las Danaides" y meter la llave en la cerradura de su domicilio; una vez abierta la puerta cogió la caja de fósforos y la bujía colocadas en el lugar convenido por la previsora Calabacita. Encendió la luz y quedó estupefacto al encontrar dos cartas. Desde hacía seis años que Baltasar habitaba en Las Danaides, jamás había recibido cartas. ¿Quién podría escribirle? Nadie conocía su dirección.

Rompió el sobre de una de ellas, y aun cuando los vapores del vino le hacían incapaz de comprender ni una sola palabra de lo que leía, tenía la impresión de que se trataba de algo extraordinario.

La carta contenía estas líneas:

"Mi querido hijo: Perdóname la conducta que las circunstancias me han obligado a seguir respecto a ti. No invoco ninguna excusa; un padre que reniega de su hijo, que se oculta de él y que no se da a conocer, es un mal padre; yo te pido perdón.

„Sin embargo, hoy que se aproxima el momento de comparecer ante Dios, quisiera reparar en lo posible mis errores, y al menos hacerte gozar de las alegrías de la vida y de la fortuna. Eres digno de ello; aunque no se-

pas quién soy, yo no ignoro nada de tu existencia difícil y de tus meritorios esfuerzos para proseguir por el buen camino. Continúa, hijo mío, y que el acto de reparación que quiero llevar a cabo respecto a ti, contribuya a tu felicidad.

„Baltasar, escucha esto: en un rincón de la selva de Marly, en el lugar exacto que indica el punto que he marcado con lápiz rojo en el adjunto plano, existe un claro cuyo centro lo ocupa un olmo frondoso. Irás allí, y una vez que estés, seguirás las minuciosas instrucciones inscriptas en un extremo del plano. Ellas te llevarán a un viejo roble en cuyo tronco hueco he depositado una cartera de cuero que contiene, en títulos de renta y billetes, la suma de un millón seiscientos mil francos. Esta suma me pertenece en legítima propiedad. Yo te la doy.

„Adiós, querido hijo mío. Estas líneas serán enviadas después de mi muerte. Respeta mi voluntad y perdóname.

TU PADRE."

Baltasar repitió varias veces "tu padre"... "tu padre"... Luego rasgó el sobre de la otra misiva. Esta llevaba como membrete: "Notaría del doctor La Bordette, calle de Saint Ho-

noré." Estaba concebida en estos términos:

"Muy señor mío: Le ruego se pase por esta notaría el 25 del corriente, a las cuatro de la tarde, para un asunto que le interesa.

"De usted afectísimo..."

Baltasar no terminó. El vinillo de Suresnes producía sus efectos y cayó como un fardo sobre el colchón que le servía de cama.

CAPÍTULO II

Sólo los hechos de la vida cotidiana están a la altura de nuestro destino.

EN los raros minutos en que Baltasar, dando tregua a sus múltiples trabajos de profesor, se entregaba a sueños y meditaciones retrospectivas, veía en el camino de su pasado un pequeño vagabundo, encogido y medroso, expuesto a todos los vientos y a todas las miserias y que no tenía otra inquietud que la de no morir de hambre. Era él.

Sin pan y sin hogar, sentía la aflicción del perro que se entrega al primer amo que encuentra, sólo por el placer de querer a alguien y la satisfacción de comer.

Pero todos sus altos al borde del camino, todas sus tentativas de sacrificio y cariño, todos los anhelos de su corazón ansioso de ternura, terminaban siempre en dramas, en

noré." Estaba concebida en estos términos:

"Muy señor mío: Le ruego se pase por esta notaría el 25 del corriente, a las cuatro de la tarde, para un asunto que le interesa.

"De usted afectísimo..."

Baltasar no terminó. El vinillo de Suresnes producía sus efectos y cayó como un fardo sobre el colchón que le servía de cama.

CAPÍTULO II

Sólo los hechos de la vida cotidiana están a la altura de nuestro destino.

EN los raros minutos en que Baltasar, dando tregua a sus múltiples trabajos de profesor, se entregaba a sueños y meditaciones retrospectivas, veía en el camino de su pasado un pequeño vagabundo, encogido y medroso, expuesto a todos los vientos y a todas las miserias y que no tenía otra inquietud que la de no morir de hambre. Era él.

Sin pan y sin hogar, sentía la aflicción del perro que se entrega al primer amo que encuentra, sólo por el placer de querer a alguien y la satisfacción de comer.

Pero todos sus alfos al borde del camino, todas sus tentativas de sacrificio y cariño, todos los anhelos de su corazón ansioso de ternura, terminaban siempre en dramas, en

los que sus posaderas representaban el papel principal.

De esta forma había amado a una robusta granjera que hizo de él la víctima de sus once hijos, más tarde a un zapafero remendón ambulante. Ambos habían acabado por expulsarle de su lado, dejándole una loca desesperación y la dolorosa impresión de que nunca sería nada para nadie. Era el paria, la víctima escogida, el vagabundo destinado a la soledad.

De cómo y en medio de qué peripecias y gracias a qué circunstancias pudo elevarse, era cosa que no se explicaba del todo. Entre los años difíciles y su actual juventud no hubo más que la rebelión paciente y el encarnizado esfuerzo del ser que quiere escapar a la desgracia y dotarse de reglas de vida adaptadas a sus medios, por desgracia mediocres. Poca salud, un aspecto desmedrado, un alma sensible a los menores choques y un desequilibrio nervioso que le inclinaba a sufrir y temer: tal fué Baltasar. Acabó por dominar todas sus debilidades, disciplinó su sensibilidad, se dotó de la cantidad necesaria de voluntad, coraje y resignación para mantenerse erguido, saliendo de aquella larga y silenciosa batalla con una excelente cultura, una vi-

sión personal de la vida y un miedo espantoso de todo lo que significa aventura, riesgo, golpes de la fortuna, impulsos del instinto, gestos espontáneos; y era tan profundo aquel miedo, que había llegado a fabricarse, bajo el nombre de filosofía cotidiana, un sistema de ideas y de teorías propias a garantizarle contra las emboscadas de su corazón insatisfecho.

Desprovisto de ambición, contento de todo, de una gran ingeniosidad, tenía veinte profesiones, ocupándose en multitud de asuntillos. Cultivaba su jardín sin intentar embellecerlo y miraba muy discretamente hacia el cielo azul o el lejano horizonte.

Por ahora todo su destino se ligaba en torno de la villa de "Las Danaides", simple tonel—era cierto el término empleado por la agencia X Y Z—, pero de tan vastas dimensiones y tan bien arreglado, tan bien descontentado podríamos decir, por el anterior propietario, que la morada, con sus dos fragalces, sus cimientos de ladrillo y sus anexos, no carecía de comodidad y de atractivo.

Si a esto se añade el placer de ser servido por una sirviente a quien sus cualidades de orden y adhesión habían valido el título de secretaria-dactilógrafa, aun cuando casi

noraba lo que es una máquina de escribir, se comprenderá la tranquila felicidad de que había gozado hasta aquí el profesor Baltasar.

Aquella mañana, Calabacita, que sólo poseía una hamaca al abrigo de un cobertizo situado junto a la choza del señor Vaillant du Four, penetró en el cercado de Las Danaides a la hora en que Baltasar, según su costumbre cuando había dado clase de degustación, ablucionaba su cabeza vaciando sobre ella el agua de una regadera.

Sin decir palabra, le preparó una taza de café; luego, abriendo su enorme cartera, sacó de ella un equipo de trapos y cepillos, con los que se puso a ejecutar vigorosamente el aseo interior y exterior del tonel, a limpiar las ropas del profesor, lustrar las botas y barrer el "jardín".

Con el ardor del trabajo, sus dos trenzas la azotaban el rostro, su tez pálida de adolescente se animaba, una sonrisa descubría sus dientes blancos; sus dulces ojos se posaban algunas veces en el señor Baltasar con una admiración cándida y una ternura sin límites.

Bien se advertía que para ella, aun cuando ella misma lo ignorase, el universo se reducía a este importante personaje, resumen de todas las perfecciones, divinidad que merecía todos los sacrificios.

—Listo—dijo—. ¿Acompaño a usted a su clase de filosofía, señor Baltasar?

—¡Claro!

La conocía de siempre. El mismo día en que, seis años antes, tomó posesión de "Las Danaides", la encontró allí, llegada no se sabe de dónde, niña inclusera también ella, sin otro nombre que el remoquete de Calabacita y crecida en este ingrato suelo como una de esas simientes que para germinar les basta un poco de polvo. La semejanza de sus desfinos les había reunido. ¡Para los que no saben su origen, implica un milagro tal el echar raíces en un mismo sifio!

Baltasar no hubiera podido prescindir de Calabacita. La encontraba siempre como el primer día, como una niña, pero una niña que se hubiera hecho indispensable, como pudiera serlo a la vez un ama de gobierno, una secretaria, una doncella, un criado, un perro fiel, y, en fin, todo lo susceptible de prestar servicio y de sacrificarse. Ella no pedía más.

—Vamos— dijo Baltasar, poniéndose en marcha.

La institución de señoritas en que tenía la cátedra de Filosofía, ocupaba un pequeño hotel del barrio de Monceau. Treinta jóvenes de la clase media rodeaban el estrado y charlaban mientras que Baltasar exponía sus ideas y teorías. Jamás pudo conseguir de estas treinta señoritas que guardasen silencio todas a la vez. Desde un principio le habían considerado como a uno de esos individuos de segundo término a quienes no se debe respeto ni atención.

—La filosofía cotidiana—decía—considera la existencia bajo un aspecto práctico. La felicidad no se halla en las grandes alegrías ni en los grandes sentimientos, sino en las cosas pequeñas y en los pequeños afectos; en no interesarse más que por aquello que se ve y que se toca; en limitar la ambición a aquello que se puede conseguir con sólo extender la mano; en no soñar; en no exaltarse; en descubrir el encanto de los actos más vulgares. La poesía, las novelas, los bellos espectáculos, todo cuanto es heroico y sublime, son otros tantos peligros contra los cuales no me cansaré de ponerlas en guardia.

Estas generosas consideraciones que pre-

sentaba con habilidad, realizadas con graciosas comparaciones, hubieran interesado vivamente a un joven auditorio femenino si no hubieran sido murmuradas tan atropelladamente y en voz baja, que nadie se aventuraba a prestar oídos a ellas. Sólo Calabacita, sentada junto al maestro, recogía sus enseñanzas, de suerte que las lecciones transcurrían como si Baltasar diera clase particular a su dactilógrafa. En medio del ruido de las conversaciones, ella escuchaba con los ojos agrandados por la admiración, la boca abierta y el rostro encuadrado por sus dos trenzas, que semejaban de paja trenzada.

—Sobre todo, señoritas, desconfíen del espíritu de aventura. Nada ocurre en la vida; la vida está hecha de realidades. Las aventuras están reservadas para quien las busca y, como si dijéramos, las construye como dramas ficticios y peligrosos. No existen las aventuras, señoritas. No existen más que los hechos de la vida corriente, que son siempre naturales, sencillos, moderados, lógicos, a la altura de nuestro destino. Si alguna vez, en nuestra imaginación complaciente, toman proporciones de aventura trágica o novelesca, conservemos nuestra sangre fría, no nos dejemos arrastrar por los remolinos de las

peripecias, en los que no se hallan más que decepciones, disgustos, amarguras y tristezas. Reaccionemos vigorosamente, espere-mos, y, lo que nos parece un torrente arrolla-dor, acaba por convertirse sencillamente en el modesto y tranquilo manantial donde di-riamente apagamos nuestra sed.

El profesor se levantó satisfecho de su pe-ríodo final, cuyo efecto veía en el rostro exta-siado de Calabacita.

En cuanto a las treinta jóvenes, se habían marchado al sonar la primera campanada de las doce, y eran las doce y cinco minutos. A lo largo de las calles continuó sus enseñan-zas, y veinte minutos después llegaron al par-que de Monceau, donde Baltasar se puso a horeajadas sobre un banco, favorecido por un rayo de sol que, traspasando las ramas nacientes, le calentaba la espalda, mientras que Calabacita se apresuraba a servirle.

—Jamón, *camembert* y pan...—dijo sacando estas provisiones de su cartera de cuero.

Almorzaron silenciosamente. Baltasar gus-taba de estas comidas a solas, que para Ca-labacita representaban la mayor felicidad de este mundo. Llenó la pipa del profesor, le fendió una cerilla y le ofreció una taza de café preparada en un termo. Luego de una

dulce siesta, protegida por la muchacha, Bal-tasar, bien despejado, enseñó las cartas reci-bidas la víspera: la de su padre y la del nota-rio que le citaba.

—Lee esto, Calabacita, y dame luego tu opinión.

La joven leyó las cartas con estupor y pro-nunció en tono convencido no exento de aprensión:

—¡Oh, señor Baltasar, qué aventuras! ¡Cuán-tas penas y disgustos le esperan!

El profesor le había comunicado su terror a lo imprevisto y temía a todo lo que pudiera alcanzarle y hacerle sufrir.

—¿Dónde ves tú las aventuras?—dijo sin-tiéndose vejado—. ¿No he afirmado ante ti hace un rato que no existen las aventuras en la realidad o que, por lo menos, sólo están para los desequilibrados y los locos?

—Sin embargo...—insinuó tímidamente Ca-labacita—, esta herencia... esta cartera oculta... Su padre, que le reconoce en su última hora...

—¿Y qué?—gritó Baltasar cada vez más las-timado—. Estos son hechos de la vida coti-diana. Un padre que reconoce a su hijo y le lega su fortuna... ¿qué tiene de extraordi-nario?

—Evidentemente, tiene usted razón...—dijo

ella, confusa por su error—. De todos modos, en lo que se refiere a la señorita Violante, ¿no es esta una cosa que no es un hecho cotidiano?

—Ilusión!—dijo Baltasar, que no quería hacer ninguna concesión—. ¡Humo de paja! ¡Bola de jabón! Un día llegará en que se publicarán las amonestaciones, los jóvenes cambiarán unos anillos, tendrán hijos... Total, uno de tantos episodios de la vida corriente, como todas las aventuras que se reducen a sus justas proporciones.

—En efecto... en efecto...—murmuró Calabacita—; pero yo creía que usted la amaba...

¿Amaba Baltasar? ¿A qué obedecía la crisis de excitación que había desencadenado en él el beso de la magnífica Violante? Y, sobre todo, ¿por qué la petición en matrimonio? ¿Se trataba de un encubierto despertar de su corazón? ¿Era la súbita necesidad, por parte de un hombre tan prudente, de lanzarse a su vez en ese desconocido al que tenía tan grande miedo? ¿O había sufrido sencillamente la influencia de Violante Rondot? No lo sabía; un profesor de filosofía cotidiana jamás se analiza a sí mismo, ante el temor de ponerse en contra de sus teorías. Si se le hace una pregunta embarazosa, responde al azar, sin pre-

ocuparse de la lógica, o bien se calla. Baltasar se calló.

Descendieron taciturnos, como siempre, por el barrio de Europa. Baltasar buscaba las aceras de sol. Calabacita se erguía valientemente bajo su carga de mecanógrafa-asistente.

En el segundo piso de una venerable casa de la calle de Saint-Honoré, el notario señor La Bordette se hallaba sentado ante los retratos al óleo de su padre y de su abuelo, a los cuales se parecía tanto que los tres rostros, encuadrados en sus patillas, parecían los de un solo y único notario.

Este mismo notario había estudiado tantos asuntos desde hacía un siglo y visto en aquel mismo despacho tantos dramas y tantas necedades, que ya nada le interesaba.

—Tome usted asiento, caballero—le dijo sin ocuparse de Calabacita—. ¿Es usted la persona que se hace llamar el profesor Baltasar?

—No es que me haga llamar así, caballero, sino que es mi verdadero nombre.

—¿Puede usted probarlo?

Como el profesor no contestó, el señor La Bordette reanudó con voz ausente y usando

un plural que hacía sospechar que hablaba en nombre de su padre y de su abuelo:

—Teniendo que hacer a usted una comunicación importante, y no sabiendo dónde hallarle, nos hemos dirigido a la agencia X Y Z, la que nos ha enviado la nota siguiente:

“El llamado Baltasar...”

—No se moleste, caballero — interrumpió Baltasar—; ya la conozco.

El señor La Bordette consultó con la mirada a su padre y a su abuelo, y aprobado sin duda por ellos, continuó la lectura del informe hasta la última sílaba.

—Como usted puede ver, no hay aquí más que indicaciones, pero ningún informe preciso sobre su identidad. ¿Le será posible facilitarnos los documentos necesarios, tales como partida de bautismo y la cartilla militar?

Baltasar hizo un gesto, expresando que estaba muy mal provisto en ese sentido.

—Pero, en fin, caballero, al menos poseerá una carta de elector, un permiso de caza, el recibo del alquiler...

¡Ay! Baltasar palpó inútilmente sus bolsillos, pues carecía de aquellos documentos tan respetables. Todo lo que pudo ofrecer fué el diploma de “fino degustador” que le había extendido el señor Vaillant du Four.

El señor La Bordette rechazó desdeñosamente el documento.

—En resumen — dijo —, no posee usted ningún documento de identidad. Esto me coloca en la obligación de proceder en persona a la investigación y de rogarle, siempre y cuando no vea en ello inconveniente alguno, que se sirva desabrochar el cuello de su camisa.

Aquella formalidad absurda no pareció sorprender a Baltasar, pues se deshizo sin vacilar el nudo de la corbata, quitándose luego el cuello postizo.

En la parte superior del pecho había vestigios de un tatuaje en el que se distinguían aún tres letras medio borradas.

El notario las examinó con lupa y declaró:

—M. P. T. Las tres letras están. Estamos de acuerdo; no nos resta más que una prueba para que todas nuestras comprobaciones sean debidamente cumplidas.

Cogió un fampón impregnado de tinta, ordenando:

—Sirvase imprimir aquí encima el lado interno de su pulgar izquierdo. No, caballero; éste es el pulgar de su mano derecha. Nos es necesaria la izquierda, y de la extremidad de su índice...

Baltasar obedeció bastante turbado. El no-

tario aplicó sobre una hoja de papel la huella así obtenida, la confrontó con otra huella, estampada sobre otra hoja, y concluyó categóricamente:

—Son exactas. La causa está fallada.

—¿Fallada?... Lo que quiere decir...

—Lo que quiere decir que usted es verdaderamente el llamado Baltasar, y que éste no es otro que...

—¿Otro qué...?

—Godofredo, hijo del conde de Coucy-Vendôme, barón de las Andraies, duque de Jaca y grande de España...

CAPITULO III

La predicción de la sonámbula.

CALABACITA dejó caer la pesada cartera, que, al abrirse, dejó escapar un cepillo de grama y un vaso de aluminio. Baltasar meneó la cabeza bajo aquella avalancha de ídulos y asió el sombrero como para ponerse; en el desorden de sus pensamientos, no retenía más que su privilegio de grande de España a permanecer cubierto. Pero el notario La Bordette no tenía tiempo que perder; si por humana flaqueza se hubiera despojado de su armadura de impasibilidad, su padre y su abuelo no tendrían razón alguna para participar de la emoción del profesor y de su mecanógrafa; continuó, pues, su discurso:

—Relacionados como estamos desde hace más de un siglo a la familia de Coucy-Vendôme, fuimos llamados algunos meses ha, a

tario aplicó sobre una hoja de papel la huella así obtenida, la confrontó con otra huella, estampada sobre otra hoja, y concluyó categóricamente:

—Son exactas. La causa está fallada.

—¿Fallada?... Lo que quiere decir...

—Lo que quiere decir que usted es verdaderamente el llamado Baltasar, y que éste no es otro que...

—¿Otro qué...?

—Godofredo, hijo del conde de Coucy-Vendôme, barón de las Andraies, duque de Jaca y grande de España...

CAPITULO III

La predicción de la sonámbula.

CALABACITA dejó caer la pesada cartera, que, al abrirse, dejó escapar un cepillo de grama y un vaso de aluminio. Baltasar meneó la cabeza bajo aquella avalancha de ídulos y asió el sombrero como para ponerse; en el desorden de sus pensamientos, no retenía más que su privilegio de grande de España a permanecer cubierto. Pero el notario La Bordette no tenía tiempo que perder; si por humana flaqueza se hubiera despojado de su armadura de impasibilidad, su padre y su abuelo no tendrían razón alguna para participar de la emoción del profesor y de su mecanógrafa; continuó, pues, su discurso:

—Relacionados como estamos desde hace más de un siglo a la familia de Coucy-Vendôme, fuimos llamados algunos meses ha, a

su hotel del faubourg Saint-Germain, por el conde Teodoro, último del nombre, puesto que la difunta señora condesa no le dejó más que cuatro hijas. El conde Teodoro, minado ya por una enfermedad que no perdona, me confió la existencia de un hijo que había tenido en su juventud de sus relaciones con la señorita Ernestina Henrioux. Impulsado el conde por sentimientos que le honran, deseaba reparar la falta de su juventud y transmitir, gracias a un reconocimiento en regla, su nombre y una parte de su fortuna a su hijo Godofredo, que vivía por esos mundos, ignoraba dónde, bajo el nombre de Baltasar.

El conde nos dió las indicaciones necesarias, tales como la inscripción de las tres letras M. T. P. en el pecho del llamado Baltasar y la huella dactilar de su índice izquierdo. Nos mostró además, en un armario secreto, una cartera conteniendo un millón seiscientos mil francos en billetes y títulos al portador. Debía también confiarnos otros informes sobre la madre del niño, sobre la persona a quien éste había sido confiado y el lugar en que actualmente vivía, por desgracia...

—¿Por desgracia?

—El espantoso drama, conocido de usted por haberlo leído en los periódicos, puso fin

a los días de nuestro cliente antes de que lo volviéramos a ver.

Baltasar, que nada conocía de aquel horrible drama, pero que no quería confesarlo, balbució:

—Sí, sí... he leído... ya recuerdo... El mes pasado, ¿no es eso?

—No, caballero—rectificó vivamente el señor La Bordette—; esto se remonta a más alto. El 10 de septiembre exactamente; hace, pues, siete meses, el conde Teodoro, que cazaba en sus tierras de Seine-et-Oise, fué asesinado.

—¡Asesinado!—repitió Baltasar.

—Sí, caballero, y ya recordará usted de qué terrible manera; el hacha que golpeó a la víctima con una violencia formidable, le separó casi completamente la cabeza del tronco.

Por segunda vez la cartera de Calabacita resbaló de sus rodillas. El cuello de Baltasar se alargaba desmesuradamente. Estaba livido.

—Ya lo sabía... ya lo sabía... un hombre sin cabeza... La sonámbula...

—¿La sonámbula?

—Sí... sí... he consultado...—balbuceó el profesor con palabras ahogadas, cuyo sentido no comprendió el señor La Bordette—. ¿Te

30416

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA-UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

acuerdas, Calabacita, lo que ayer me predijeron?

El señor La Bordette y sus dos consejeros halláronse de acuerdo para pasar por alto aquel acceso de turbación, muy excusable, y el discurso de los tres notarios se acabó rápidamente.

—Sería inútil defenernos en las consecuencias de este asunto que adquirió tanta resonancia, porque ya usted las conoce. Tampoco ignora que, tras investigaciones que duraron meses, tuvimos la feliz idea de recurrir a la agencia X Y Z. No nos queda, pues, más que preparar los medios y procedimientos que le permitan llevar el asunto ante el Consejo de Estado, para reivindicar su derecho al nombre de Coucy-Vendôme y reclamar su parte de herencia...

Aquí quizá pasara por el taciturno semblante del notario una ligera sonrisa, tan natural cuando se anuncia una desagradable noticia.

—Olvidaba decirle a este respecto, caballero, que nuestro primer cuidado fué proceder a la apertura del armario secreto. Tuvimos entonces la profunda sorpresa de encontrar que estaba vacío. ¿Acaso había el conde Teodoro llevado consigo la cartera durante

el período de caza y había elegido algún armario del castillo? Lo ignoramos.

—Yo puedo informarle—murmuró Baltasar—: he recibido directamente una carta que suministra indicaciones..

Una mirada suplicante de Calabacita le hizo callar. ¿A qué divulgar un secreto de tal naturaleza? Por otra parte, el señor La Bordette no se defenía nunca en el curso de un período, y continuó.

—Las investigaciones llevadas a cabo hasta hoy, investigaciones discretas, ya que las disposiciones del conde hacia usted eran provisionalmente confidenciales, no han dado resultado alguno. Le es a usted lícito proseguirlas ahora públicamente y con mayor actividad en su calidad de hijo reconocido. Nosotros, desde ahora, nos ocuparemos de establecer las actas que debe usted firmar.

La audiencia había terminado, y cuando el señor La Bordette había dicho lo que él consideraba como su última palabra, no le hubiera acordado a nadie la gracia de un minuto más. Aprobado por sus dos últimos antepasados, abría la puerta y despedía al intruso con tal vigor, que paralizaba cualquier impulso de retorno ofensivo.

Baltasar no sentía deseo alguno de afron-

tar nuevamente un fan rudo adversario. Salía de la liza desazonado y con las ideas en fultulfo. Calabacita le ofreció el brazo, como hacía en algunas ocasiones con el pretexto de formar contrapeso a su cartera.

Remontaron las calles que conducen a la colina de Montmartre. Pasado un instante, Calabacita le dijo, no sin inquietud y como un discípulo interroga al maestro:

—¿Todas esas historias no tienen nada de aventuras, no es verdad, señor Baltasar?

—¿Cómo puedes preguntarlo?—replicó—. Si mi padre ha sido víctima de un asesinato, es doloroso; pero ¿qué tiene de anormal?

—Pero ¿y la predicción?... ¿y la cabeza?

—Coincidencias!

—¿Y ese armario vacío? ¿Ese escondite de que le advierte directamente? ¿Esa carta que le da indicaciones tan precisas sobre la selva de Marly y sobre la cartera?

Baltasar declaró con perentorio acento:

—Todas esas combinaciones revelan un hombre cuyas ideas ya no rigen. Yo supongo que mi padre era un aficionado a eso que denominan novelas policíacas y que habrá combinado su plan con arreglo a la técnica infantil de esas novelas. He leído algunas y son completamente idiotas,

—Entonces, ¿no iremos allá?

—Sí, puesto que mi padre, el conde de Coucy-Vendôme, lo exige; en cuanto al tesoro...

Días más tarde el tren les condujo a la estación de Marly. La selva, poco espesa, aun con sus frondosidades nuevas que lucían al sol, estaba próxima. De la campiña venían tibias brisas que envolvían a Baltasar en bienestar y optimismo. Caminaba alegremente, sostenido por una conciencia tranquila. La expedición le parecía inofensiva, como la de un pescador de caña que conoce un buen sitio en donde abundan los gubios. Calabacita se sentía tan feliz, que el peso de la cartera no la deformaba.

—No cesaré de repetírtelo, Calabacita: la vida está compuesta de pequeñas luchas insignificantes. Es igual a una lapicería que forma grandes escenas muy complicadas y que no es en el fondo más que un conjunto de hebritas de lana atadas al cañamazo más monótono.

No lejos de ellos se desplegaba el abanico de una encrucijada. De una de las carreteras vieron desembocar a un ciclista tocado con la boina vasca y que saltó de su bicicleta.

Miró en torno suyo, pero no les vió, inclinándose unos segundos sobre un mojón indicador. Luego se marchó, descendiendo de nuevo para penetrar en un albergue situado en el mismo borde de la selva.

Al atravesar la enrucijada examinaron el mojón. Una inscripción hecha con tiza, con una flecha indicando el camino seguido por el individuo, ofrecía estas tres letras mayúsculas: M. T. P.

—¡Ah!—murmuró Calabacita—. M. T. P... Las tres letras inscriptas en su pecho, señor Baltasar...

Este tomó un aire desdeñoso.

—¡Toma, es verdad!... ¡Qué curiosa coincidencia!

Ciertamente, no había por qué extrañarse. Un paseante se divierte en trazar en un mojón tres letras, las mismas que lleva tatuadas en su pecho... Detalle insignificante... hebríta de lana de la tapicería.

Y continuó andando con paso ligero, siguiendo con su bastón cabezas de amargón y de jetabe salvaje.

Pasaron ante el albergue y vieron, por una ventana abierta, al hombre de la boina, sentado y bebiendo un vaso de vino.

—Quizá—pensó Calabacita—venga por el

mismo motivo que nosotros. Ha dado cita a un camarada y van a buscar el tesoro.

Baltasar desplegó el plano topográfico dibujado por su padre. En veinte minutos llegaron a la plazoleta *en la que un frondoso olmo ocupa el centro.*

Ajustándose a las instrucciones que acompañaban al plano, anduvieron de espaldas siguiendo determinada línea. Baltasar, con las manos en los hombros de Calabacita, la arrastraba con la gravedad de un señor que prosigue una experiencia de sugestión en estado de vigilia. Las raíces y troncos hacíanles titubear; cayeron al suelo por dos veces, y de pronto Baltasar, que por nada del mundo hubiera vuelto la cabeza, tropezó con la espalda en un árbol.

—Perfectamente—dijo emocionado—. El programa se cumple.

Giraron sobre sí mismos como unos autómatas y corrieron hacia la derecha. Cuatrocientos pasos más lejos debía de haber una encina protegida por una placa de cinc, bajo la cual estaba oculto el tesoro. Contaron cuatrocientos pasos y no había tal encina. De golpe renunciaron. Baltasar afirmó que no comprendía nada de aquellas idioteces de novela policíaca y que se felicitaba por ello.

—Sin embargo...—objetó Calabacita.

—¡Nada!... Aunque el tesoro estuviera a dos pasos, no me movería por nada del mundo.

Se acostó sobre un tapiz de musgo y se disponía a encender su pipa, cuando Calabacita le asió vivamente el brazo. Un rumor de palabras venía de la plazoleta; se aplastaron sobre la hojarasca y divisaron dos hombres que caminaban a la inversa, las manos del uno sobre la espalda del otro, exactamente como ellos lo habían hecho. Uno de ellos era el hombre de la boina vasca. Este, al igual que Baltasar, viró hacia la izquierda con su camarada.

Cinco minutos más tarde oían el ruido de un martillo golpeando una placa de cinc.

—Hubiéramos debido girar hacia la izquierda—dijo la muchacha—. Van a apoderarse de la cartera.

Ningún poder humano hubiera impelido a Baltasar a oponerse, pero las circunstancias le fueron propicias. Dos caballos avanzaban por un camino que atravesaba el bosque. Dos gendarmes aparecieron. El ruido del martillo había cesado. Calabacita se levantó prudentemente y llamó a Baltasar.

Estorbados en su trabajo, los dos indivi-

duos se alejaron por el camino cien pasos delante de los gendarmes.

—De prisa—dijo Calabacita—; dentro de diez minutos estarán de regreso.

Se precipitó y llegó ante una encina cuyo tronco se dividía, a la altura de un hombre, en tres ramas principales. El hueco así formado estaba cubierto por una placa de cinc, que impedía el acceso del agua de las lluvias. Calabacita se izó como pudo, eligiendo el lado en donde habían trabajado los dos individuos, guiándose por las huellas. Halló la brecha practicada en el cierre y pasó el brazo, tanteó y asió por fin un objeto, que se apresuró a sacar de la cavidad.

Era una carterita o, mejor dicho, un bolsillo de cuero, atado y sellado.

—Aquí está—dijo, tendiendo el objeto a Baltasar.

La palidez de éste la dejó estupefacta. Sus piernas temblaban y tuvo que sostenerle para que no se desvaneciera al pie del árbol.

—Vámonos—ordenó ella—. Esos dos van a regresar.

Tuvo la presencia de ánimo suficiente para apartarse de la estación vecina y, a pesar del desfallecimiento del profesor, dirigir la huida hasta la estación de Louveniennes.

Un tren iba a partir. Hizo montar a Baltasar en un departamento vacío, en donde le dió, sacado de la cartera, un frasco de vulneraria.

Cuando Baltasar pudo reaccionar, examinó el bolsillo y vió una farjeta sujeta con un alfiler y que decía: "Para mi hijo Baltasar", lo que le sumió de nuevo en tal agitación que dijo a Calabacita:

—¡Abrel...

Obedeció ella, cortó los bramantes y derramó sobre el asiento el contenido del bolsillo: billetes de mil francos, títulos, cupones cortados...

—No, no—dijo Baltasar—: no pierdas el tiempo en clasificar esos papelotes. Nada me importa el dinero. Lo que quisiera es algún informe sobre mi pasado... sobre mi madre... una carta... un sobre...

El mismo registraba febrilmente. Hubiérase dicho que toda su vida dependía de lo que iba a encontrar, y de pronto exclamó:

—¡Oh! Toma... mira... una fotografía.

Era un viejo retrato, usado por el tiempo, pero visible aún, representando una mujer joven, de rostro encantador y que sonreía con aire feliz.

Detrás este nombre:

¡Ernestina Henrioux!

¡Ernestina Henrioux!... El mismo nombre que le había confiado el conde de Coucy Vendôme al señor La-Bordette. El nombre de la muchacha a quien había seducido y a la que había hecho madre de Baltasar...

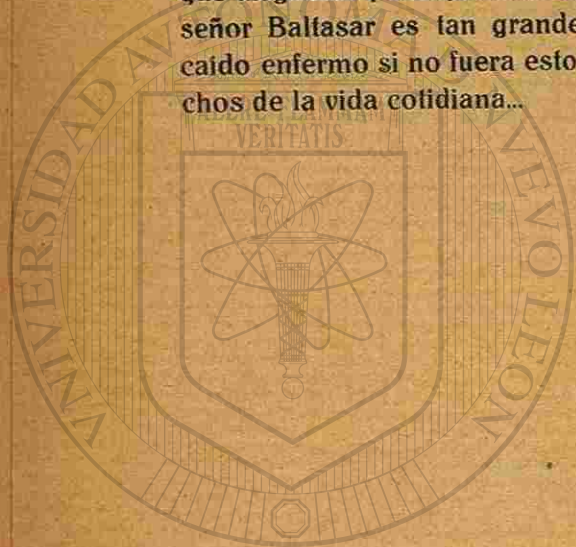
Así, pues, el conde legaba a su hijo, además de su fortuna, el retrato de la novia traicionada y le mandaba, por lo tanto, buscarla y amarla.

Tenialo entre sus manos y contemplaba a aquel pálido rostro. Le sonreía ella genfilmente y respondía él con una mueca llena de afección. Calabacita sonreía también a aquel lindo rostro y experimentaba toda la alegría que se siente al encontrar una madre.

Recogió los títulos y billetes de banco y pudo conseguir colocarlos en el fondo de la cartera, que añadió a sus ya conocidas funciones la de caja de caudales. Hecho esto, se aproximó a Baltasar, y mientras observaba su frente, en la que el sombrero había marcado una raya encarnada, la escasa vegetación de su cráneo, los pelos de su barba sedosa, cosas cuya contemplación érale dulce, pensaba:

—¡Qué suerte que no sea ésta una de esas

aventuras en las que no se encuentran más que disgustos y decepciones! La emoción del señor Baltasar es tan grande que hubiera caído enfermo si no fuera esto más que hechos de la vida cotidiana...



CAPITULO IV

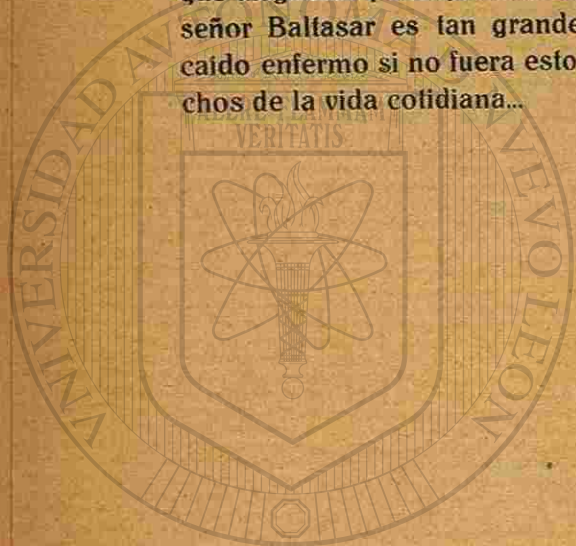
Los acontecimientos adquieren a veces las apariencias de la peor novela de aventuras.

HABLANDO con propiedad, Baltasar no cayó enfermo, pero aprovechó una tregua en sus ocupaciones para tenderse ante su tonel.

Tenía, por otra parte, un poco de fiebre, que Calabacita combatía con infusiones de plantas secadas por ella. Calabacita le tomaba el pulso, lavábale el rostro con agua tibia y le ponía en la frente compresas, a las que él prefería la mano fresca y calmante de la muchacha. Con frecuencia le mecía con palabras cuchicheadas al oído y que probaban hasta qué punto conocía ella la naturaleza de su amo y aprovechaba sus enseñanzas.

—¡En qué estado le ponen las emociones fuertes, señor Baltasar!—decíale ella con des-

aventuras en las que no se encuentran más que disgustos y decepciones! La emoción del señor Baltasar es tan grande que hubiera caído enfermo si no fuera esto más que hechos de la vida cotidiana...



CAPITULO IV

Los acontecimientos adquieren a veces las apariencias de la peor novela de aventuras.

HABLANDO con propiedad, Baltasar no cayó enfermo, pero aprovechó una tregua en sus ocupaciones para tenderse ante su tonel.

Tenía, por otra parte, un poco de fiebre, que Calabacita combatía con infusiones de plantas secadas por ella. Calabacita le tomaba el pulso, lavábale el rostro con agua tibia y le ponía en la frente compresas, a las que él prefería la mano fresca y calmante de la muchacha. Con frecuencia le mecía con palabras cuchicheadas al oído y que probaban hasta qué punto conocía ella la naturaleza de su amo y aprovechaba sus enseñanzas.

—¡En qué estado le ponen las emociones fuertes, señor Baltasar!—decíale ella con des-

fallecida voz y contemplándole en éxtasis—. Su fiebre me desespera y tengo ganas de llorar. Cállese, se lo suplico. Vigile el impulso de su corazón. Hay que conceder la menor importancia posible a los fines que se persigue, con el fin de que el éxito o el fracaso no le sacudan demasiado profundamente.

Empleaba las expresiones del profesor, y le parecía a Baltasar oír su misma voz dándole consejos y marcándole los límites fuera de los cuales no hay más que aventuras y peligros para los impresionables de su especie.

—Tienes razón—decía a Calabacita, mientras examinaba con ella el gracioso rostro de Ernestina Henrioux.

Del bolsillo y de los títulos, ni una palabra. Ya no pensaban en ello ni habían sentido la curiosidad de establecer la cuenta exacta. Una vez hundido en las profundidades de la carfera, tras los cepillos y las cajas de betún, aquello no representaba para Baltasar más que la principal condición de las impuestas por el señor Carlos Rondot. El día que se volvieran a ver, ¿de qué peso no sería un tal argumento?

—¿Cree usted que la señorita Violante le hará feliz?—preguntaba Calabacita, temblan-

do—. ¿Sabrá ella arreglar sus cosas, prepararle el café y protegerle contra un cúmulo de pequeñas dificultades que le molestan y le turban? Me moriría si no fuera digna de usted.

Los términos que Calabacita empleaba eran la expresión de sus sentimientos profundos; pero a Baltasar le parecía muy natural todo lo que Calabacita le podía ofrecer; para hablar más propiamente, diremos que no prestaba atención.

Una mañana recibió de la señorita Rondot el siguiente mensaje telefónico:

“Venga sin perder segundo. Estaré en mi gabinete. Su prometida.”

Baltasar mostró el mensaje a Calabacita. Esta no dijo una palabra y desenvolvió de su papel de seda la levita; el sombrero de copa fué sacado de su caja, junto con el único guante amarillo manteca.

Por tres veces ajustó la blanca corbata de Baltasar y después le contempló de pies a cabeza. Un joven dios de la mitología no le hubiera parecido más bello ni más elegante. ¿Cómo hubiera podido no amarle la señorita Violante?

Marcháronse juntos. En el jardín de Batignolles, instaló a Calabacita y su cartera en un banco.

—Espérame aquí. Supongo que Violante ha obtenido la victoria, puesto que se intitula mi prometida. Pero de todos modos no puedo ir con el dinero. Vendré a buscarlo.

Como el señor Rondot salía todas las mañanas, no dudaba un instante de que la entrevista sería de carácter íntimo, y así, dijo a la criada que acudió a su campanillazo:

—La señorita está en su tocador, ¿verdad?

—Creo que sí, señor.

Conocía bien la casa por haber dado a Violante lecciones de filosofía cotidiana; tenía que atravesar el comedor. Entró prestamente y quedó como petrificado: el señor Rondot, de regreso más pronto que ordinariamente, se hallaba desayunando.

El asombro de Carlos Rondot fué tal, que quedó con el tenedor en alto, el rostro empurpurado y los labios agitados por un balbuceo:

—Usted... ¡usted!... ¡Le he prohibido!... ¡Usted no es más que un...!

Baltasar rechazó el saber qué es lo que era. Extendió el brazo sonriendo como si quisiera decir:

—¡Alto... nada de palabras gruesas o... tendrá que arrepentirse!

— ¡Usted no es más que un...!

El brazo extendido de Baltasar parecía insistir:

—Un poco de paciencia... ¡voy a satisfacer a usted!

Pero comprendiendo que le habían sorprendido y que no podía mostrar la carta de Violante, exclamó sin más preámbulos:

—¡He hallado a mi padre!... ¡Tengo un nombre... tengo dinero!

Carlos Rondot, que había conseguido levantarse de la silla que ocupaba, avanzaba con lentitud hacia Baltasar como una fiera salvaje que va a saltar sobre su víctima. El joven se apresuró a poner obstáculos entre ellos.

—¡Mucho dinero!... ¡Mucho!... ¡Y un gran nombre!... Con derecho a permanecer cubierto...

El señor Rondot se hallaba junto a él; sus puños crispados rozaban la barbilla de Baltasar; al fin dijo, rojo de cólera como si hubiera hallado la frase exacta:

—¡Lo que es usted es un pillastre de primera!

Baltasar vaciló; el señor Rondot tenía una manera muy particular de desarmarle por medio de expresiones inesperadas.

—¿Qué significa, caballero?...

—¡Un pillastre de primera, lo repito! Un in-

dividuo que hace ocho días iba con los calzones rofos y que se alaba de tener mucho dinero, es un pillastre de primera.

—Puedo asegurar a usted que mi padre...— comenzó Baltasar.

—¡Yo me río de su padre!

—El nombre que llevo...

—Yo me río de su nombre. Para mí sólo es usted el sinvergüenza Baltasar, y, como tal, buscado por la policía...

El profesor tuvo un sobresalto:

—¿Eh? ¿Qué se atreve usted a decir?

—¡Buscado por la policía!—vociferó Carlos Rondot—. Dos inspectores han venido esta mañana a pedirme detalles sobre usted, caballero, y les he dado su dirección: "Villa de las Danaides", y van a darle caza como a un pillastre que es usted...

Baltasar se encogía un poco más a cada insulto. Ante el empuje frenético de su enemigo, iba retrocediendo hacia la puerta del fondo como si prefiriera las esposas de la policía a la cólera de Carlos Rondot.

—¡Papá! Te suplico que no toques ni a un solo cabello de mi prometido...

La puerta se había abierto y aparecido Violante tranquila y mejestuosa.

Ni por un momento dudó Baltasar de que

la cólera de Carlos Rondot no cayera por entero sobre la intrusa, y este pensamiento le dió un gran consuelo, por verse libre momentáneamente. ¡Ni uno de sus cabellos sufriría el menor daño! ¡qué tranquilidad! Pero se dió cuenta una vez más de que las cosas suelen suceder al contrario de nuestras previsiones; Carlos Rondot, súbitamente desarmado y fuera de combate, bajó la cabeza como niño cogido en falta, y Violante, a quien la asiduidad a la Comedia Francesa ennoblecía sus ademanes distinguidos, tendió una mano a su prometido, quien se asió a ella como a una tabla salvadora.

—Baltasar—dijo con la magnífica sonoridad que siempre daba a las tres sílabas—; Baltasar, ignoraba que estuviera aquí mi padre y acabo de oír el ruido de la discusión. Perdonadme y no me guardéis rencor, pero os ruego tengáis en cuenta la advertencia que os ha hecho. ¡Estáis bajo la amenaza de una detención inminente!

—Pero si eso es imposible, señorita—gimió trastornado.

—Baltasar, esta mañana mi padre ha dado vuestra dirección—y por esto la conozco—a dos inspectores que le interrogaban sobre vos. Desde la ventana de mi habitación

podéis verles en la calle. Os han seguido.

—Pero ¿por qué?

—He creído comprender, Baltasar, que se trata de vuestras relaciones con el asesino Gourneuve y con la banda de los "Mastropies" y que tienen la misión de llevaros a la Prefectura de Policía.

—¡Gourneuve!... ¡Los Mastropies!... ¡La Prefectura de Policía!... ¡Ah, estoy perdido! exclamó Baltasar temblando.

—¡Estáis salvado!—gritó ella en el mismo tono victorioso con que anunciaría a Hernani que estaba libre—. Los almacenes de mi padre tienen una salida secreta que da a una calle vecina. ¡Seguidme, Baltasar!...

Y ante los ojos de Carlos Rondot, que no había aventurado ni un murmullo de protesta, se alejaron como dos amantes de teatro, que enlazados y lentamente se dirigen hacia el felón de foro.

De esta forma atravesaron el comedor, luego el vestíbulo, después los pasillos alumbrados por gas y en donde sus sombras se reflejaban en el techo. Una puerta de servicio les detuvo.

—Tu frente, Baltasar.

Baltasar se quitó el sombrero y una granizada de besos cayó sobre su cabeza.

Luego, con amplio ademán, Violante descubrió el cerrojo.

—Parte...

La palabra y el movimiento que la acompañaba estaban impregnados de tal solemnidad, que toda otra frase de despedida hubiera aminorado la grandiosidad del adiós.

Al verse en la calle, Baltasar ni siquiera volvió la cabeza. Respiró a pleno pulmón el aire embriagador de una libertad que había estado a punto de perder. Con la cabeza levantada y el pescuezo fuera del cuello planchado, sólo veía del espectáculo de las calles la faja azul del cielo tendida sobre ellas.

En la plaza de Batignolles se unió a Calabacita. Estaba pálida como si su vida hubiera estado en juego.

—La policía me busca; "Las Danaides" deben estar cercadas—dijo Baltasar, evocando de este modo el bloqueo de una ciudadela por un ejército.

—¿Cercadas?

—Sí; tomemos el primer tren...

—Pero...

—Pero ¿qué? ¿No tenemos todo lo necesario en tu cartera?—dijo Baltasar, quien había visto salir tantas cosas de aquella cartera, que

le parecía inagotable en provisiones de todas clases—. ¡Vamos!, ¿estás lista?

Ella estaba siempre dispuesta a seguirle al fin del mundo. Pero Baltasar no se movió del sitio, y Calabacita, siguiendo la dirección de la mirada, vió que estaba fija en un individuo de espeso bigote y aspecto hosco que se dirigía hacia ellos.

—Aquí está uno de los inspectores—dijo entre dientes—. El señor Rondot ha traicionado a su hija y los ha puesto sobre mi pista.

Su convicción era tan grande, que anunció en voz alta:

—Es a mí a quien busca usted, ¿verdad, señor inspector? ¿Es a mí, a Baltasar? Estoy a su disposición. ¿A qué resistir?

La batalla estaba perdida; el heroísmo de Violante no había podido salvarle. Cómplice del llamado Gourneuve, afiliado a la banda de los Mastropies, sentía gravitar sobre su cabeza todas las potencias del universo y se asombraba de no llevar ya en el tobillo el grillete de los forzados.

El inspector, hombre de pocas palabras, no creyó oportuno dar explicaciones que no le pedían. Calabacita hizo detener un auto, donde se instaló en la bigotera, después que hubieron tomado asiento los dos hombres. Ja-

más le pareció Baltasar tan admirable como durante aquel trayecto. Dueño de sí, insensible a todas las pequeñas asechanzas de la mala suerte, que sin duda reducía a sus justas proporciones de hechos cualesquiera, se interesaba por los espectáculos de las calles, criticando la imprudente marcha del chófer, Calabacita, con los ojos húmedos, le besó las manos.

En la Prefectura subieron al segundo piso.

—Bájese el sombrero y súbase el cuello de la levita.

—¿Para qué?

—Porque siempre hay fotógrafos a la puerta.

—¿Y qué?—dijo Baltasar con aire de desafío—. Verán cómo se conduce un hombre honrado.

—¡Ah, señor Baltasar!—dijo ella—, es usted superior a lo que yo creía.

El joven se irguió; hubiera posado ante todos los aparatos del mundo, pero aquel día no había ni un fotógrafo. Un ujier les recibió y los introdujo en un suntuoso despacho, ornado con una mesa de ministro, sobre la cual se inclinaba una cabeza magníficamente peinada.

—Asunto Baltasar, señor director.

—Hágales tomar asiento—dijo la cabeza—.

—¿Mi copa de Oporto está aquí, José?

—A su lado la tiene, señor director.

—Gracias. Déjenos.

Continuó leyendo un legajo; con una de sus manos ensortijadas balanceaba unos lentes de oro. Sentados uno junto a otro, Baltasar y Calabacita no respiraban. Las trenzas de la joven parecían más rígidas bajo su toca. Ansiosamente escrutaba el rostro de Baltasar.

—¿Quién es Gourneuve?—murmuró éste en voz baja al oído de su compañera.

—¿Gourneuve?

—Sí; me acusan de ser su cómplice.

—No sé.

—¿Y la banda de los Mastropies? ¿Has oído hablar de ella?

—Nunca.

Yo tampoco dijo—; y no me explico por qué me meten preso.

Ella sacó un frasco de sales de la cartera y se lo ofreció. Baltasar lo rechazó; dispuesto a todas las luchas, armado de pies a cabeza, espiaba el ataque inminente del enemigo y miraba a aquella cabeza reluciente de cosmético. La raya, recta y regular, como la avenida de un parque, comenzaba en la nuca misma, dividía en el centro de la frente los dos arriates bien nivelados de la cabellera, pasaba por entre las cejas frondosas y se hun-

día en medio de una barba simétrica, recordada como un doble matorral.

El señor director levantó aquel armonioso conjunto y lo contempló en dos espejos, uno colocado ante él sobre un cabellete, el otro a su espalda, adosado a la pared, y que reflejaba las imágenes recogidas por el primero.

Luego, lentamente, paladeó unos sorbos de Oporto, y, sin abandonar el vaso, preguntó:

—¿Es usted el señor Baltasar?

La palabra "señor" llenó de contento a Baltasar y a Calabacita.

—Sí, señor director.

—¿Y la señorita?

—Es mi dactilógrafa. Nos han traído aquí a los dos por razones que ignoro, así como ignoro también por qué causa me meten en la cárcel.

Tras dos nuevos sorbitos, el director protestó.

—¿En la cárcel! ¡Pero si no está usted en la cárcel! Yo no soy un carcelero, sino un simple administrador, y en esta ocasión delegado del señor prefecto.

Era todo cortesía y amenidad. El orden de su peinado le imponía una continua benevo-

lencia: un hombre como aquél sólo podía decir cosas agradables.

Calabacita dejó escapar una ligera risa y Baltasar se tranquilizó. No se trataba, pues, de la cárcel ni de esposas y grilletes.

El señor director sorbió otro poco de Oporto, y, después de asegurarse, gracias al juego de espejos, de que su raya no había sufrido novedad, dijo pausadamente:

—Me permitirá usted que, en nombre del señor prefecto, le dirija algunas preguntas a las que tendrá la bondad de responder lo más claramente posible.

—¡Cómo no, señor director!

—Perfectamente. Procedamos con método. ¿Es cierto que vive usted, como dice el informe, al otro lado de las fortificaciones... en la choza de "Las Danaides"?

—Sí, señor director: en la villa de "Las Danaides".

—Efectivamente, la villa: eso he querido decir. ¿Y fué en esta villa donde recibió usted, en octubre último, la visita de un individuo bastante grueso, muy alto y que volvió por dos veces?

—Sí, señor: dos veces.

—¿No dijo su nombre?

—No lo dijo.

—¿Y cuál era el objeto de sus visitas?

—Buscaba la ocasión de hacer bien y me encargó de distribuir entre mis vecinos pequeños socorros.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿No ha vuelto usted a oír hablar de él?

—Nunca, señor director.

—¿Pero habrá usted reconocido su retrato en los periódicos?

—Yo no leo los periódicos.

—¿Nunca?

—Nunca.

—El informe da, efectivamente, ese detalle y señala a usted enteramente absorbido por sus trabajos de profesor.

—Enteramente absorbido—declaró Baltasar con convicción.

—Voy entonces a informar a usted. El individuo que fué a visitarle no era otro que Gourneuve, el jefe de la banda de los Mastropies y el salvaje asesino del conde de Coucy-Vendôme.

Baltasar dió un salto sobre su asiento.

—¿Qué dice usted, señor director?... El asesino... ¿este hombre? ¿Este individuo ha matado al conde?... ¿Es él el innoble asesino que mutiló...?

—El mismo—afirmó el señor director, siempre sonriente—. El caritativo incógnito que confiaba a usted el reparto de sus limosnas, se llamaba Gourneuve, y, si bien no lee usted los periódicos, no ignora usted los terribles delitos del criminal y de su banda. La detención de esos miserables constituye uno de los más resonantes éxitos de nuestra policía. Pero, antes de seguir adelante, olvidaba dos pequeñas formalidades indispensables a las cuales le ruego se preste.

—¿Cómo no!—repitió Baltasar, quien sonreía también, feliz de ver que la tempestad parecía alejarse cada vez más.

Dos sorbos de Oporto, nueva revisión del peinado por medio del doble espejo, y el director continuó:

—Ante todo, una pregunta. ¿No tiene usted ningún documento de identidad?

—Sí, señor director; tengo documentos que atestiguan que soy conocido bajo el nombre de Baltasar.

—¿Pero ninguno que pruebe que ése es su nombre verdadero?

—Ninguno.

—En ese caso tenga la amabilidad de abrir el cuello de su camisa.

Baltasar experimentó cierta sorpresa; pero,

al igual que en casa del notario, no opuso resistencia alguna. Desabrochóse el cuello y aparecieron las tres letras.

—M. T. P.—dijo el director—. Esto es, la marca de los Mastropies.

—¿Cómo?—protestó Baltasar—; ¿la marca...?

—De los Mas-Tro-Pies. M. T. P.: éstas son las tres primeras letras de las tres sílabas terribles.

—Pero, señor director, yo le juro que esos bandidos me son completamente ajenos... que no he formado parte...

—Nunca lo hemos dudado, señor; las tres letras de su pecho significan una cosa bien distinta de una complicidad.

—¿Qué significan, señor director?

—Un hecho que va a confirmarnos la segunda prueba.

El director sacó de una cajita un tapón para sello, húmedo, y rogó a Baltasar que apoyara el dedo pulgar de la mano izquierda. Al mismo tiempo sacó del "Legajo Baltasar" una hoja de papel amarillento, roto en algunos sitios y donde figuraba el dibujo de una huella.

—La comparación es exacta—dijo al cabo de un instante—. Puede verlo usted mismo... usted también, señorita... No creo que pueda

alcanzarse un grado de certidumbre más irrecusable. Y dadas las tres letras M. T. P. que existen en su pecho, y que estas dos huellas son idénticas, tenemos el derecho de establecer que usted es hijo del asesino Gourneuve.

El director parecía orgulloso de sus deducciones, y como recompensa, apuró el resto de su copa de Oporto y se ofreció el espectáculo de su peinado, desde un extremo a otro de la raya.

En cuanto al efecto producido en Baltasar, ni siquiera se ocupó, pues estaba persuadido de que toda noticia transmitida por él, con su graciosa cordialidad, sólo podía suscitar impresiones de placer y gratitud.

Baltasar quedó inmóvil. Sólo un ligero movimiento de su busto hizo temer a Calabacita que iba a rodar bajo el choque de tal revelación, pero se contuvo. La filosofía cotidiana es de una amarga solidez que nos impide caer porque un pequeño soplo de nada nos pille de improviso. Y además, ¿es posible ser a un mismo tiempo hijo de uno y otro hombre? ¿Puede ser que se tenga a la vez por padre al asesino y al asesinado?

No había lugar a hacer tal pregunta. Baltasar, considerándose el último vástago de los

Coucy-Vendôme, no sentía el menor deseo de establecer entre él y el llamado Gourneuve lazo filial alguno. Así, pues, se limitó sencillamente, y más bien por deferencia al señor director, a preguntar:

—¿Tengo el derecho de pedir algunas explicaciones?

—Las explicaciones son inherentes a la tarea que tengo el gusto de desempeñar— contestó el amable funcionario—. Serán breves. Ved aquí, primeramente, una carta de Gourneuve al prefecto de policía, cuya conclusión no puede ser más categórica. "Por las indicaciones arriba citadas, ya sabe usted, señor prefecto, dónde y cómo hallar a mi hijo. Conoce usted los medios de identificarle (tatuaje de las tres letras y huella dactilar de su pulgar izquierdo). Igualmente conoce usted el nombre bajo el cual vive: Baltasar, y su nombre real: Gustavo Gourneuve. Realmente, sabe usted también que en recuerdo de las tres letras tatuadas en su pecho elegí por nombre de la banda, cuyo jefe soy, la designación de Mas-Tro-Pies. Cuando le haya hallado, dígame, señor prefecto, el secreto de su nacimiento, pues yo no me he atrevido a revelárselo en persona. Igualmente le ruego le entregue esta fotografía, que es la de su ma-

dre, Angélica, la que después de mi ruptura con ella, hizose esposa legítima del señor Fridolin, saltimbanqui y luchador."

Baltasar osciló de nuevo en su silla. Las precisiones dadas por Gourneuve eran verdaderamente turbadoras. Sin embargo, se debatía.

—¿Qué es lo que prueba que esa carta...?

—¿Por qué iba a mentir Gourneuve?— interrumpió el señor director—. Todas sus palabras y actos la confirman. Sabemos, por las confidencias que hizo a su compañero de celda, que intentó varias veces ponerse en comunicación con usted. Parece ser que Gourneuve había substraído a su víctima un paquete de títulos, y que su obstinada intención era la de hacer conocer a usted el lugar en donde los había ocultado.

Una confusa claridad invadía el cerebro de Baltasar. ¿No había recibido acaso una comunicación? ¿No debía pensar que la llamada del notario era un hecho distinto a la misiva sellada y que él se habría equivocado atribuyendo a Coucy-Vendôme una carta escrita por Gourneuve después de su condena, y enviada valiéndose de alguna estratagema?

Su mirada se cruzó con la de Calabacifa. La misma idea había surgido en el cerebro

de la muchacha, y ambos se decían, además, que los cómplices de la banda habían debido sorprender una parte del secreto, puesto que días antes dos de entre ellos registraban la selva de Marly.

Baltasar murmuró:

—Es indispensable una entrevista entre Gourneuve y yo.

El señor director no pudo disimular su sorpresa.

—¿Una entrevista? Eso es imposible.

—¿Por qué razón?

—Pero, cómo, ¿no lo sabe usted?

—¿El qué, señor director?

—Pues que Gourneuve ha sido guillotinado la semana pasada.

Esta vez Baltasar flaqueó. Había resistido a la argumentación del funcionario, pero este nuevo ataque le pulverizaba. ¡Gourneuve, guillotinado! Este acontecimiento establecía de pronto el equilibrio entre las dos soluciones que se ofrecían a él con iguales probabilidades de verdad, puesto que uno y otro respondían a la predicción de la sonámbula. "Veo un hombre sin cabeza..." Gourneuve, guillotinado; Coucy-Vendôme, decapitado... ¡Qué visión de espanto y qué horrible coincidencial! Se desvanecía. Calabacifa acudió y le hizo

aspirar el frasco de sales, mientras explicaba al señor director:

—No es nada... El señor Baltasar está sujeto a estos desfallecimientos... La emoción... la alegría de saber ciertas cosas... Sufría demasiado al ignorar su verdadero nombre.

—Nosotros le ayudaremos en sus esfuerzos, señorita— exclamó el director con dolorosa simpatía—. Nosotros le facilitaremos todos los documentos necesarios para establecer su estado civil. Estoy completamente a su disposición...

A pesar de su cortesía, el señor director no gustaba de que le molestaran por mucho tiempo. Había notado cierto desorden en su peinado; así fué que en cuanto salió Baltasar de su desvanecimiento, les condujo hasta la puerta y entregó a Calabacita la fotografía de Angélica Fridolin, "sallimbanqui y domadora".

—Si su padre ha muerto, debe consolarse pensando que ha muerto valientemente; eso puede decirse al señor Baltasar. Su madre vive y debe ser una excelente y sensible mujer, a juzgar por este refrato... Mire usted, señorita... ¡Qué rostro más franco! ¡Qué decisión hay en su actitud de domadora! ¡Con qué energía amenaza al tigre con el látigo!

Las calles resplandecían bajo el sol, las gentes circulaban alegremente a lo largo de las aceras. Baltasar abandonó el brazo de Calabacita.

—Entremos en esta pastelería, ¿quieres, Calabacita?

Cuando se apoya uno en un cuerpo de doctrinas lógicamente coordinadas; cuando los hechos cotidianos se entrelazan en torno de una trama de filosofía práctica, y cuando se está perpetuamente en guardia, no se llega a perder nunca por entero el aplomo necesario. No hay miedo a caer en las emboscadas de una sensibilidad contenida, aunque siempre vibrante; nada prevalece contra el experimentado método de un Baltasar.

Se tragó media docena de pasteles y salió de la pastelería.

Calabacita, ávida de saber lo que debía pensar, espiaba las palabras del maestro. Este las pronunció con reflexivo tono:

—Confieso que los acontecimientos adquieren a veces la apariencia de la peor novela de aventuras. En verdad, que ojos mal habituados verían en lo que acontece extraordinarias peripecias, mientras que a mí me basta para colocar todas esas historias en su lugar adecuado y corriente, y para demostrarte una vez

más que ya no existen las aventuras, un poco de discernimiento.

Desgraciadamente, el discernimiento contaba entre las muchas ventajas de las que más carecía Baltasar. Faltábale éste al igual que el espíritu de observación, así como el poder de analizar, como la facultad de ver claro en él, como el sentido de la realidad, y como otras cualidades en extremo útiles.

El ciego Baltasar no disponía otro guía para conducirse más que de un corazón ardiente de ternura, un corazón del que había ahogado los latidos, por miedo de sufrir demasiado con él, bajo el peso de la filosofía cotidiana, y que despertaba de pronto a la imprevista llamada de dos padres decapitados y de dos madres desconocidas...

CAPÍTULO V

«El dedal de plata» y «Los leones del Atlas».

ANTIGUOS fosos se abren bajo los jardines en cuesta que dominan las casas viejas y grises.

Estatuas, flores, rectángulos de verduras, he ahí lo que Baltasar y Calabacita divisaron desde lo alto de los paseos que dominan por un lado la pequeña villa de Gournay.

Volvió a leer el informe de la Agencia X Y Z:

«Caballero... Adjunto le rogamos halle los resultados de las investigaciones que hemos llevado a cabo a petición de usted con el único dato del disgusto que dividió al conde Teodoro y a la familia de Coucy-Vendôme, a causa de la señorita Ernestina Henrioux. Esta señorita, natural de una aldea próxima al castillo, fué abandonada al fin por el conde

más que ya no existen las aventuras, un poco de discernimiento.

Desgraciadamente, el discernimiento contaba entre las muchas ventajas de las que más carecía Baltasar. Faltábale éste al igual que el espíritu de observación, así como el poder de analizar, como la facultad de ver claro en él, como el sentido de la realidad, y como otras cualidades en extremo útiles.

El ciego Baltasar no disponía otro guía para conducirse más que de un corazón ardiente de ternura, un corazón del que había ahogado los latidos, por miedo de sufrir demasiado con él, bajo el peso de la filosofía cotidiana, y que despertaba de pronto a la imprevista llamada de dos padres decapitados y de dos madres desconocidas...

CAPÍTULO V

«El dedal de plata» y «Los leones del Atlas».

ANTIGUOS fosos se abren bajo los jardines en cuesta que dominan las casas viejas y grises.

Estatuas, flores, rectángulos de verduras, he ahí lo que Baltasar y Calabacita divisaron desde lo alto de los paseos que dominan por un lado la pequeña villa de Gournay.

Volvió a leer el informe de la Agencia X Y Z:

«Caballero... Adjunto le rogamos halle los resultados de las investigaciones que hemos llevado a cabo a petición de usted con el único dato del disgusto que dividió al conde Teodoro y a la familia de Coucy-Vendôme, a causa de la señorita Ernestina Henrioux. Esta señorita, natural de una aldea próxima al castillo, fué abandonada al fin por el conde

Teodoro. Después de una corta estancia en París, regresó a Gournay para establecerse como costurera. Diez años de improbos trabajos le permitieron adquirir una pequeña mercería, "El dedal de plata", y crearse una clientela seleccionada, que no desdeña la fertulía de su tiendecita. Se une a todas las obras de beneficencia y se dedica a decorar la iglesia los días de ceremonia religiosa, lo que le ha valido el rodearse de unánime consideración, y nunca la menor alusión ha venido a recordar que haya habido en su pasado la agitación y la tristeza de un drama pasional.

„En lo que respecta a la otra investigación, con cuyo encargo de realizarla nos ha honrado, o sea respecto a la domadoró Angélica, directora de *menagerie* "Los leones del Atlas"...

Baltasar plegó la hoja, y como daban las once en el reloj de la vecina torre, dijo:

—Voy ahora, antes de que se ponga a comer.

—No tarde usted, señor Baltasar—dijo Calabacita—. Hace dos semanas que espera usted este momento y le trae trastornado.

Baltasar había intentado resolver tan embarazosa situación por impulsos sentimentales y por argumentos extraídos de su cora-

zón. ¿De quién era hijo? ¿Hacia cuál de las dos madres que el Destino le ofrecía dirigiría sus pasos? Incapaz de reconocerse entre tan densas finieblas, se limitaba a colocar ante él las dos fotografías y parecía esperar, bien que ellas contestaran a sus preguntas o que un impulso de su corazón, como él decía, le revelara la imagen materna.

Pero ambas mujeres callaban, y unos movimientos de la misma fuerza y amplitud le empujaban sucesivamente hacia la madre que contemplaba. Ambas le parecían igualmente bellas y dignas de ternura.

Afortunadamente, Baltasar no tenía que elegir más que entre dos madres. También le solicitaban dos padres; pero ¿cómo hubiese podido vacilar entre el conde de Coucy-Vendôme, duque de Jaca, grande de España, y el asesino Gourneuve?

Aceptaba voluntariamente el ser hijo de las dos mujeres, pero se rebelaba ante toda relación filial entre uno de los dos hombres, y así fué cómo la señorita Ernestina Henrioux había sido preferida a la domadora Angélica.

Baltasar cogió la pesada cartera de Calabacita.

—Comenzaré por hacerle oferta de mis servicios presentándome como representan-

te de comercio, con muestrarios de cintas, alfileres, ligas, etc., pero en lugar de enseñárselos le tiendo la fotografía y me abrirá sus brazos.

Calabacita aprobó. La animación del profesor le llenaba de alegría.

—Me alegro—dijo—de que la doctrina no condene los impulsos del corazón.

Baltasar penetró en la villa con el continente de un hombre que es dueño de la situación. Un dedal sujeto por las pinzas de unas grandes tijeras negras, le indicó la puerta de una tiendecita modesta, precedida de tres escalones, que subió de un impulso, como si se lanzara al asalto.

Hizo sonar una campanita e inmediatamente se dijo, respirando satisfecho:

—No está en casa.

La supuesta ausencia de la señorita Henrioux le dió tiempo de limpiarse el sudor de su frente y recobrar el aliento. En la habitación, baja de techo y oscura, no había más que un cura que estaba comprando cordones de bota a una vieja señora, de rostro áspero. Esta miró al intruso, quien golpeó su cartera como queriendo decir:

—Le fraigo mis cartones de muestrario.

—Siéntese—le fué ordenado.

Se apoyó contra el mostrador, inclinando el busto, tocando con su cabeza un lote de tirantes. Sus ideas se arremolinaban como hojas secas. El anciano cura y la vieja señora cambiaban frases desprovistas de sentido para él. La tiendecita estaba llena de humedad, de tristeza y de un olor insoportable a moho, al que se mezclaba otro de cebolla cociéndose cerca de allí.

—Mil gracias, señorita Henrioux—dijo el eclesiástico al retirarse.

—Siempre a sus órdenes, señor cura...—replicó la vieja señora.

La puerta se cerró.

La vieja señora se dirigió hacia Baltasar:

—Tengo mi proveedor, caballero—dijole con el tono áspero que se adopta para decir:

—Dios le ampare, hermano.

Baltasar se había levantado y miraba estúpidamente; había escuchado la despedida del cura y preguntó con voz sorda:

—¿La señorita Henrioux?... ¿Es usted la señorita Henrioux?

—Pues naturalmente, ¿qué tiene de extraño?... "El dedal de plata"... yo soy.

—¿Es usted?... ¿El dedal de plata?... ¿Es usted?... ¿es usted la señorita Ernestina Henrioux?

La contemplaba con ojos espantados, y poco a poco, en su inmenso deseo de reconocerla, iba descubriendo en aquel rostro desabrido algo que debió ser la feliz expresión de la fotografía. Bajo las precoces arrugas y el amarillento pergamino de la piel renacia el rostro joven, las estiradas crenchas de los cabellos se rizaban en bucles frívolos: era efectivamente la joven que su padre había amado en otros tiempos y cuya imagen seductora había conservado.

—Mi madre... mi madre...—se dijo desde el fondo de su ser.

La voz de la sangre hablaba; un impulso le lanzó hacia ella. Por desgracia, la emoción daba a Baltasar una máscara realmente feroz: los ojos bizcos, los dientes rechinando en la boca entreabierta y forcida, la mandíbula temblorosa; además, tuvo la mala ocurrencia de arrancarse de un tirón el cuello de la camisa y dejar descubierto el pecho, mientras balbuceaba: "M. T. P... M. T. P..."

La señorita Henrioux, muerta de miedo, retrocedió ante aquella visión de locura. Baltasar, mientras tanto, avanzaba hacia ella con el pecho desnudo y el pulgar de la mano izquierda en alto.

—¡M. T. P.!...—decía—, la huella... el tampón..

La señorita Henrioux gemía:

—¡Váyase... váyase!...

Pero nada podía calmar a Baltasar; en vano trataba de formar frases; sólo algunas palabras salieron roncas y entrecortadas:

—Nacimiento... testamento... investigación...

Acorralada contra la puerta por donde se deslizaba el perfume de cebolla frita, pero incapaz para levantar el pestillo y huir, la señorita Henrioux gritó desesperadamente:

—¿Quién es usted?

—Godofredo—dijo.

Después de tal revelación no dudó un instante de que en una explosión de ternura maternal le abriera los brazos.

—Godofredo—repitió—, Godofredito...

Permanecían uno frente a otro: ella, llena de pavor, queriendo comprender lo que significaba aquello. Baltasar, ardiendo por estrechar entre sus brazos a la que llamaba su madre.

—¿Godofredo?... ¿Quién es Godofredo?

Bruscamente, como si fuera a darla un golpe, le puso ante los ojos su fotografía de joven.

—Mire usted... Mire—ordenó—. ¿Comprende usted ahora?

—¡Ah!—exclamó sorprendida—. ¿Es posi-

ble?... ¡Mi retrato! ¿De dónde ha sacado usted eso?... ¡Mi retrato!

A lo que el joven respondió con vehemencia:

—Es mi padre quien me lo ha transmitido... el conde de Coucy-Vendôme... Tengo la misión de buscar a usted... de pedirle perdón. Soy Godofredito... ¿no se acuerda usted?... el pequeño que la quitaron.

Como seguía con su aspecto implacable y amenazador, parecía que más bien quería decir:

—¡Sea usted mi madre, o la mato!

Ninguna de las dos soluciones parecía seducir a la vieja. ¿Qué pasaba dentro de ella? ¿Es que el nombre de Godofredo, que tal vez desconocía, la desorientaba? ¿Se creía realmente ante su hijo? Permanecía turbada y con el ceño fruncido, lo cual no impedía que Baltasar la hallase encantadora, joven, llena de gentileza y seducción, y pensara en el placer de marchar entre ella y Calabacita por las calles de Montmartre.

El ruido de un coche sobre el empedrado de la calle rompió el silencio. Se detuvo, sonó una campanilla y una cliente de cabellos blancos, cubierta de encajes negros, entró con paso menudo y vivaracho.

—¡Mi querida señorita Henrioux, vengo corriendo... sólo unas compras!... Pero ante todo dígame cómo se encuentra, querida mía.

—¡Ah, señora marquesa, es mucha amabilidad por su parte!...

—¡De ninguna manera! Y además tenemos que hablar del Asilo de Niños, de nuestra tómbola, de nuestros comités...

Una cliente... una marquesa... Baltasar había dejado paso a la señorita Henrioux.

—Perdone, señora marquesa; es cuestión de un minuto.

Baltasar se sintió perdido; iban a despedirle. El derrumbamiento de sus sueños le devolvió su verdadera expresión y una gran tristeza le invadió al oír la voz, menos dura, de la señorita Henrioux:

—Tengo mis proveedores. Así que usted comprenderá que...

Sí, tenía sus proveedores, sus clientes, sus obras de caridad, sus amigos de iglesia y de castillo, su reputación, todo su honorable pasado. ¿Qué lugar había para él entre todo aquello?

¿Iba ella a renunciar a tantas pequeñas costumbres agradables que componían su vida presente, a lanzarse en el drama y la incertidumbre, remover las cenizas del pasado y

avivar el fuego extinguido de su pobre corazón?

Bajó la cabeza y guardó la fotografía en la cartera de cuero.

—Perdóneme—murmuró—; no he debido ser tan brusco... Adiós.

Ella había conseguido abrir la puerta del fondo. Se encontraron en un estrecho pasadizo que servía de cocina y que desembocaba en un corralillo donde pululaban conejos y gallinas. En un hornillo cocíase un guiso de vaca con cebolla. La señorita Ernestina Henrioux tomó las manos de Baltasar y balbució:

—Sí, adiós... He sido muy desgraciada... No puedo más... no puedo más... Adiós. Yo le escribiré... déme su dirección...

Y le empujó hacia el corral, aplastó a un conejo, resbaló con unos tronchos de zanahoria y llegó a la calle en el momento preciso de depositar la cartera de cuero en brazos de Calabacita y recibir su auxilio.

Aquella noche, en "Las Danaides", Calabacita cuidaba a su amor mientras le decía con maternal solicitud:

—Ya ve usted, señor Baltasar; las cosas del corazón son tan complicadas como las de la vida. Se pierde usted en él como en el enigma

de la M. T. P. y los misterios de su nombre y su familia; de nuevo está usted inquieto y con fiebre.

—Entonces—preguntó—, según tú, ¿qué es preciso para estar tranquilo y ser feliz?

Era una pregunta un tanto ardua, a la que no sabía qué responder. No obstante, dijo con gravedad:

—¡El amor!, señor Baltasar.

Miró a la joven, o más bien a la niña, puesto que eso era todavía para él, y se preguntó por qué Calabacita había enrojecido. Pero pensamientos más importantes reclamaban su atención.

El corazón, por complicado que sea, nos dicta mandatos a los cuales debemos someternos; y cómo Baltasar, con su sed insaciable de ternura, no había de sufrir el atractivo de aquella otra fotografía que pasaba horas enteras contemplando? ¡Qué simpatía le inspiraba la domadora Angélica! ¡Cuánto más amable y atrayente! ¡Nada triste en ella! ¡Al contrario, alegría y buen humor!

No resistió más la tentación y se puso en campaña; y hubiera sido desconocer su carácter al no suponerle animado de los mismos impetuosos ínsintos que la primera vez el mismo profundo afecto, pronto a desbor-

darse, bullía en él; la misma emoción le agitaba cuando, en la feria del Trône, según los informes que había recibido de la agencia X Y Z, divisó el anuncio, pintado en tela blanca, que decía: "Los leones del Atlas; directora Angélica."

Era un circo de mezquina apariencia, formado con telas pintadas, ya borrosas, y carromatos desvencijados, de donde los leones del Atlas se hubieran podido escapar cómodamente si les hubiera quedado algún deseo de independencia.

Había terminado la representación de la tarde cuando Calabacita y Baltasar llegaron a los carromatos, entre los cuales se acumulaban muchas cajas viejas y se cocía la cena. Había tres de estos carromatos y un tractor automóvil, que más bien parecía una apisonadora.

Una mujer atlética, vestida con una vieja casaca galoneada, y cuyas piernas poderosas hacían estallar el algodón de una malla gris perla y el terciopelo de unas botas altas abrochadas con cordones, vigilaba el contenido de una enorme marmita puesta sobre la lumbre.

Baltasar, a quien una sola prueba no había bastado para comprender que las fotografías

no son sinceras y que un rostro joven envejece en treinta años, se dirigió a esta mujer atlética y le dijo:

—¿La señora de Fridolín, si tiene la bondad?

Ella levantó una cara blanca y redonda, como una luna llena, cubierta de polvos de arroz y que conservaba vestigios de una belleza jovial.

—Soy yo, caballero. ¿En qué puedo servirle?

—¿Es usted la domadora Angélica?—repuso Baltasar desilusionado.

—Personalmente.

No podía dar crédito a sus ojos, y con la esperanza de un malentendido, mostró la fotografía.

—¡Cómo!—exclamó la mujer—. ¡Que Dios me perdone! ¡Si soy yo cuando era joven!... ¿De dónde diablos ha sacado usted esto?

Tomó entre sus manos la cartulina y la examinó. Luego dijo riendo:

—¡Caramba! ¡Pero si esto data del tiempo de Gourneuve!

—Es, efectivamente, entre sus papeles donde se ha encontrado esta fotografía—murmuró Baltasar.

—¿Se ha sabido que era yo?

—Sí; por una carta que ha dejado escrita al prefecto de policía.

—¿Y viene usted de su parte?

—Sí.

—¡Ah!—dijo con tono plácido—, ¿entonces el pobre Gourneuve ha pensado en mí antes de morir?

—Sí—dijo Baltasar.

—¿Y con qué fin...?

El joven no oyó el final de la pregunta. Uno de los leones del Atlas, olfateando sin duda el olorillo de la marmita, lanzó un rugido espantoso; un compañero respondió por otro rugido; luego otro, y, finalmente, todos los leones del Atlas promovieron un concierto ensordecedor.

Angélica tuvo que repetir su pregunta:

—¿Con qué fin envía a usted?

—Por un hijo... por su hijo...—gritó Baltasar con todas sus fuerzas para hacerse oír.

—¿El pequeño Gustavo?—repuso Angélica en el mismo tono estridente—. ¡Pobre criatura! Desapareció a los quince meses, cuando acababa de deſtejarle, dos semanas antes de que nos separásemos Gourneuve y yo. Siempre he creído que le hizo desaparecer para vengarse. Ya no nos amábamos y estaba furioso. ¿Así que el pobre niño...?

—Ha vivido.

—¿Es posible?

Baltasar miró a Calabacita. ¡Con qué facilidad se arreglaba todo! Hubiera sido feliz si los condenados leones del Atlas hubieran dejado a la entrevista su carácter íntimo.

—El pequeño Gustavo ha vivido y se ha hecho un hombre—profirió Baltasar.

—¡Qué extraño es todo esto!—vociferó Angélica frotándose las manos—. ¿Está usted seguro? ¿Le conoce usted, quizá?

—Sí; le conozco.

—¿Pero no viviría con el nombre de Gourneuve? ¿Viviría con otro nombre, sin duda?

—Sí.

—¿Cuál?

—Baltasar.

Ella le miró con atención; presentía la verdad.

—Y usted... ¿su nombre?—preguntó.

—Baltasar.

—¡Ah!—exclamó golpeando con las manos sus mallas gris perla—. ¡Esto es más extraño todavía! ¿Entonces el pequeño Gustavo es...?

Baltasar no respondió; limitóse a sonreír con una mueca de ansiedad. Angélica le atrajo enérgicamente hacia sí y lo estrechó entre sus brazos.

—¡Qué extraño!... ¡Qué extraño!... ¿Entonces el pequeño Gustavo...?

Los leones del Atlas se exasperaban. Baltasar, con la nariz hundida en las carnosas mejillas enharinadas de Angélica, pensaba que el encuentro de una madre y un hijo puede tener lugar con toda sencillez y sin las enfáticas peripecias de los melodramas.

—¡Qué cosa tan graciosa, qué rara!— vociferaba la domadora—. ¡Qué contento se va a poner Fridolin! ¡Y la chiquillería! porque tienes un enjambre de hermanos y hermanas, Gustavo.

Y haciendo portavoz con las manos en forno a su boca, llamó:

—¡Fridolin! ¡Fridolin!

Las puertas de los tres carrmatos y de la apisonadora se abrieron, dando paso a una nube de chicos y chicas. Fridolin apareció el último.

Era un coloso de mediana estatura y de musculatura formidable. Durante los entre-actos, el Hombre-Cañón, como le designaba el programa, efectuaba el "arranque" de la barra y hacía juegos malabares con las pesas. Se parecía a su mujer, pero en color rojo. Un guardapolvo kaki cubría sus mallas sonrosadas.

Cuatro muchachas y cinco chicos le rodeaban; los había de seis a veinticinco

años y todos estaban empleados en el circo.

—¡Es Gustavo!— exclamó la domadora—. ¿Te acuerdas, Fridolin? ¡El pequeño Gustavo, del que te he hablado, el hijo de Gourneuve!... ¿Qué casualidad, verdad?

El Hombre-Cañón era un faciturno, pero al mismo tiempo un sensible en constante enternecimiento; sus ojos bordeados de rojo se humedecían a la menor cosa. Aplastó entre sus manos la de Baltasar y le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Suyo hasta la muerte!...

Baltasar, que se sentía como de la familia, presentó a Calabacita.

—Mi secretaria-dactilógrafa.

El título causó impresión. Angélica a su vez presentó a los nueve hermanos y hermanas.

—Luisa, la cajera; Alfredo, el que toca el tambor; Raoul y Augusto, peones, etc., etc...

Se sentaron a la mesa, lo cual consistía en sentarse en las cajas desparramadas y devorar los trozos de carne y legumbres preparados por Angélica en la marmita y ofrecidos en el extremo de un tenedor. La comida fué cordial; los leones del Atlas habían renunciado a rugir. Baltasar, interrogado acerca de su existencia, se pavoneó con su título de profe-

sor. Angélica habló bondadosamente de su primer marido, en esposa indulgente.

—Una excelente persona, haragán, astuto, cataoficios; pero en el fondo era una buena persona.

—Excelente muchacho — repitió Fridolin con lágrimas en los ojos.

—Es verdad que ha acabado mal—dijo Angélica—; no se debe matar al prójimo; pero de todas maneras, ¿es que ese Coucy-Vendôme era un ángel? Los periódicos han contado...

Baltasar defendió a la víctima en términos que demostraban que, si había adoptado a Angélica como madre, prefería como padre al conde de Coucy-Vendôme.

A los postres (para cada uno una manzana), se descorchó una botella de sidra espumosa. Baltasar anunció que estaba prometido, lo que enfermeó a la domadora e hizo llorar al Hombre-Cañón. Se brindó en honor de la magnífica Violante.

—Basta de broma—dijo Angélica—; ha llegado la hora del trabajo; ya conoces el camino. Estaremos aquí hasta fines de este mes; después representaremos en la barrera del Trono y luego en Grenelle. Ven a vernos con frecuencia y no olvides que a Fridolin y a mí no nos asusta un hijo más.

Baltasar volvió a frotar su nariz contra los blancos carrillos de su madre y besó a sus nueve hermanos y hermanas, pero el adiós de Fridolin fué tan caluroso que Angélica no quiso separar tan bruscamente a su hijo de su padrastro.

Concedió permiso hasta media noche a su marido; suprimirían el número del Hombre-Cañón. Se puso éste el abrigo, bajo el cual veíase su malla rosada, y siguió a Baltasar, que precisamente tenía aquella noche sesión de degustación en Montmartre, donde le esperaba ya el señor Vaillant du Four.

Hacia las diez los tres hombres, algo achispados, salieron del cabaret cogidos del brazo. Cerca de las fortificaciones el señor Vaillant du Four se cayó al suelo; Fridolin lo cargó a su espalda izquierda como si se tratara sencillamente de un abrigo.

Colgado del brazo del Hombre-Cañón, Baltasar le expuso los principios de la filosofía cotidiana.

—Compréndeme, Fridolin. La mayoría de las gentes ven la vida con lentes. Son unos locos. Hay que ver las cosas como son y volverlas a su lugar si son deformes. Ahora bien, las cosas son siempre simples, naturales...

El señor Vaillant du Four, con la cabeza colgante, gemía:

—Soy un bribón... Debían meterme en la cárcel. Os digo que soy un bribón...

Baltasar continuó desenvolviendo la doctrina hasta el fielato de las Termas. Allí, su padrastro, entusiasmado, le hizo crujir de nuevo la mano sollozando:

—¡Hasta la muerte, hasta la muerte!

Fridolin regresó de nuevo hacia Paris, olvidando que llevaba en sus hombros al señor Vaillant du Four.

Baltasar regresó solo. Los mecheros de gas y las estrellas danzaban un tanto ante sus ojos, pero pudo llegar a su domicilio; al aproximarse, su sorpresa fué grande al ver que la ventana de su casa estaba iluminada y que una silueta femenina se recortaba ante la puerta abierta. ¿Era Calabacita que le esperaba?

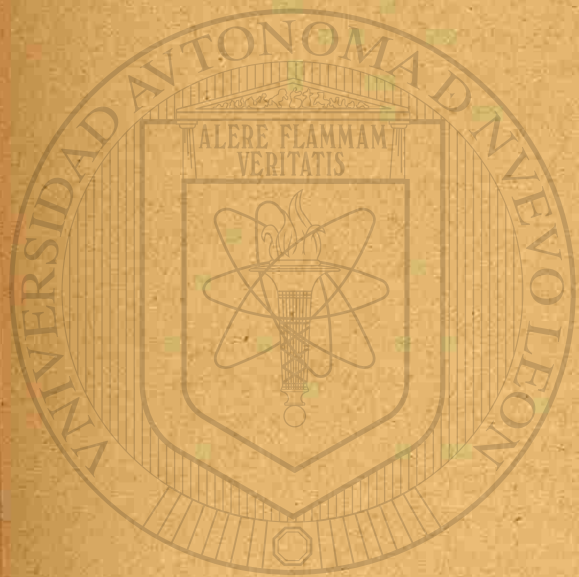
Subió la escalera. Tendiéronsele dos brazos y le acogió una voz gemebunda:

—Godofredo... mi Godofredito, soy yo, Ernestina Henrioux... No he podido resistir. Lo he abandonado todo para venir cerca de ti... He abandonado "El dedal de plata", mis clientes, el señor cura, la tómbola... ¡Ah, mi Godofredito!

La vieja dama lo estrechaba contra su pecho con vehemencia, como si quisiera ganar con demostraciones maternales el cuarto de siglo perdido en la soledad y carencia de amor. ¿Cómo no aceptaría Baltasar aquella ternura?

Con el cerebro turbado por los vapores del vino de Suresnes, respondió con manifestaciones filiales que no cedían en sinceridad a las de su madre.

La madre y el hijo no se durmieron hasta la madrugada, y Calabacita les halló con las manos entrelazadas, las cabezas juntas y balanceando el busto, sentados en dos sillas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI

Fridolín vale por un regimiento.

CON el desayuno del profesor, Calabacita trajo dos cartas y un telegrama. Baltasar ofreció café a la señorita Ernestina; presentó a la dactilógrafa y, llevando a Calabacita hasta el corralillo, comenzó sus abluciones.

—Lee—la dijo.

En la primera carta, el notario señor La Bordette convocaba a su cliente y solicitaba algunas firmas, pues el asunto Coucy-Vendôme estaba terminado.

—Continúa.

Calabacita rompió el sobre de la segunda carta y empalideció.

—Es de la señorita Violante.

—Escucho—respondió Baltasar.

Ella leyó:

“Mi Baltasar:

„Sigo atentamente en los diarios la crónica de crímenes, robos, estafas y detenciones. En nada hasta ahora estás complicado, y por lo tanto nada te impide proseguir la conquista de un nombre, de una fortuna y de tu „Orgullosa prometida.“

Calabacita esperó el efecto de esta carta de amor. Baltasar, que en aquel momento se lavaba la cabeza, ordenó:

—Friccióname fuerte.

Ella le friccionó vigorosamente y luego leyó el telegrama.

Venía de Noruega y decía:

“Le ruego me reciba en su casa el domingo 25 del corriente. Tengo que hacerle revelaciones de una importancia capital.

Firmado: BEAUMESNIL, poeta.”

La voz de Calabacita se había ensombrecido. ¡Más disgustos y complicaciones para su amor! ¿Qué es lo que querían todas aquellas gentes, esta orgullosa prometida, este poeta desconocido?

—Dame los firantes—volvió a ordenar Bal-

tasar, con la misma indiferencia que si se tratara de asuntos que nada le importasen.

En el mismo momento la señorita Ernestina salió de “Las Danaides”. El la cogió del brazo y se la llevó, diciendo a Calabacita:

—Ven a buscarnos a “Los Leones del Atlas”.

Baltasar era un muchacho leal, que no quería captar el afecto de la señorita Ernestina o de la domadora Angélica sin haberles dado más explicaciones. Por su parte, no vaciló un momento en adorar a las dos tan profundamente como si cada una de ellas fuera su madre; pero debían saber la una y la otra que existían por el momento ciertas dudas sobre la maternidad de una de ellas. Por esto deseaba una entrevista inmediata.

Esta no pudo ser más cordial. Las naturalezas que ciertas afinidades secretas predisponen a la simpatía, se entienden desde el primer momento. Mientras que los leones del Atlas rugían furiosos, Baltasar voceó su historia, y luego que ellas la hubieron escuchado, las dos mujeres confesaron a voz en grito que ninguna prueba favorecía más a una que a otra, pero que esto no era motivo para que sintieran menos afecto hacia él.

—Ten la seguridad le dijo Angélica—que

yo te quiero como a un hijo; pase lo que pase, no he de cambiar.

La señorita Ernestina, que no le tuteaba, no fué menos categórica:

— Nada modificará mis sentimientos de madre.

Baltasar reunió sus manos entre las suyas mientras Fridolin lloraba.

Durante quince días disfrutaron de una felicidad completa. Las gentes sencillas no ven lo que puede existir de anormal o complicado en una situación a la cual su natural idea de la felicidad les ha adaptado desde el primer momento. En "Los Leones del Atlas" se hablaba de todo esto, sin molestia, sin asombro y sin experimentar el áspero deseo de conocer la verdad.

La señorita Ernestina, que había perdido su aspecto hurraño, se interesaba por los trabajos del circo, cuidaba e instruía a los nueve hijos de Angélica y no parecía tener prisa por volver a su pequeño almacén de Gournay.

De Gourneuve jamás se hablaba... Gourneuve había sido guillotinado, suprimido, sepultado... no hablemos de él. Pero en cambio la señorita Ernestina evocaba con voz lenta la noble figura del conde de Coucy-Vendôme,

grande de España, al cual decididamente Baltasar se aficionaba cada día más, y todos, con un prudente desdén de toda lógica, se asociaban a esta feliz intimidad.

Sólo Calabacita se atormentaba. Se había informado acerca de Beaumesnil, poeta ilustre, más célebre aún por su libertinaje, y temía, por su amo, las revelaciones anunciadas. Además, un día advirtió que en torno de "Las Danaides" rondaban los dos hombres del bosque de Marly.

Asustada, advirtió a Baltasar.

— ¿Y qué? — dijo él.

— ¿Y qué? Pues que son antiguos cómplices de Gourneuve y formaban parte de la banda de los M. T. P.

El profesor se irritó.

— Escucha, Calabacita — la dijo —. Si quieres que nos entendamos, haz el favor de dejarme en paz con los M. T. P. y todas sus idioteces.

— Sin embargo — insistió Calabacita —, su presencia prueba que están buscando el tesoro y que sus investigaciones los han conducido hasta nosotros.

Baltasar, encogiéndose de hombros, respondió:

— El tesoro está en tu cartera. No he hablado de él ni a la señorita Ernestina ni a los

Fridolin, estimando que es mejor guardar silencio hasta que tengamos algunas certidumbres sobre ello. Lo único que he hecho ha sido coger de él un billete de quinientos francos, ya que provisionalmente he renunciado a mis ocupaciones. Por consiguiente, nadie puede suponer que...

Y como Baltasar prefería saborear tranquilamente su felicidad, volvió la espalda a Calabacita.

Pero, dos días más tarde, ésta sorprendió las maniobras equívocas de tres individuos, vestidos con trajes de cuadros y cubiertos con gorras. Al día siguiente llevó a Baltasar hasta la ventana y le hizo notar que cuatro individuos se deslizaban a lo largo de la empalizada del señor Vaillant du Four. Pobremente vestidos, tenían el aspecto de miserables levantinos disfrazados para algún mal paso. Aun cuando afectaban no conocerse, cambiaron entre ellos señas mal disimuladas.

—Además, mire, mire—dijo Calabacita—; allí está el inspector que nos llevó el otro día a la Prefectura de Policía y que se reúne con ellos. ¡Se conciertan los cinco! Dios mío, ¿qué significa todo esto?

Baltasar encendió su pipa y se marchó.

Nada podía alarmarle: ¿qué le importaban los pueriles presentimientos de Calabacita? Esta no daba tregua a su imaginación: no veía más que intrigas y conspiraciones tenebrosas; de todas partes acudían personajes sospechosos que invadían la Ciudad de las Barracas.

Una noche entró sofocada:

—Es necesario huir... es preciso... Uno ha hablado... un inglés con sombrero de paja... me ha dicho que está usted amenazado... enemigos feroces... Le ofrece veinte mil francos si consiente usted en huir... treinta mil si es preciso... de parte de Inglaterra... está esperando la respuesta al final del sendero..

Baltasar, furioso, cerró los puños y le lanzó tan coléricas miradas, que la muchacha no se atrevió a proseguir.

Se vieron con menos frecuencia. Baltasar evitaba a la que turbaba su quietud y elevaba hacia él unos ojos cargados de angustia. Acabó por refugiarse en "Los Leones del Atlas", en donde permaneció tres días entre Angélica y la señorita Ernestina.

Al domingo siguiente, día fijado por el poeta Beaumesnil, Calabacita fué a suplicar a Baltasar que no fuera a "Las Danaides".

—No vaya usted, señor Baltasar: los peli-

gros son inmensos. Tiene usted enemigos feroces. Se ha tramado contra usted un complot, o, mejor dicho, una serie de complots, que se relacionan entre sí, y de los cuales será usted víctima.

—Estás delirando!— protestó Baltasar, aunque un poco escamado.

Calabacita expuso su argumento decisivo.

—¿Olvida usted que hoy es la fiesta de las Barracas y que todos se han marchado de excursión? El barrio quedará desierto, y precisamente es hoy cuando intentan refener a usted en "Las Danaides". ¿No está claro el lazo?

Hablaba con desesperada elocuencia, juntando sus manos temblorosas.

—Se lo ruego, señor Baltasar; créame usted... no me equivoco. Cuando se trata de usted, hay algo en mí que adivina, que presiente... Me recorre un estremecimiento de la cabeza a los pies.

La señorita Ernestina fué la primera en ceder. Angélica, mujer serena y buena consejera, optó igualmente por ser prudentes. A su juicio, Baltasar no podía rehusar la entrevista, pero era necesario que se rodeara de todas las precauciones necesarias.

—¿De qué manera?— preguntó vacilante,

—Muy sencillo: que te acompañe Fridolin. Con él puedes estar tranquilo, pues no hay posibilidad de agresión ni de emboscada posible. Fridolin vale un regimiento.

La proposición encantó a todos. Baltasar la adoptó, al igual que Calabacita, la que se puso a reír en una súbita distensión de los nervios.

—Sí... Doña Angélica tiene razón. No hay nada que temer... Fridolin vale un regimiento.

El Hombre-Cañón no pudo retener las lágrimas: los sollozos le sofocaban.

—Hasta la muerte, Baltasarillo; manos a la obra en seguida. Vamos a decirles dos palabras a esos atrevidos. ¿Cuántos son? ¿Doce? ¿Trece?

Se prendió un pasador de donde pendían unas medallas, reservadas para las ocasiones solemnes, y se puso el abrigo color mostaza. Angélica entregó a Baltasar una navaja de muelles, y Calabacita, inclinándose, le besó furtivamente la mano.

Los dos hombres se lanzaron a la expedición adoptando un paso de indios sobre la pista de guerra. Fridolin, calzado con alpargatas de suela de cáñamo, balanceaba el torso y marchaba con la flexibilidad de una fiera en la selva.

Baltasar regocijábase con andar sobre su

las de goma y, por consiguiente, de no hacer ruido alguno que pudiera atraer la atención. Marchando así ganaron sin contratiempo la ciudad de las Barracas.

—Ya ves, Fridolin deslizó Baltasar—; todo el mundo está de excursión... es esto un verdadero desierto.

—Mejor. Así si hay gresca no tendremos espectadores.

Redoblaron sus precauciones, no avanzando sino después de haber examinado atentamente los rincones propicios a la emboscada; pero al divisar las Danaides, Baltasar flaqueó:

—Han entrado—dijo.

—¿Qué sabes tú?

—Hay huellas de pasos.

—¡Tonterías!—afirmó rotundamente Fridolin—. Abre la puerta.

—Sí... sí... Nos atrincheraremos dentro.

—Yo no conozco más trinchera que ésta—declaró el Hombre-Cañón golpeándose el pecho.

Se deshizo del abrigo color mostaza y se plantó en el umbral cara al enemigo. Sus biceps se abombaban bajo la malla rosada.

—¿A qué hora viene tu poeta?

—A las cuatro.

—Faltan veinticinco minutos.

El profesor se inquietó.

—¿Pero tú vas a pegarle?

—Naturalmente que no. Se trata de los otros, de los doce malandrines que te espían.

Baltasar se tranquilizó. Decididamente, el Hombre-Cañón valía un regimiento. ¡Qué fuerza! ¡Qué serenidad!

Transcurrieron aún diez minutos. Ningún ruido. Ni la menor sombra de nadie.

—No faltaría más que nos dieran plantón—gruñó Fridolin—. Esas cosas no deben hacerse. Yo he venido para afizar.

—Ahí están—gimió Baltasar, sentándose.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

—A la izquierda, en la revuelta.

—Tienes razón. Se acercan, ¡pero eso no es lo tratado!

—¿El qué?

—¡No son más que dos!

—Sí, los dos M. T. P. Ya se acercan... ya se acercan... ¿Pido auxilio, verdad?

Fridolin volvió la cabeza un segundo y lo fulminó con la mirada.

—Ni un grito... Si no...

—¿Mi navaja entonces? ¿Saco la navaja?

—Sí, eso es; sácala y límpiate las uñas con la punta.

Los M. T. P. se aproximaban. Al mismo tiempo los biceps del Hombre-Cañón se movían bajo la malla rosa como un nido de serpientes.

El más enclenque de los dos bandidos (Baltasar reconoció al del albergue), un verdadero alfeñique, atravesó la verja llevando un cigarrillo entre los dedos y preguntó con insolencia:

—¿Tienes lumbre, camarada?

—Sí, hombre, sí—dijo Fridolín con jovialidad—. Anda, ven por ella, compañero.

El bandido subió los tres escalones. Fridolín abrió los brazos para estrecharle y aplastarle contra su pecho, pero recibió un puñetazo en el mentón, de arriba a abajo, que le hizo vacilar. No hubo lucha. Sin pronunciar una sola palabra, el Hombre-Cañón cayó al suelo, como un buey que dobla las rodillas.

Dos siluetas saltaron sobre su cuerpo y dos revolvers, tras los cuales se convulsionaban dos rostros implacables, apuntaron a Baltasar.

—¡La carteral—exigió el alfeñique—. Entrégala, y pronto. ¿Eh? ¿Cómo?... ¿Te niegas a hablar? ¡Como si Gourneuve no te hubiera indicado el escondite! Vamos, confiesa; has sido

tú quien la ha cogido del hueco del árbol... Habla; si no...

Una mano asió a Baltasar por la garganta con tal fuerza que le hubiera sido imposible responder; pronto la mano soltó su presa; el otro bandido que vigilaba en la ventana había silbado ligeramente.

—¿Qué pasa?—gruñó el hombrecillo.

—¿Que viene gente!

—¿Gente?

—¡Sí, el inglés y sus compañeros!

—¡Voto a tal, hay que huir! ¡Qué mala sombra!... A fi ¡ya te pescaremos, Baltasarito!

Huyó con su compañero. Baltasar, tambaleándose aún, quiso cerrar la puerta antes de la llegada de los nuevos agresores, pero un cuerpo se deslizó por el intersticio; era Calacita, que se lanzó sobre él.

—¿Está usted herido, señor Baltasar? ¿Le han hecho algún daño? ¡Ah, bien sabía yo que querían atacarte! Pronto, pronto, póngase a salvo!... ¡Aquí viene el inglés del sombrero de paja!

Trató de arrastrarle, pero demasiado tarde. El inglés se presentó acompañado de los tres individuos de los trajes a cuadros y gorras los cuales blandían porras rompecabezas.

En el mismo momento, el Hombre-Cañón,

repuesto de su desvanecimiento, se irguió con aspecto feroz y tan seguro de su fuerza como si condujese un regimiento de socorro. Quiso cuadrarse ante la puerta y prohibir el paso a los que llegaban, pero otro puñetazo en la barbilla le hizo *doblar* de nuevo. Calabacita, última resistencia, protegía a su amo con las manos extendidas y amenazando a los asaltantes.

—¡No le tocaréis! ¡Os prohibo avanzar!

El inglés le puso la mano en la boca y la tiró al suelo, mientras que los tres individuos se ocupaban de Baltasar; pero la muchacha, derribada y vencida, seguía gritando:

—¡Os prohibo que le hagáis daño!... ¡Os denunciaré!

—¡Ah, bribona, me ha mordido!—gritó el inglés, golpeándola con furiosa violencia mientras continuaba dando órdenes. Laron a Baltasar en el guardapolvo color kaki, se lo llevaron y echaron brutalmente en el fondo de un cajón viejo que fué amarrado y arrastrado fuera de las Danaides. Desde lejos se oía la voz dolorosa de Calabacita, que gritaba:

—No tema nada, señor Baltasar... Yo le encontraré... Yo revolveré el mundo...

Baltasar sintió que le izaban sobre el techo

de un automóvil y que el inglés decía al chofer:

—Camino de Dieppe.

El vehículo saltaba por caminos desiguales cuyos baches hacían bambolearse al cajón en que iba Baltasar. El cautivo apenas podía respirar ni revolverse; tenía la cabeza debajo de uno de sus brazos. Por dos veces se desmayó; en el intervalo pensó en Calabacita; los gritos de la joven resonaban dentro de él y jamás había visto imagen tal de la desesperación.

Luchaba contra un tercer desvanecimiento, cuando sintió que el coche paraba en seco, y el ruido de otros clamores; también le pareció oír una detonación. ¿Qué sucedía? A su alrededor se entablaba una lucha; algunos hombres se llenaban de injurias. ¿Serían los bandidos que volvían por su presa o bien un contraataque por parte de una nueva banda de agresores? Tras un minuto de silencio sintió que descendían el cajón. Le extrajeron y ante sí no vió al inglés del sombrero de paja, sino al inspector que le llevó a la Prefectura de Policía y que le decía cortésmente:

—No tema nada; tome asiento en el auto, que yo le seguiré en el mío.

Se encontraban en pleno bosque. El inglés y

sus cómplices huían a través de la espesura. El inspector, que iba acompañado de los cuatro levantinos desarrapados que Baltasar vió en las Danaides algunos días antes, le hizo subir en el auto y emprendieron la marcha.

Durante dos noches y un día los autos marcharon sin incidente alguno. Los compañeros de Baltasar dormitaban sin proferir palabra; tal vez se hubiera podido evadir; pero no se le ocurrió.

Llegaron al puerto de Marsella. El inspector se despidió de Baltasar, que fué conducido, en unión de los cuatro levantinos, a bordo de un torpedero francés. Inmediatamente levaron anclas.

Con muy corteses maneras, un oficial de Marina llevó al cautivo a una habitación confortable y le preguntó si necesitaba algo.

—Algunas explicaciones— formuló Baltasar.

El oficial no parecía saber gran cosa.

—Todo lo que puedo decirle, caballero, es que tengo la misión de entregar a usted a los partidarios de Revad Pachá.

—¿Revad Pachá?

—Sí; usted no ignorará que el pequeño grupo de tribus que obedece a Revad Pachá está sostenido por Francia, mientras que Inglaterra protege, naturalmente, al otro grupo capi-

taneado por la Catarina, la antigua esposa y enemiga mortal de Revad Pachá. Ahora bien, Revad Pachá ha reclamado a usted.

—¿Y es por esto por lo que un agente inglés, después de querer seducirme con dinero, me ha raptado, y por lo que la policía francesa me ha recuperado?— dijo Baltasar.

—Justamente.

—¿Y qué me quiere ese Revad Pachá? ¿Para bien o para mal?

—Para bien, a juzgar por las instrucciones que he recibido. Lea usted. "El llamado *Mus-Ta-Pha* (es el verdadero nombre de usted, según parece) será tratado con la mayor deferencia..."

Baltasar dió un brinco: el nombre de *Mus-taphá* estaba escrito con las tres mayúsculas fatídicas M. T. P. ¡La obsesionante fórmula habría de perseguirle toda su vida!

Al día siguiente, por el ventanillo de su camarote, distinguió el cono del Vesubio. Se sentía muy tranquilo, muy dueño de sí, y se entregó a las juiciosas reflexiones que hubiera comunicado a Calabacita si hubiera estado cerca.

—No creas, Calabacita, que he cambiado la menor cosa en mis opiniones. La vida sigue pareciéndome sencilla y formada por peque-

ños hechos, a los cuales nuestra imaginación da una importancia que varía según nuestro equilibrio nervioso. No dejo de reconocer que estos hechos suelen ser bastante turbadores para un espíritu superficial. Tengo la impresión de que estoy viviendo la parodia de una novela de aventuras, que el novelista se complace en llevar a la exageración, aun esforzándose por permanecer dentro de la realidad. La realidad, Calabacita, soy yo; es mi doctrina, mi razón, es mi cuidado por dar a todo sus justas proporciones. Llegará un momento en que el novelista tendrá que descubrir su juego y ya verás, Calabacita, cómo todo esto no es más que un *bluff* y que todos estos acontecimientos no son más que insignificantes remolinos de una vida cotidiana, bien regida y lógicamente ordenada.

Al anoecer, el recuerdo de algunos cromos que había visto le permitió reconocer la costa de Sicilia y Calabria. Luego comenzaron la travesía del Adriático.

Al alba, el torpedero se detuvo. Baltasar y sus cuatro compañeros fueron instalados en una gasolinera, y treinta minutos después arribaban junto a una gran barca llena de hombres de rostro atezado, armados hasta los dientes y vestidos con plisados faldellines

que dejaban al descubierto sus piernas desnudas. El profesor estimó que debían ser griegos, epirotas o albaneses, emisarios sin duda del pachá que le reclamaba.

Le cogieron vivamente y le rodearon con grandes muestras de respeto. La barca tardó una hora en arribar a una costa abrupta donde, ante una cadena de montañas, se divisaban aldeas rodeadas de murallas almenadas y que parecían sostenerse en equilibrio sobre rocas que semejaban por su forma azúcar de pilón.

Trescientos o cuatrocientos rostros bronceados y otros tantos faldellines plisados bullían en la orilla de un pequeño puerto que parecía azulado sobre su fondo de granito.

Baltasar fué llevado en triunfo por aquellas gentes que despedían un olor intolerable. Escalaron los muros de una terraza bordeada de álces y cactus, adornada de dalias rosa y donde se agitaban otros faldellines, pero de telas más ricas.

En el centro un hombre muy alto sacudía hacia el cielo sus brazos de espantajo. Era delgado, seco, y su rostro anguloso parecía teñido con nicotina.

Rugió unas órdenes con autoridad de jefe. Todos le obedecieron al instante.

A pesar de la furiosa resistencia que opuso, Baltasar tuvo que sufrir las pruebas solemnes. Le arrancaron el cuello de la camisa y metieron su dedo pulgar en un líquido negro y espeso, después de lo cual una formidable exclamación rodó por las rocas hasta el mar.

—¡Mustaphá! ¡Mustaphá!...

El jefe, que debía ser Revad Pachá, sacudió de nuevo sus brazos frenéticos, cada uno de los cuales sostenía un alfanje. Luego se precipitó sobre Baltasar, le rodeó el cuello con sus brazos, sin soltar los alfanjes, y profirió con una alegría delirante:

—¡Hijjo mío! ¡Hijjo mío!...

CAPITULO VII

Siempre queda sitio en un corazón amante.

LA primera sensación de Baltasar fué dolorosa, pues tuvo que sufrir el ataque de una barba mal afeitada, erizada de pelos raros y duros, como las púas de una chumbera. Pero la exaltación personal de aquel personaje le conmovió... ¡Cuánto ardor y qué apasionado arrebató vibraba en aquel padre desconocido!

Arrastró a "su hijjo" hasta un banco de piedra situado en un montículo, se encaramó a su lado y dió suelta a un torrente de elocuencia gutural que hacía temblar el corazón de Baltasar como el sonido de una trompeta. Sucesivamente, y en un idioma que parecía formado por golpes de címbalo y redobles de tambor, fué invocando al cielo, apostrofó al

A pesar de la furiosa resistencia que opuso, Baltasar tuvo que sufrir las pruebas solemnes. Le arrancaron el cuello de la camisa y metieron su dedo pulgar en un líquido negro y espeso, después de lo cual una formidable exclamación rodó por las rocas hasta el mar.

—iMustaphá! iMustaphá!...

El jefe, que debía ser Revad Pachá, sacudió de nuevo sus brazos frenéticos, cada uno de los cuales sostenía un alfanje. Luego se precipitó sobre Baltasar, le rodeó el cuello con sus brazos, sin soltar los alfanjes, y profirió con una alegría delirante:

—iHijjo mío! iHijjo mío!...

CAPITULO VII

Siempre queda sitio en un corazón amante.

LA primera sensación de Baltasar fué dolorosa, pues tuvo que sufrir el ataque de una barba mal afeitada, erizada de pelos raros y duros, como las púas de una chumbera. Pero la exaltación personal de aquel personaje le conmovió... ¡Cuánto ardor y qué apasionado arrebató vibraba en aquel padre desconocido!

Arrastró a "su hijjo" hasta un banco de piedra situado en un montículo, se encaramó a su lado y dió suelta a un torrente de elocuencia gutural que hacía temblar el corazón de Baltasar como el sonido de una trompeta. Sucesivamente, y en un idioma que parecía formado por golpes de címbalo y redobles de tambor, fué invocando al cielo, apostrofó al

Adriático y tomaba por testigo a los picachos vecinos.

Baltasar era el objeto constantemente designado de aquella ardiente alocución. Se golpeaba la frente gritando:

—¡Profesur! ¡Profesur!...

Pero otro nombre venía con frecuencia a sus labios, que el Pachá pronunciaba con tal acento de odio feroz, que hacía correr entre la muchedumbre estremecimientos de cólera:

—¡La Catarina! ¡La Catarina!

A consecuencia de una carga a fondo contra esta Catarina, la exaltación llegó al paroxismo. Revad Pachá cogió dos revolvers y disparó al aire con los dos brazos extendidos. Salvas de mosquefería respondieron de la montaña. La hora de la batalla había sonado; los guerreros de faldelines plisados se agitaban en todas direcciones.

Entonces, vuelto hacia *el profesur*, Revad Pachá le puso ante los ojos una fotografía de mujer, muy bella, de tipo oriental, y con voz llena de rabia dijo:

—¡Tu madre... Mustaphá... Catarina la Bribonal

Sin duda alguna, era la adversaria a quien había que combatir, y Baltasar aportaba a la

pelea su título de príncipe heredero y su prestigio de "profesur".

La fotografía de Catarina fué a reunirse en el fondo de su bolsillo con las de Ernestina Henrioux y Angélica Fridolin. Esta nueva filiación no dejaba de halagarle. Había sido arrastrado por tal corriente de peripecias y transplantado tan bruscamente de suelo, que se encontraba en cierto modo, y por un tiempo más o menos largo, como despojado de sus anteriores sentimientos, y dispuesto a sufrir desde el primer empuje la fuerza irresistible de las nuevas circunstancias. Respondió con vehemencia a los abrazos de un padre que le pareció de elevada categoría y dejó de sentir los pinchazos de las púas de chumbera.

Con un ardor de neófito se fragó el contenido de una escudilla llena de gachas que le ofreció el Pachá y que eran francamente excreables.

Entretanto, trajeron caballos, pequeños animales angulosos y cuya cola barría el polvo del suelo.

El guardapolvo de Fridolin, que le estaba muy grande, fué abierto por detrás con un puñal y sujeto por un cinturón lleno de cartuchos y del que pendía un sable tan largo

como la cola del caballo; hizo el papel de uniforme de campaña. Un fez recortado adornó con ancha franja encarnada el sombrero de copa de Baltasar. Un arsenal de pistolas y yataganes le fué colocado encima. Realmente, el príncipe heredero tomaba un aspecto marcial.

El príncipe heredero notó, no sin sorpresa, que el arte de la equitación no guardaba secretos para él y para su caballo al ruido de petardos y fusilería; no trotaba más que un burro cansino.

A la salida del campo, el sendero se adhería al flanco de las montañas. Uno a uno, infantes y caballeros seguían el borde de los más profundos precipicios. En una revuelta, Baltasar pudo devolver el almuerzo, y tranquilo de alma y de estómago, acabó por dormirse sobre su cabalgadura.

A las seis, habiéndose ensanchado el camino, su padre vino a abrazarle y le facilitó sobre el asunto explicaciones minuciosas que el príncipe heredero escuchó con la misma religiosidad que si conociera los menores matices del idioma empleado. Después, las tropas desfilaron ante ellos, y Baltasar sentía que Calabacita no estuviera allí para asistir a aquellas grandiosas manifestaciones. Cami-

naron hasta el anochecer del siguiente día, con pequeñas paradas que despertaban a Baltasar con sobresalto. Atravesaron las áridas montañas, y de pronto, a la salida de varios desfiladeros, abrióse una ancha llanura en la que se observaban hogueras y grupos de hombres. Era el ejército enemigo. La suerte del país se decidiría al siguiente día.

Se levantaron varias tiendas en una planicie rocosa. Mientras que Revad Pachá partía en inspección, Baltasar divisó a dos jayanes con faldellin que sujetaban a un caballo por la brida. De él descendieron una larga cesta de mimbre que colocaron ante la fienda vecina; atada con cuerdas, había una mujer, ante la cual montaron la guardia con puñal en mano. Era joven y bella. La seda de sus vestidos estaba tejida de oro y plata; el enrojecido cielo iluminaba su rostro. Sonrió a Baltasar, quien la saludó cortésmente con su sombrero de copa. No cesó de contemplarla hasta que las sombras de la noche la ocultaron a sus miradas.

A su regreso, Revad Pachá lo estrechó fuertemente contra su pecho, y ambos se extendieron sobre pieles de animales y cojines, donde el primero no tardó en roncar.

Casi en seguida se oyó la música de una

guitarra, y una voz femenina meció la plácida noche con una canción dolorosa y apasionada. Trastornado de emoción, Baltasar reclinó la cabeza contra el pecho de su padre, quien murmuró:

—Hijo mío... hijo mío...

No pudo conciliar el sueño. A veces pronunciaba el nombre de Calabacita, y la imagen de la joven, con sus dos rígidas trenzas, flotaba ante sus entreabiertos párpados.

La joven cautiva cantó toda la noche.

Oyéronse algunos disparos. El cielo comenzaba a clarear. Revad Pachá besó a su hijo.

Antes de comenzar el combate, dió algunas instrucciones a los jayanes, que significaban a las claras que, en caso de derrota, debían estrangular a la prisionera. Cumplido esto, dió un agudo silbido y acudió su estado mayor, dando comienzo la batalla. Comenzó mal para la buena causa. Toda su artillería fué destruída, y no por los obuses ingleses de la Catarina, de los que no explotó ninguno, sino porque los cañones franceses de Revad estallaron todos, suprimiendo del primer golpe oficiales, soldados, equipos y municiones.

Los dos ejércitos se lanzaron entonces uno contra otro. Los hombres ardían en el noble

deseo de matar. Revad Pachá, rodeado de su estado mayor, espoleó su caballo, y Baltasar constató orgullosamente que el galope del caballo íbale tan bien como el ritmo del paso.

—Es lástima que Fridolin—se decía—no esté a mi lado. Fridolin vale un regimiento.

Pero a la primera bala que silbó cerca de su oído, el príncipe heredero se dejó caer y toda la caballería pasó por encima de su cuerpo.

Cuando se puso de pie se apresuró a desembarazarse de sus arreos guerreros. Con su abrigo mostaza y el sombrero de copa parecía un viajero inofensivo y nadie se ocupaba de él.

Sin embargo, la batalla estaba en su apogeo. No eran más que duelos furiosos, encuentros en grupos, choques de densas masas. Había muchos que escapaban. Era indudable que uno de los dos ejércitos cedía, ¿pero cuál? Los faldellines eran todos iguales y los rostros color ladrillo fenían la misma expresión salvaje y espantada.

De pronto Baltasar vió a los dos jayanes que perseguían a la prisionera. Saltaba ágilmente sobre los cadáveres; pero por mucho que corría, se veía que iban a alcanzarla y que la matarían, cuando Baltasar se deslizó

ante ellos blandiendo sobre sus cabezas la culata de un fusil. La vista del príncipe heredero les detuvo; con gesto violento hizoles signo de que se fueran, y se marcharon. La muchacha, entonces, le estrechó la cabeza entre sus brazos y exteriorizó su gratitud con un largo beso y encantadores suspiros.

Les separó la llegada de una patrulla. Los guerreros, que debían ser enemigos, reconocieron a la muchacha.

—¡Hadidgé! ¡Hadidgé!...

Algunos de entre ellos se prosternaron; después se pusieron en marcha siguiendo una dirección contraria a la de los fugitivos, cuyo número aumentaba de más en más.

La muchacha no había soltado la mano de su salvador. Por poca cosa que comprendiese, en aquella avalancha de acontecimientos no dejaba de entrever confusamente que la buena causa estaba perdida, que Hadidgé se hallaba entre los partidarios de Catarina, que ésta había ganado la batalla, y que él, Baltasar, huyendo del combate, traicionaba a su país y a su padre de la forma más indigna; pero la muchacha le había dejado en los labios el gusto de un beso que hacíale dócil como un niño.

Tenía un rostro dulce y una expresión de

inefable bondad. Los guerreros, al contemplarla, olvidaban sus fatigas y adoptaban un aspecto sumiso. Con sonrisa traviesa hollaba el espantoso rostro de los cadáveres, y con la punta de una fina espada que empuñaba en su mano libre, divertíase a veces en perforar el ojo de algún herido. Baltasar, sublevado de horror, no sabía qué pensar de ella.

La batalla tocaba a su fin, pero al formidable gesto de un guerrero que combatía en la altiplanicie, abrió una brecha en el cerco de sus agresores y Baltasar reconoció la silueta de su padre. Entonces rompió la dulce presión de Hadidgé, y perseguido por sus furiosos reproches, se alejó de ella, franqueó verdaderos montones de heridos y se lanzó en la refriega.

Su intervención fijó el desenlace; es decir, que Revad Pachá tuvo que renunciar a toda esperanza de salvación ya que le fué necesario defender y proteger, a su hijo. Baltasar, situado entre su padre y una roca, encogíase lo más posible y, al igual que aquel hijo de un rey de Francia que señalaba los golpes dirigidos contra sus padres, gritaba:

—Tenga cuidado a su derecha... a la izquierda, a la izquierda, padre mío...

El padre sucumbió y fué rápidamente ama-

rrado al igual que aquel señor con abrigo mostaza, cuya presencia en aquellos lugares nadie se preocupó de explicar.

La captura del gran jefe produjo transportes de alegría. Se le acostó en una carreta con el rostro vuelto hacia el sol de Mediodía e impregnado de miel para que las moscas y las abejas fueran a deleitarse. Baltasar se alegró de que le aplicaran el mismo tratamiento.

Por un camino sinuoso llegaron, en el corazón de la montaña, a las puertas de una pequeña fortaleza con puente levadizo, que debía datar de las Cruzadas.

Un caballero con faldelines les recibió y les encerró en una habitación abovedada, sostenida por un pilar central, a la cual daba luz una ventana en forma de ojiva y cuya ornamentación estaba formada por instrumentos de tortura: potros, hachas, tenazas y yunques; les quitaron las cuerdas y les sujetaron con cadenas, dejándoles libres las manos; pusieron a su lado un cántaro con agua y una escudilla de gachas y les dejaron solos. Era tal su cansancio, que pronto se quedaron dormidos.

El ruido de una violenta discusión despertó a Baltasar. Con los brazos en alto y los puños

apretados, su padre dirigía toda clase de denuestos a una mujer que, en la misma actitud amenazadora, le llenaba de injurias. Sus puños casi se tocaban.

No tuvo que recurrir a la fotografía para saber quién era aquella mujer. Revad Pachá profería su nombre como si fuera el peor de los ultrajes.

—¡La Catarina! ¡Catarina la Bribona!

Esta tenía un rostro duro, marchito, cubierto de polvo amarillo, pero admirable todavía, y sus brazos desnudos, adornados con argollas de plata, eran tan bellos como los de una estatua. La agudeza de su voz hizo enmudecer al Pachá. Llamó, y el señor de los faldelines entró en la estancia acompañado de media docena de guerreros, uno de los cuales traía un pincho de hierro al rojo blanco. A una orden de la Catarina aplicaron la extremidad de este pincho sobre la frente del jefe, entre las dos cejas; la piel chirrió bajo el fuego, pero el Pachá permaneció impassible, mientras Baltasar se desmayaba.

La Catarina, que ignoraba quién era aquel personaje de sombrero de copa, preguntó al de los faldelines algo acerca de él. Ni éste ni los otros sabían nada, y creyendo se trataba de un error, le soltaron las cadenas.

Baltasar se tambaleó. La vista de los instrumentos de tortura, el olor de piel chamuscada, el haber ingerido una nueva escudilla de gachas, todo, en fin, era superior a sus fuerzas, y a pesar de su agotamiento se dirigió a la puerta a toda prisa, tratando de huir. Ya Revad Pachá se regocijaba interiormente de esta libertad y creía en la salvación del príncipe heredero, cuando, por desgracia, los ojos del padre y del hijo se encontraron. Entonces Baltasar se detuvo y dijo:

—¡Soy el príncipe heredero, soy Mustaphá!..

La mujer pareció estupefacta, mientras Baltasar repetía orgullosamente golpeándose el pecho:

—¡Mustaphá!.. ¡Mustaphá!

Tras un instante, la mujer le arrancó el cuello de la camisa violentamente, y las tres letras aparecieron. Tal fué el júbilo que la sacudió, que Baltasar se sintió seducido, imaginando que iba a estrecharle en sus brazos y a festejar fiernamente a este hijo que el destino favorable la devolvía; pero lo que hizo fué ordenar que lo encadenase de nuevo, aplicaron la punta roja a su frente y se retiró lanzando carcajadas que resonaban siniestramente en la cámara del suplicio.

CAPITULO VIII

Muero contento por la buena causa.

BALTASAR, Baltasar, ¿has olvidado que la filosofía cotidiana se complace en negar el heroísmo y proclama la vanidad del sacrificio? ¿A qué fundar una doctrina para repudiarla al menor impulso de un corazón sensible? Mira cómo hoy arriesgas la vida o te expones a suplicios peores que la muerte por no abandonar al tercero de tus padres y permanecer fiel a los deberes, algo ficticios, de príncipe heredero.

Pero Baltasar no era hombre que se hiciese preguntas y no consideraba a la lógica como una virtud primordial. Quienquiera que fuese su padre, él le amaba, y no se abandona a un padre a la hora del peligro.

Como se lo permitieron sus cadenas cuidó a su padre herido, atacado de fiebre en los

Baltasar se tambaleó. La vista de los instrumentos de tortura, el olor de piel chamuscada, el haber ingerido una nueva escudilla de gachas, todo, en fin, era superior a sus fuerzas, y a pesar de su agotamiento se dirigió a la puerta a toda prisa, tratando de huir. Ya Revad Pachá se regocijaba interiormente de esta libertad y creía en la salvación del príncipe heredero, cuando, por desgracia, los ojos del padre y del hijo se encontraron. Entonces Baltasar se detuvo y dijo:

—¡Soy el príncipe heredero, soy Mustaphá!..

La mujer pareció estupefacta, mientras Baltasar repetía orgullosamente golpeándose el pecho:

—¡Mustaphá!.. ¡Mustaphá!

Tras un instante, la mujer le arrancó el cuello de la camisa violentamente, y las tres letras aparecieron. Tal fué el júbilo que la sacudió, que Baltasar se sintió seducido, imaginando que iba a estrecharle en sus brazos y a festejar fiernamente a este hijo que el destino favorable la devolvía; pero lo que hizo fué ordenar que lo encadenase de nuevo, aplicaron la punta roja a su frente y se retiró lanzando carcajadas que resonaban siniestramente en la cámara del suplicio.

CAPITULO VIII

Muero contento por la buena causa.

BALTASAR, Baltasar, ¿has olvidado que la filosofía cotidiana se complace en negar el heroísmo y proclama la vanidad del sacrificio? ¿A qué fundar una doctrina para repudiarla al menor impulso de un corazón sensible? Mira cómo hoy arriesgas la vida o te expones a suplicios peores que la muerte por no abandonar al tercero de tus padres y permanecer fiel a los deberes, algo ficticios, de príncipe heredero.

Pero Baltasar no era hombre que se hiciese preguntas y no consideraba a la lógica como una virtud primordial. Quienquiera que fuese su padre, él le amaba, y no se abandona a un padre a la hora del peligro.

Como se lo permitieron sus cadenas cuidó a su padre herido, atacado de fiebre en los

días siguientes. Baltasar lavaba sus llagas con el agua del cántaro, y con las escudillas de gachas que les llevaba el carcelero le hacía cataplasmas. El resto del tiempo repartía sus pensamientos entre Violante, Calabacita y Hadidgé.

Al cabo de seis días, la Catarina apareció de nuevo acompañada de la encantadora Hadidgé. Esta, mientras que los dos esposos disputaban acaloradamente, se arrodilló junto a Baltasar, le limpió, le cubrió de perfumes y le ofreció confitura de naranja, que él devoró. Luego, mientras que con su mano delicada acariciaba los cabellos del joven, le habló largamente. Baltasar seguía con atención el juego de las palabras en aquellos labios rojos. Por fin la joven se dió cuenta de que en materia de explicaciones no hay palabra que valga lo que un beso... y le besó.

Durante cuatro días, las mujeres volvieron y las escenas se repitieron con la variante de que Hadidgé pronunció menos palabras y prodigó más caricias. En cambio la Catarina y su marido encontraban en sus imprecaciones nuevos arrestos para maldecirse.

El resultado de estas disputas fué la intervención de un archimandrita, cuyo rostro no era más que un pretexto para una barba blan-

ca. Posó sus manos con ademán de bendecir sobre las cabezas de Baltasar y Hadidgé, salmodió algunas frases y tendió a los jóvenes dos anillos de oro. Hadidgé puso uno en su dedo; Baltasar miró a su padre y rechazó el otro.

Al parecer, los acontecimientos terminaban en un casamiento. Era sin duda una condición impuesta por la Catarina y la causa de las tumultuosas querellas con el pachá. Si éste rehusaba, Baltasar no podía por menos de imitarle.

Hadidgé derramó algunas lágrimas; el archimandrita se retiró y vino a substituirle el hombre del pincho calentado al rojo blanco, el cual se acercó a los dos prisioneros y les quemó en la carne de las pantorrillas.

Transcurrieron otros días exactamente iguales y que dejaban en Baltasar dos impresiones en cierto modo fulgurantes: el beso de la joven y la mordedura del fuego. Fuera de esto, todo permanecía sombrío, misterioso y contradictorio.

—¿Por qué Hadidgé, que le demostraba tanta gentileza, le abandonaba en manos del verdugo? ¿Por qué Revad Pachá prefería sacrificarle y hasta inmolarse él mismo, antes que consentir aquel matrimonio? ¿Por qué tanta

crueldad en la Catarina respecto a su hijo?

Sufria mucho; sus piernas se hinchaban; Revad Páchá fué atacado de nuevo por la fiebre y su delirio no cesaba más que cuando podía ultrajar a la Catarina la Bribona.

Esta perdía la paciencia y una mañana les quitaron las cadenas y les sentaron a la ventana, provista de sólidas rejas. Fuera, más allá de los fosos, ondulaba un vasto terreno donde algunas veces oían maniobrar a la pequeña guarnición del castillo.

Vieron dos postes coronados por un cartel que contenía sus nombres: "Revad" ... "Mustaphá" ... y atados a ellos dos maniqués. Dos pelotones de doce guerreros con faldellines se colocaron en dos filas, frente a los postes, y por salvas bien ordenadas fusilaron a los peles.

La Catarina anunciaba y preparaba de este modo para el siguiente día la doble ejecución de su marido y su hijo. Les visitó por última vez y los dos esposos vociferaron hasta que llegó la noche. Hadidgé, cuyas lágrimas y besos probaban una desesperación infinita, dejó el anillo de oro al alcance de la mano de Baltasar a fin de que éste pudiera colocarlo en su dedo y obtener de este modo el perdón.

Cuando ellas se marcharon comenzó la noche interminable. En la habitación contigua, donde estaba el cuerpo de guardia, una dulce música comenzó, compuesta por la voz grave de Hadidgé y el canto amortiguado de la guitarra. Y la canción decía tantas cosas sobre la dicha, la voluptuosidad, las terrazas de las casas desde las que se ve morir el sol en el mar violeta, los aromas del jazmín y del naranjo, los brazos y los labios de una mujer enamorada, que Baltasar se sentía desfallecer y a punto de extender la mano hacia el anillo de oro. Su resistencia se iba dispersando como arena que arrastra el viento.

Para no oír la canción, comenzó a hablar en voz alta. Se despidió de la domadora Angélica, evocó la noble figura del conde de Coucy-Vendôme, y tuvo palabras de perdón para el asesino Gourneuve, pero nada le dió tanto reposo como una larga conversación con su fiel Calabacita.

—No creas, Calabacita, que elimino ninguna de mis convicciones; al contrario, en el momento de morir la filosofía cotidiana se me aparece como la mejor de las doctrinas. A fuerza de practicarla llega uno a adaptarse inmediatamente a las peores circunstancias; no se ve en ellas más que lo que contiene de

realidad corriente y banal, y se evita de este modo el aumentarlas hasta la categoría de aventuras extraordinarias.

No existen las aventuras, Calabacita; no existen para quien sabe guardar el equilibrio. Aventura sería el poner este anillo de oro en mi mano y someterme la bella Hadidgé. Yo no lo haré.

Estos discursos no tenían mucho sentido, pero no es preciso que nuestras palabras sean siempre razonables para que nos proporcionen el socorro de la razón y la calma de la prudencia. La música cesó y Baltasar se quedó dormido.

Le despertaron las picaduras de las púas de chumbera plantadas en las barbas del pachá. Jamás padre e hijo se besaron con más fe y sencillez. El abrazo de Baltasar fué de tal naturaleza, que parecía tener tras sí veinte años de piedad filial y de ternura humana.

Los guerreros les acostaron en unas parihuelas, franquearon el puente levadizo y atravesaron el llano ondulado. Les sentaron al pie de los postes, ante los cuales había un hueco recién cavado para recibir sus cadáveres; se negaron a ser amarrados.

El señor de los faldellines clavó en el suelo una espada, cerca de Baltasar, colocando en-

cima el anillo de oro, pero el joven sonrió desdefiosamente. Sentía en él el alma de su padre y de sus abuelos, que le elevaban a la altura de un príncipe heredero que no transige cuando del honor de la raza se trata.

Amanecía; las montañas surgían de la sombra y sus cimas se coronaban de luz rosa. Los dos pelotones con faldas hicieron sabias maniobras para que la alineación se operase según las reglas. Pero la irrupción de la Catarina alteró un poco el orden de la ceremonia y turbó el magnífico silencio. Los dos esposos tenían aún algunas horribles injurias que lanzarse. En un admirable arranque de energía el pachá salió victorioso de aquel forneo supremo, y en venganza la Catarina dió la señal de la ejecución.

Todo ocurrió muy dignamente. El pachá consiguió sostenerse sobre sus piernas marfirizadas y el príncipe heredero se arregló el guardapolvo y el sombrero de copa. Sus manos se unieron.

—Muero contento, puesto que es por la buena causa—pensó Baltasar.

Tal vez se hubiera alegrado de saber cuál era esta buena causa, por la que se sacrificaba; pero ya no tenía ocasión para conocerla, y se resignó. Gracias a una naturaleza infini-

lamente sensible y la pureza de su corazón, este joven enclenque y miedoso se comportaba ante la muerte como un estoíco.

Vió sobre la terraza del castillo a Hadidgé puesta de rodillas. No lejos de ella, la Catarina le miraba, jugando con el anillo de oro. Cerró los ojos, le pareció ver dentro de él los ojos angustiados de Calabacita, y buscó un consejo de filosofía cotidiana que dirigirle en aquel momento; no hallándolo, rogó a Dios.

Un ronco mandato desencadenó el trueno de los veinticuatro fusiles, que mandaron hacia las montañas el formidable rodar de sus ecos. Baltasar y el pachá, sin soltarse las manos, cayeron de cabeza dentro del agujero practicado a sus pies. Baltasar pensó que no tiene nada de doloroso el recibir doce balazos en el pecho y que la muerte no cambia gran cosa las condiciones habituales de la vida. Seguía percibiendo los ruidos y sentía el formento de sus pantorrillas. Notó cómo se acercaba el soldado encargado de darle el golpe de gracia, consistente en la ablación de la cabeza. El pachá fué decapitado con un yatagán y el príncipe experimentó la impresión de que le paseaban por la nuca una navaja de afeitar; esto no era más penoso que los doce balazos.

El soldado dejó caer sobre ellos algunas paletadas de tierra, que no impidieron que Baltasar siguiera contemplando el cielo azul y dos enormes buitres que descendían sobre ellos describiendo grandes círculos. Buscó palabras para un discurso a Calabacita, haciéndola observar que los tres hombres que le reclamaban como hijo habían tenido el cuello cortado, lo que daba cierto valor a las predicciones de la sonámbula. Hubiera querido revelarles igualmente que existen milagros y que se puede estar a la vez muerto y vivo, aunque no estaba muy seguro de estar muerto.

Entretanto, los guerreros celebraban su triunfo con un festín de gachas y con libaciones que la Catarina les ofreció en el mismo campo de la ejecución. Por esta razón no opusieron resistencia al asalto furioso de un tropel de caballeros que desembocó de las montañas vecinas y que estrangularon a todos sin perdonar al señor del castillo. Baltasar levantó la cabeza y pudo ver a Catarina la Bribona, que colgaba de una almena, y a la encantadora Hadidgé, a quien un soberbio jefe con faldellín ataba como una momia al lomo de su caballo. Pensó que una tercera partida ganaba definitivamente la batalla zan-

jando en provecho suyo las desavenencias franco-británicas.

Sentía horribles dolores en las piernas y sus ideas iban haciéndose confusas; además, la mano de su padre helaba la suya. Habiéndose desvanecido, penetró en desoladas regiones, donde le fueron infligidos horribles suplicios, siendo el más terrible aquella sensación de hielo en la mano. Un corro de fantasmas bailaba en torno suyo y le herían en las piernas; luego vió otro que los echó a todos y se puso de rodillas junto a él. Este tomaba la voz de Calabacita, y esforzándose en abrir los ojos, Baltasar creyó reconocer, al resplandor de una linterna que oscilaba en medio de las tinieblas de la noche, dos rígidas coletas rubias.

Ya no sentía frío en la mano. Sobre su cabeza, descubierta, sintió que ponían el sombrero de copa, y sobre sus hombros un grueso chal de lana. Los gestos de la persona que le cuidaba tenían la dulzura de los gestos de Calabacita. No se sorprendía de soñar con la joven, puesto que ella le había jurado protección, y con un acento tan desgarrador que aun conservaba el tierno recuerdo.

—Va a volver en sí—dijo una voz de hombre.

—Pronto—murmuró Calabacita—; déme la

cantimplora del coñac que está en esa cartera de cuero.

Tragó un poco de coñac, que le reanimó, y oyó la voz del hombre que decía:

—¿Está usted segura de que sea él?

—¿De que sea Baltasar?

—No; de que Baltasar sea el que yo busco. Quisiera tener la prueba irrecusable.

—Puesto que le he hablado de esta marca... de esas tres letras...

—Tengo que asegurarme por mí mismo.

A su vez se inclinó y asió una de las puntas del cuello abierto.

¡Nuestras reservas de energía son inagotables! Baltasar se enderezó con la brusquedad de un muelle que salta, de pies a cabeza, se sintió sacudido de una súbita rabia y sus manos, animadas de un vigor irresistible, cogieron al intruso por la garganta.

—¿Qué es lo que quiere usted?—gritó—. ¡No he de consentir...

Calabacita se interpuso y dijo con voz suplicante:

—Por Dios, señor Baltasar, yo le suplico... es él quien le ha salvado... quien ha pagado a los soldados y al oficial para que no le mataran: es el señor Beaumesnil, el gran poeta.

—¡Que se vaya!

—¡Señor Baltasar, es su padre de usted!
Esta palabra redobló la irritación de Baltasar. Conservaba todavía un alma de príncipe heredero, y su padre no era, no podía ser otro, que el héroe caballeresco muerto por la buena causa, y cuyo cadáver decapitado yacía cerca de allí.

—¡Que se vaya; basta de historias estúpidas!

—Váyase, señor Beaumesnil—ordenó Calabacita—. Yo le calmaré e iremos a reunirnos con usted en el camino de la posada. Venga a nuestro encuentro con los caballos.

Los pasos del hombre se alejaron. Calabacita se situó junto a la tumba; un cielo cubierto de estrellas se extendía sobre su cabeza; a su alrededor había un silencio de muerte.

—No se enfade con él, señor Baltasar—murmuró la muchacha—. No tendrá usted que sonrojarse por ser hijo del señor Beaumesnil... es un gran poeta... Ha escrito libros que todo el mundo admira... Hace mucho tiempo que le buscaba a usted...

—¡Calla, Calabacita—dijo Baltasar, que se acordaba de la fórmula horripilante—; cállate... estoy aniquilado!

—Sí—contestó ella—, no hablemos más... Más tarde reflexionará usted; ahora debemos huir. Levántese, señor Baltasar.

—No puedo, Calabacita; mira mis piernas. Ella proyectó la luz sobre las piernas de Baltasar y gritó horripilada:

—¡Oh! ¿es posible? ¿Quién le ha herido de esta forma?

—Una mujer... y su verdugo... con un hierro candente...

—¡Un hierro candente!... ¡le han quemado como salvajes!

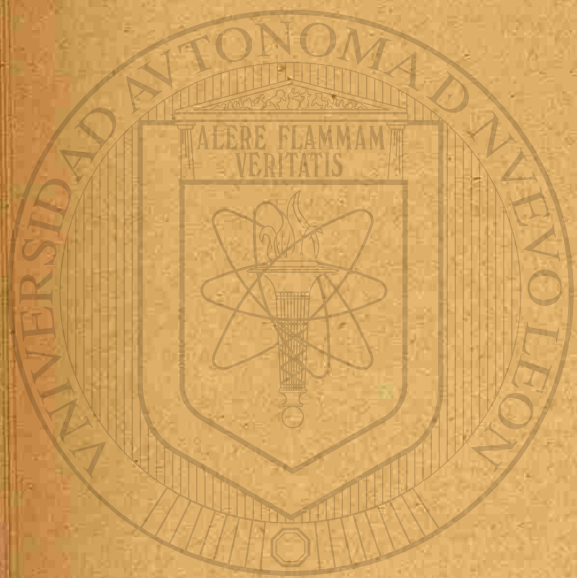
Y futeándole por primera vez, le besó desesperadamente, rebelde y temblorosa.

—¡Oh, amor mío!... ¿qué han hecho contigo? ¡Oh, amor mío, amor mío... amor mío! Dime que ya no sufres... es superior a mis fuerzas... ¡Dios mío, Dios mío, yo que daría mi vida!...

Se deslizó hasta las llagas, que humedeció ligeramente, y con sus labios ardientes quitó la tierra que tenían.

Entre sollozos y besos, continuó murmurando en las tinieblas de la noche:

—¡Vida mía... vida mía!... No sufras, no quiero que tú sufras... Ya no te duele, ¿verdad, amor mío?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

CAPÍTULO IX

No es más difícil conocer la razón de nuestra dicha que la de nuestros tormentos.

CUANDO Baltasar recobró por completo el conocimiento, se encontró sobre el puente de un precioso yate, extendido en una hamaca y bajo la vigilancia de Calabacita. A su alrededor brillaban las aguas tranquilas de un puerfecito. Una villa italiana se asentaba entre dos colinas bañadas por el azul del cielo.

Los dos se sonrieron y ella interrogó:

—¿Ya no sufre usted?

—Nada absolutamente.

—¡Dios mío, qué alegría me da el oírle hablar así! Hemos estado muy inquietos desde hace seis días.

—¡Seis días ya!... ¡Ah, Calabacita, qué terrible pesadilla fué aquello!...

—Ya sé... ya sé...—dijo ella—. En su delirio lo dijo todo. La batalla... el suplicio... la ejecución... ¡Cómo sufrí al oírlo!

Experimentó él una gran alegría en contemplar las dos trenzas rubias que con tanta frecuencia había evocado en el curso de la fúnebre noche. Las trenzas, menos rígidas ahora, se terminaban por dos ligeros bucles. Los ojos expresaban sentimientos que él no comprendía, pero que le llenaban de una tranquila e infinita felicidad.

En el otro extremo del puente cuatro hombres, los cuatro marineros, se hallaban inclinados sobre el empalme. Uno de ellos lanzó una escala de cuerda, cuyas extremidades sujetaron. Apareció una cabeza, luego un busto cebón que chorreaba y después dos macizas piernas cubiertas por un pantalón de baño completamente mojado. De un salto, el bañista llegó al puente. Inmediatamente uno de los marineros le friccionó vigorosamente le colocó luego en medio del puente y comenzó una serie de ejercicios gimnásticos y respiratorios.

Tenía el busto de un niño desarrollado, al que la práctica del *sport* no había dotado de ningún músculo aparente. Desde lejos su rostro pulido y enrojecido, sin un solo pelo,

parecía el de un romano de la decadencia habituado a llevar sobre su cabeza en las noches de orgía una corona de racimos de uva encarnada. Cuando levantaba los brazos, su graso pecho hundíase sobre el mismo y hacía surgir un vientrecillo en punta, parejo a un globo de niño.

La sesión se terminó por un asalto de esgrima. Tocado de un casco de alambre y vestido con su pantalón mojado, se movía con extrema ligereza, saltando a la manera de un muñeco de goma, acribillando a su adversario a golpes de florete.

Baltasar, bastante desconcertado, preguntó:

—¿Ese es Beaumesnil, verdad?

—Sí—repuso Calabacita—, ése es Beaumesnil, su padre de usted.

Baltasar no protestó.

—Es un gran e ilustre poeta—afirmó Calabacita—. En Siracusa y en Catania hemos recibido la visita de muchas damas y caballeros que le colmaban de elogios.

—Me parece que es un poco raro—murmuró Baltasar.

—Los grandes poetas son así, señor Baltasar—dijo Calabacita.

En aquel momento, el gran poeta, viendo a Baltasar y Calabacita, les dirigió un amistoso

saludo y se dirigió a la cabina, de donde salió dando saltitos vestido con un peplo de seda blanca y con la cabeza desnuda. Sus labios, de retorcidas comisuras, y sus cejas circunflejas, le daban el aspecto de un muchacho feliz.

Besó la mano de Calabacita, y sentándose al lado de Baltasar, le dijo sin preámbulos:

—Rodolfo, Calabacita me ha contado tu historia y los singulares acontecimientos de que has sido víctima. Aunque la verdad sea muy difícil de descubrir en medio de tan densas finieblas, es evidente que existen entre nosotros secretos lazos cuya realidad demostrará el porvenir. En espera de ello, ¿no será dable establecer otros hechos de simpatía, de confianza y de mutua estima? Si así es, llegado el caso que preveo, nos podremos amar como padre e hijo, puesto que ya nos queremos como hombres.

Su voz, que contrastaba con su fisonomía, parecía la de un bajo. Debía de extraerla de lo más profundo de su vientre y la emitía como una voz de ultratumba; pero al cabo de unos instantes se sufría un grave encanto y su música sonora e insinuante a la vez invadía de una agradable languidez.

—Puesto que conozco tu historia, es con-

veniente, Rodolfo, que conozcas la mía, por lo menos en aquello que se relaciona contigo. Esto me obliga a ciertas revelaciones que podrían parecer indiscretas si la prensa del mundo entero no hubiera en un tiempo salpicado de lodo y de escándalo la más íntima y dolorosa de las aventuras. He aquí en pocas palabras:

Hace un cuarto de siglo, cuando yo, poeta desconocido, tenía veinte años, fui llamado para desempeñar las funciones de preceptor de una pequeña corte real de Alemania. La reina, fresca y amable criatura admirada por todos, y a la que denominaban con el nombre de Fresa de los Bosques, se dignó contar-me entre el número de sus amigos.

Dejemos en la sombra lo que pasó desde el día en que tuve la audacia de levantar mis ojos hasta mi reina, desde aquel día en que, en una crisis de desesperación y de locura, cuyo responsable soy, nos fugamos. No hablemos tampoco de mis cinco duelos con los oficiales del rey y de las tentativas de asesinato de que fui víctima, ni de las persecuciones que los dos culpables tuvieron que sufrir, ni tampoco de su matrimonio y de su felicidad, sino tan sólo del trágico acontecimiento por el cual se efectuó la venganza del rey: nuestro

hijo, el pequeño Rodolfo, fué raptado cuando no contaba más que unos meses.

Acto abominable, que no dejó ningún rastro, aquello fué el fin de la bella aventura y el principio de una pena que la reina no pudo soportar. Se enterró viva en el antiguo hotel que poseía en París, y nadie la ha visto más que su vieja nodriza y yo, autor de sus males. Ella es, sin duda alguna, tu madre; puedes arrodillarte ante ella como ante una santa.

Beaumesnil se expresaba con énfasis, como si se confesara de faltas que él estimara purgar severamente.

—Seis años transcurrieron. El rey murió. En su lecho de muerte confesó que el niño vivía aún y que había sido marcado en el pecho con tres letras: M. T. P. Por desgracia, aquella confesión me fué transmitida sin otros datos que la precisaran y que me sirvieran para hallar a nuestro hijo. Sin embarco, me puse a investigar, y, puedes creerlo, Rodolfo, tenazmente; pero durante veinte años, el secreto de las tres letras misteriosas se me ocultó. Una carta anónima, recibida en Noruega hace algunos meses, me reveló el sitio y el nombre bajo el cual vivía el hijo de la reina. Inmediatamente te escribí, anunciándote mi llegada, y a la hora fijada estaba

allí. ¡Por segunda vez habías sido raptado, Rodolfo! El resto ya lo sabes por Calabacita. Gracias a mis relaciones supe el destino adonde te conducían; uno de mis amigos me prestó su yate. Calabacita y yo desembarcamos allí, al siguiente día de la batalla, y en pocos días tuvimos la suerte de descubrir la prisión en donde te hallabas. Nos entendimos con el jefe de los soldados y te salvamos.

Beaumesnil se aproximó, y, cogiendo las manos de Baltasar, las estrechó entre las suyas.

—Para que comprendas y para que juzgues con indulgencia una vida que no ha sido siempre lo que debía ser, es necesario que veas en mí no a un hombre de nuestra época, sino a un hombre que por sus gustos y costumbres es más de aquellos tiempos en que se vivía cerca del insfinito y según su fantasía. Tengo tal conciencia de ello, que me place a veces vestirme como en aquellos tiempos pasados, bien en artista del Renacimiento o en rapsoda de la antigua Grecia. Tengo interés en advertirte de esta mi ridícula manía para que no te rías de ella. Y nada más por hoy, querido Rodolfo. Dejemos que las horas y los días trabajen por nuestra unión.

Dijo; y, levantándose, piruetó sobre sus faldones y se alejó, dando a su espalda y a su modo de andar la majestad permitida a un busto demasiado ancho, sostenido por unas piernas excesivamente cortas.

Minutos más tarde se dió la orden de partida, y el rapsoda griego, erguido en la proa del yate, lanzaba a la multitud agrupada en el muelle grandes y potentes tiradas de versos, que afeituaban un alma noble y apasionada.

—Es un gran poeta—repitió Calabacita.

—Muy fastidioso, Calabacita—dijo Baltasar.

Navegaron durante quince días, haciendo escala en los puertos de Sicilia y Argelia. Beaumesnil desembarcaba siempre. Baltasar y Calabacita se quedaban solos sobre el puente, ante blancas ciudades y ante colinas abrumadas de sol. Hablaban apenas. Los ensueños flotaban a merced del silencio.

Las heridas de Baltasar se curaban. Sentíase embotado por un bienestar que atribuía a la brisa marina y a la indolencia de los pensamientos. Si Calabacita se alejaba por mucho tiempo, la llamaba a su lado.

Beaumesnil iba todas las noches a hacerles compañía. Les explicaba su jornada con verbo entretenido y una gran poesía en la

descripción, o bien examinaba los problemas que complicaban la vida de Baltasar, calculando las probabilidades que tenían para resolverlos, de acuerdo con sus paternos deseos.

—Ya verá usted, señor Baltasar, cómo él descubrirá la verdad y le dará su verdadero nombre—dijo una noche Calabacita.

—Me da lo mismo—replicó Baltasar distraídamente.

La noche estaba radiante, trayéndoles todos los encantos de los paisajes, bañados por la luna. El mar les mecía, embriagándoles con su aliento, embalsamado por las flores próximas.

—¿Es posible, señor Baltasar?—preguntó Calabacita estupefacta.

—Así es—afirmó Baltasar—. No experimento ya aquellos impulsos del corazón que me precipitaban cada vez hacia aquellos que aparentemente eran mis progenitores.

—Pero ¿por qué, señor Baltasar?

—No lo sé, Calabacita; pero esta sucesión de padres con los mismos derechos sobre mí, puesto que se fundan en las mismas pruebas, me ha conducido a una total indiferencia. Revad-Pachá y el conde de Coucy-Vendôme se desvanecen en el pasado, y

Beaumesnil, a pesar de sus esfuerzos y de su poesía, no puede ocupar el sitio vacío.

Después de un silencio añadió:

—Pero, por otra parte, ¿está realmente vacío el sitio? De esto no estoy seguro.

—¿Quién, pues, puede ocuparlo, señor Baltasar? ¿Quizá la señorita Violante?

—No. Es como si hubiera hallado, no sé cómo, el equilibrio que buscaba desde mi infancia cerca de tantos seres desconocidos. Tengo la impresión de una felicidad que ignoraba y de una paz que no estaba hecha para mí.

—¿Desde cuándo siente usted esa impresión, señor Baltasar?

—Desde mi noche última allá, Calabacita, cuando separaste la mía de la mano fría del pachá.

—¿Qué es lo que le interesa, pues, señor Baltasar?

—Esto—dijo señalando al cielo, palpitante de estrellas—; esto, y el sol, y los árboles, y una cantidad de cosas de las que no me preocupaba.

—Cosas que la filosofía cotidiana condena—observó ella.

—Calabacita, ya no pienso absolutamente nada en la filosofía cotidiana.

La muchacha no insistió. ¿Qué le habría podido ocurrir al señor Baltasar para que pronunciara una blasfemia tal?

Las dos últimas tardes las pasó Baltasar sobre el puente, frente a Calabacita. Mirábala con complacencia. Cada día que transcurría, las trenzas de los cabellos se deshacían un poco más para formar en torno a la cabeza finos bucles, cuyo oro se encendía bajo los fuegos del sol. Vestida de telas de seda y adornadas de cintas multicolores que Beaumesnil le había regalado, se envolvía en ellas con gestos que Baltasar hallaba armoniosos.

Ella le dijo:

—Es éste el fin de un viaje que nunca olvidaré, señor Baltasar.

—Tampoco yo, Calabacita; pero parece que dices esto con tristeza.

—Con tristeza no, pero sí con cierto temor. A medida que nos aproximamos me siento invadida por un malestar, como si nos amenazara algún peligro.

En París decidieron coger del tesoro otro billete de quinientos francos. Calabacita se puso a trabajar. Baltasar vagaba tras ella sin ánimos para hacer nada.

Habiendo recibido una carta en donde la orgullosa prometida se quejaba de un silen-

cio demasiado largo, tardó tres días en contestar y terminó por enviar un telefonema, lo que era más cómodo, diciendo: "Batalla ganada. Fortuna. Nombre histórico."

Por dos veces fué Calabacita al extrarradio, en donde rugían los leones del Atlas, a visitar a los Fridolin y a la señorita Ernestina, la que no se había podido resolver a dejar el hogar y los hijos de la domadora Angélica. Baltasar no la acompañó.

—Yo les quiero mucho y no les abandonaré nunca—dijo—; pero, por el momento, no tengo deseos de ver a nadie. Todos me aburren.

Sin embargo, a instancias de Beaumesnil, que fué por dos veces a "Las Danaides" en su auto, tuvo que prometer asistir a un baile de máscaras que el poeta daba en su hotel.

En la mañana del baile trajeron dos magníficos disfraces para vencer las últimas vacilaciones de su amo. Calabacita le dijo:

—Quizá el señor Beaumesnil quiera presentar a usted como hijo suyo o bien le conduzca ante la reina...

Baltasar contestó con despego:

—Calabacita, yo no creo que mi felicidad dependa del descubrimiento de mis padres.

El hotel que la reina poseía de una herencia, situado a lo largo de los Inválidos, esta-

ba precedido de un gran jardín en cuyo fondo se levantaba un pabellón habitado por la reclusa y su anciana nodriza. Los salones, exceptuando las sillas alquiladas para la recepción, no contenían un solo mueble, pues todas las obras de arte que los adornaban antaño habían sido vendidas por el poeta, a quien sus gustos suntuosos habían arruinado varias veces.

Los invitados eran muchos. Todos los que significaban algo en París se apiñaban en las salas o en la inmensa galería en donde se extendían las mesas llenas de vinos y manjares.

Un heraldo de armas proclamaba el nombre de los invitados, sus títulos de nobleza y de gloria y el nombre de los personajes representados.

Beaumesnil llevaba, según él, el mismo traje que llevó Benvenuto Cellini en la corte de Francisco I: mantelete de terciopelo granate y casaquín de raso negro, alta gorguera en la que se inmovilizaba un rostro adornado de una puntiaguda barba. Con la cofia en la mano y el estoque golpeando sus muslos moldeados de seda gris perla, iba y venía, solfando a los recién llegados madrigales en forma de letrillas u odas cortas.

El heraldo de armas anunció:

—Don Rodolfo, en caballero de Artagnán... La señorita Calabacita en vendedora de frivolidades.

Baltasar refunfuñaba bajo un sombrero adornado de plumas y cubierto con una amplia capa de mosquetero, levantada por detrás por la vaina de su espada. Aquella capa, al abrirse, dejaba al descubierto una casaca de gamuza en donde surgían punfiagudos los huesos de un pecho anguloso.

Calabacita, en vendedora de frivolidades, atrajo inmediatamente la atención. La pañoleta Maria Antonieta y la capellina de paja le sentaban maravillosamente. No había afectación alguna en su porte, que era una mezcla de reserva y de alegría. Beaumesnil la paseaba entre los grupos.

Corría el champagne. La multitud cantaba el ritmo de la orquesta, agitábase un aire de pesada borrachera y cierta necesidad de vulgaridad.

En las fiestas de Beaumesnil era siempre de esperar algún escándalo. Baltasar estaba solo en un rincón de la galería desde donde oía, dominando el tumulto, la cavernosa voz del poeta. De pronto, le vió subir al extremo de una mesa transformada en estrado. Beau-

mesnil aulló la principal escena de un drama que habia escrito sobre Benvenuto Cellini. Agitábase, daba patadas, echaba lumbre por los ojos y gritaba su amor por una tal Scozzone, muchacha a la que amaba con locura.

Aquel amor adquiría tales proporciones que Benvenuto Cellini se decidía al rapto. Saltó del estrado y se abrió un camino entre la multitud. Calabacita está allí. Al verla exclamó:

—¡La Scozzone! ¡La Scozzone!

Y de pronto, a pesar de la resistencia de Calabacita, la cargó sobre sus espaldas y huyó por los vestíbulos con su presa.

Los invitados rieron la broma y se volvieron hacia las puertas en espera de su reaparición. Indeciso y sofocado, Baltasar quiso comprender. ¿Qué significaba aquella farsa?

También él dirigió su mirada hacia las puertas, recorrió vestíbulos y galerías. La gente volvía a bailar y a beber. Se quitó el sombrero adornado de plumas y secó su frente. Chorreaba de sudor y se sintió tan débil que se dejó caer en un canapé.

Dos invitados hablaban no lejos de él, y uno de ellos decía:

—¡Qué farsante es el tal Beaumesnil! ¡Hace

el mayor ruido en torno suyo... La cuestión es vivir y ganar dinero.

—La chiquilla que se llevaba, o mejor dicho, que raptaba, es bonitilla. Apuesto que tardaremos en volverla a ver—dijo el otro.

—¡Es capaz de todo!—dijo el primero—. Con la ayuda de su chófer, ese Domingo, que tiene cara de bandido, la habrá metido en un auto y conducido hasta su entresuelito de Neuilly.

Baltasar dió un salto y echó a correr como un loco. La capa de mosquetero se agitaba por ambos lados de su espalda como alas de murciélago. Ensayó inútilmente desenvainar su espada...

CAPITULO X

Amar... Matar...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al llegar al patio, tropezó ante una confusión de automóviles que traían nuevos invitados o que regresaban para recoger a los que se marchaban. Interrogó. Nadie sabía nada. Según la disposición de los lugares, se dió bien pronto cuenta de que el auto de Beaumesnil había podido esperar a éste en alguna salida particular. ¿Cómo hallarla en ese caso?

Entró de nuevo. En el interior todo el mundo bailaba, sin ocuparse del dueño de la casa ni de sus caprichos.

Baltasar pateaba de impaciencia y furor. No habiendo podido desenvainar la espada, agitábala con terribles gestos. La pluma de su sombrero, medio arrancada, le caía sobre el rostro y se hallaba enredado con una de

el mayor ruido en torno suyo... La cuestión es vivir y ganar dinero.

—La chiquilla que se llevaba, o mejor dicho, que raptaba, es bonitilla. Apuesto que tardaremos en volverla a ver—dijo el otro.

—¡Es capaz de todo!—dijo el primero—. Con la ayuda de su chófer, ese Domingo, que tiene cara de bandido, la habrá metido en un auto y conducido hasta su entresuelito de Neuilly.

Baltasar dió un salto y echó a correr como un loco. La capa de mosquetero se agitaba por ambos lados de su espalda como alas de murciélago. Ensayó inútilmente desenvainar su espada...

CAPITULO X

Amar... Matar...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al llegar al patio, tropezó ante una confusión de automóviles que traían nuevos invitados o que regresaban para recoger a los que se marchaban. Interrogó. Nadie sabía nada. Según la disposición de los lugares, se dió bien pronto cuenta de que el auto de Beaumesnil había podido esperar a éste en alguna salida particular. ¿Cómo hallarla en ese caso?

Entró de nuevo. En el interior todo el mundo bailaba, sin ocuparse del dueño de la casa ni de sus caprichos.

Baltasar pateaba de impaciencia y furor. No habiendo podido desenvainar la espada, agitábala con terribles gestos. La pluma de su sombrero, medio arrancada, le caía sobre el rostro y se hallaba enredado con una de

sus espuelas que se había deslizado bajo la bota. Parecíale que las cosas daban vueltas a su alrededor y que un cataclismo asolaba al universo. Por primera vez pensó que quizá existiera la aventura y que nadie estaba a cubierto de esas tempestades espantosas.

—¿Usted no los ha visto?—preguntaba a los criados cogiéndoles por el brazo.

—¿A quién, señor?

No contestaba. Tomábanle por un hombre que ha bebido mucho y se alejaba balbuceando.

—Va a matarla... Es capaz de todo, lo han dicho sus amigos.

Tomó por una galería y pasó entre dos hileras de palmeras y bambúes. Una ventana estaba abierta, saltó en los arriates y, recordando que el pabellón de la reina ocupaba el fondo de jardín, se dirigió hacia un hilo de luz que cortaba la sombra de los grandes árboles. Apareció una pequeña construcción, con una escalinata y una puerta entreabierta.

Obraba al azar y rápidamente, siguiendo las órdenes incoherentes de un cerebro en desorden, pero dominado por la voluntad inflexible de recoger, fueran cuales fueran los obstáculos, informes sobre el posible escondite de Beaumesnil. Al final de una abrupta

escalera, lucía una bujía colocada en un sucio candelabro. El pabellón, muy exiguo, no se componía más que de planta baja y un piso, con dos piezas en cada uno. Llegó a sus oídos un murmullo y subió. Una débil canción le atrajo hacia una puerta, que empujó de un golpe.

Una dama de edad, muy gruesa, de rostro rubicundo y vestida de terciopelo, estaba sentada ante una mesa en donde se alineaban grandes soldados de cartón. La lámpara, sin pantalla, daba una luz humeante que mostraba unos muebles pobres y una alfombra rota. En el muro estaba colgado el retrato de una dama joven con manto de armiño y una diadema en los cabellos.

Era la misma mujer, y Baltasar no dudó que fuera la reina, aquella que antaño llamaron Fresa del Bosque. La anciana nodriza no se encontraba; debía hallarse en la fiesta dada por Beaumesnil.

Aquella visión detuvo a Baltasar, quien se quitó el chambergo, dejando al descubierto una peluca rizada de color pajizo.

Fresa de los Bosques murmuraba entre dientes una cancioncilla infantil y de un papiro-tazo derribaba un soldado, lo que la hacía reír.

Baltasar murmuró golpeándose el pecho:
—Rodolfo... Rodolfo...

Levantó ella la cabeza, no pareció sorprenderse y con un revés de la mano hizo caer al suelo todos los soldados. El tumulto hizo redoblar su risa, que se terminó en ligera queja al extraer de un cajón y arreglar uno tras otro varios objetos: un vasito, una cucharilla, una medallita de niño y un chupete de marfil. Los besó y después hizo seña a Baltasar para que los besara a su vez. Sus labios murmuraban palabras incomprensibles. Comprendió que estaba loca y que debía de estarlo desde la pérdida de su hijo.

El lamentable espectáculo de aquella mujer no le conmovió mucho, pues no pensaba más que en los peligros que amenazaban a Calabacita; pero ¿qué podría hacer?

Fresa de los Bosques, siempre sonriente, cogió unos andadores de niño, de crochet, en el que sus torpes manos se pusieron a trabajar haciendo, deshaciendo y embrollando los puntos. Cerca de ella saltaba el ovillo de lana con un ruido metálico que sorprendió a Baltasar. Habían enrollado la lana en torno de una llave de cuyo anillo pendía una etiqueta. Baltasar leyó lo que había escrito en ella: Calle de Berton, Neuilly, y convencido de

pronto que era aquélla la dirección particular de Beaumesnil, metióse la llave en el bolsillo y retrocedió hacia el rellano.

Ni un solo instante pensó que la pobre loca podría ser su madre.

En el patio ningún auto estaba libre y tuvo que contentarse con un simón lamentable con ruedas cercadas de hierro y tirado por un esquelético jamelgo, del que no se sabía si iba al trote o al paso. Baltasar se enfurecía. Escaló el pescante y latigó al caballo, que se detuvo. Por fin desembocaron en una calle siniestra en donde había parado un auto.

Baltasar pagó al cochero y enfiló los muros, mientras que su capa y su chambergo proyectaban sobre la carretera empedrada desmesurada sombra.

Ante una casita baja y aislada dormía el chofer de Beaumesnil.

Sin ruido alguno introdujo la llave en la cerradura. Baltasar contenía la respiración. A tientas palpó un muro que siguió y que le hizo penetrar en el interior de la planta baja. Un escalón le cerró el paso; tropezó y se levantó en el mismo instante que oía abrirse una puerta, y para ver, cerca de él, la malla gris perla y el justillo granate de Benvenuto Cellini.

—¿Eres tú, Domingo?— preguntó éste—
¿Qué diablos haces ahí?

Pero al abrir un poco más la puerta reconoció, en plena claridad, la capa y el chambergo del caballero de Artagnán. Dió un salto atrás. Baltasar se abalanzó, penetrando en la habitación. Al otro extremo de ella yacía Calabacita inerte sobre una silla, con los ojos cerrados e intensamente pálida.

—¡Asesino!— exclamó Baltasar con voz ronca.

En un gesto de desesperación consiguió desenvainar la espada de Artagnán, una espada mellada y sin punta que parecía de hojadelata.

Benvenuto Cellini empuñó su daga y apuntó con una pistola damasquinada mientras decía:

—¡Pero estás loco!... Supongo que no querrás matar a tu padre, Rodolfo...

Mas una tal expresión de odio y de voluntad implacable deformaba el rostro de Rodolfo, que no se atrevió a pronunciar una palabra más. Artagnán avanzaba lentamente, sin precipitarse. Su espada, arma inútil, cayó al suelo. Sus dos manos se crispaban como si tuviera la intención de estrangular a su adversario.

Beaumesnil retrocedía también paso a paso. A su vez dejó caer la daga y la pistola de Benvenuto. La fisonomía atroz de Artagnán, su capa, el chambergo, todo le espantaba y érale imposible oponer la menor resistencia. Quiso gritar, pero las dos manos le apretaron la garganta. Cedió sin lucha y fué derribado, mientras que Baltasar, encarnizado, repetía incansablemente:

—Asesino... asesino... Tú la has matado.

Decía esto, aunque oía a Calabacita despertar de su desvanecimiento, pero nada podía detenerle en su obra justiciera. Beaumesnil le parecía un personaje diabólico, y no soltó presa hasta el momento en que aquel ente diabólico se aflojó como un pelele.

La escena no había durado un minuto. Cuando se levantó y contempló las venas hinchadas, los ojos desorbitados, el rostro amoratado, murmuró en voz baja:

—Está muerto.

Repitió varias veces la terrible frase con creciente espanto. Calabacita, que se le había acercado, gimió:

—¡Está muerto! ¡Está muerto!... ¿Es posible?... ¿Qué ha hecho usted, señorito Baltasar?

Transcurrieron unos segundos, unos espantosos segundos. Una suprema convulsión agi-

tó la malla gris perla y sobrevino la trágica inmovilidad del cadáver.

—Márchese—suplicó Calabacita—; van a detenerle...

—¿Detenerme?—dijo con voz lejana—. ¿Por qué? Te he defendido contra él... contra su violencia...

Calabacita se sorprendió y dijo:

—Pero no, señorito Baltasar... si no me ha tocado... También creí yo al principio... Me amenazaba, pero era por el dinero... quería la cartera.

Baltasar la miró estúpidamente. No comprendía y murmuró:

—Tienes razón... van a detenerme... He matado a mi padre y van a detenerme... me meterán en la cárcel.

Calabacita se precipitó hacia él, animada de pronto de fuerza y de rebeldía.

—¡No, eso no, eso no!... ¡Cueste lo que cueste... Yo le salvaré a usted, señorito Baltasar.

Lo arrastró fuera de la habitación, lo sacó a la calle, en donde el *chauffeur* seguía durmiendo. Se dejó guiar como un ciego, pero ella no sabía dónde conducirlo y su indomable voluntad no podía traducirse en actos salvadores.

Pasaron ante el farol de una comisaría de

policía. Rápidamente Baltasar se desasíó y gritó a los agentes de guardia:

—He matado a mi padre. Venid a comprobarlo.

—¿Quién es usted?—le preguntó el cabo de guardia, estupefacto ante aquella visión de otras edades.

Vaciló. ¿Era Rodolfo o Baltasar? Pero en su aflicción creyó que hacían alusión a su disraz, y contestó:

—El caballero de Artagnán.

Le aconsejaron que se fuera, y de prisa, si no quería que le encerraran por porte ilegal de traje y por embriaguez.

Erró largo tiempo. Nunca había sido tan desgraciado. Beaumesnil se le aparecía ahora como el más grande de los poetas, como un hombre afligido por algunos defectos, pero de una grandeza de alma incomparable. ¡Y era él, su hijo, quien le había matado!... Calabacita procuraba consolarle, ¿pero qué decir a un hombre que ha matado a su padre y a quien aplastan los remordimientos?

—He matado a mi padre... soy un parricida... Un parricida...

Evocaba cosas terribles; el Tribunal, el veredicto, el cadalso.

Se durmieron en un banco. Baltasar apoya-

ba su peluca rizada contra la espalda de Calabacita. Un agente examinó a aquel mosquetero adormecido en los brazos de una vendedora de frivolidades y se alejó.

Al amanecer marcharon hacia las Barracas, en donde debían coger algunas cosas antes de que la policía supiera el crimen; pero Baltasar ya no pensaba en entregarse. Llegaron. A aquella hora nadie se había levantado aún. Sin embargo, vieron un automóvil y al llegar cerca de las casucas distinguieron a un hombre que se escapaba sin haberlos visto. Parecía muy agitado. Era Beaumesnil con su disfraz Renacimiento.

—A Saint-Cloud, de prisa — ordenó a su chofer.

Ambos tuvieron al principio la misma idea, creyéndose juguetes de una alucinación o bien que había pasado un fantasma ante sus espantados ojos; pero el sonido de su voz duraba aún en sus oídos y Baltasar cuchicheó:

—Vive... No lo he matado... ¡Gracias, Dios mío, gracias; está vivo!

No hubo ninguna transición entre su desesperación y el exceso de una alegría súbitamente frenética. Estalló en una carcajada y, cosa increíble en él, hasta inició un paso de baile mientras decía:

—¡Vive! Se acabó la cárcel, se acabó el caldoso... ¡Beaumesnil vive!

La preocupación que se reflejaba en el rostro de Calabacita interrumpió su delirio. Baltasar le preguntó:

—¿Qué es lo que tienes? ¿No estás contenta? Vamos, reflexiona... Beaumesnil no está muerto; yo creí haberlo matado y no lo he matado... ¿Qué te pasa pues, Calabacita?

Esta articuló lentamente:

—El señor Beaumesnil es un ladrón.

—¡Diablo! — dijo —. ¡Un ladrón! ¿Y por qué?

—Ha robado la cartera... la herencia del conde de Coucy-Vendôme.

—¿Qué cuentos son éstos, Calabacita? ¿Conoce acaso la existencia de esa herencia?

—Me vi obligada a revelárselo todo hace un mes para salvar a usted. Con parte de ese dinero pudimos alquilar un barco, hallar ayudas y comprar al jefe y a los soldados que debían fusilarle.

Baltasar estaba desconcertado.

—¡Cómo! ¿El señor Beaumesnil...?

—El señor Beaumesnil no tenía ni gorda, y yo quería salvar a usted a toda costa. Nos llevamos, pues, el tercio de la cantidad en mi cartera de cuero.

—¿Y el resto?

—El resto lo había enterrado en mi pequeño hangar, y era el secreto de ese escondite cuya revelación exigía esta noche de mi con pistola en mano.

—¿Pero tú no habrás hablado?

Calabacita contestó:

—Sí... tuve miedo... He dicho algunas palabras confusas, pero creí que no las había entendido.

—¿Y crees tú que...?

—¿A qué venía aquí si no, señor Baltasar? Inmediatamente que se ha repuesto ha saltado en su auto y ha venido a robar la cartera. Baltasar no parecía muy emocionado.

—¿Qué le vamos a hacer? Ya encontraremos la cartera. En el fondo, lo esencial es que Beaumesnil no haya muerto... Yo no veo más que esto; yo no he matado. Lo demás carece de importancia.

Atravesaron las casucas. El hangar estaba situado a la izquierda de "Las Danaides", adosado a la casucha del señor Vaillant du Four.

Había bastante claridad para que pudieran divisar el escondite. Se dieron cuenta en seguida que el suelo había sido removido.

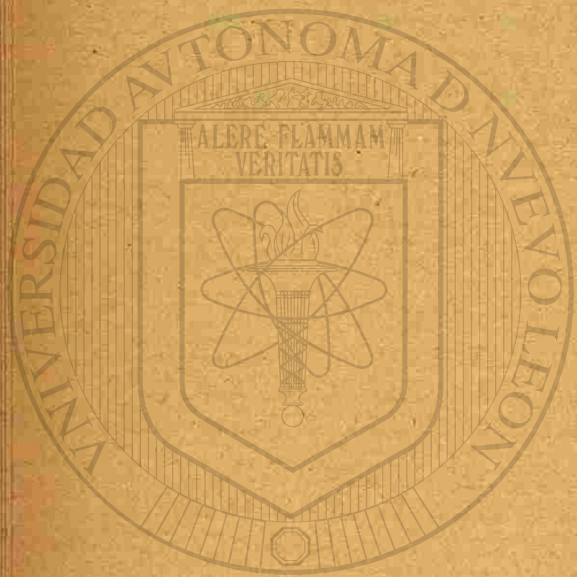
—Aquí es... aquí enterré el dinero...—dijo Calabacita.

Un poco más allá, al resplandor de una burja que habían encendido, distinguieron un cuerpo que yacía en el suelo. Inmediatamente reconocieron al señor Vaillant du Four, el cual tenía el rostro cubierto de sangre. Baltasar se inclinó sobre el herido, que al verle murmuró, en una especie de estertor:

—Me ha pegado... un puñetazo.

—¿Quién?

—Un hombre... con calzón violeta.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XI

Mane-Thecel-Phares.

LA herida del señor Vaillant du Four no era de gravedad. Les explicó que, habiendo oído ruido de un pico al otro lado de la valla, se levantó, y que un hombre que cavaba el suelo se abalanzó sobre él, dándole un puñetazo en la mandíbula.

Baltasar y Calabacita no dudaron un instante de que el agresor era Beaumesnil, y decidieron guardar secreto sobre la agresión. Transportaron al señor Vaillant du Four a su choza, la cual no estaba desprovista de comodidades ni de esmero en la limpieza, e instalándose Calabacita en un sillón, veló al herido. Hacia el mediodía vino una vecina a sustituirla, y entonces ella y Baltasar se dirigieron por el tranvía a Saint-Cloud, a la dirección dada por Beaumesnil al chófer.

—Mi plan es sencillo—dijo Baltasar, que tenía gran confianza en sus medios físicos desde su "crimen" de la víspera—. Le cojo por el cuello y le digo que el señor Vaillant du Four presentará una denuncia contra él, y que yo le acuso de robo y estafa. Y de seguro que devuelve el dinero.

Este espíritu agresivo se acrecentó cuando supieron que el poeta Beaumesnil poseía una villa en Saint-Cloud. La cosa sería rápida.

Para tomar fuerzas, Baltasar entró en el parque y almorzó con las provisiones que Calabacita extrajo de la cartera de cuero. Luego llenó su pipa y se permitió una hora de sueño. Calabacita le había colocado debajo de un árbol y la sorprendió al despertarse espantándole las moscas importunas.

—¡Qué buena eres para mí, mi pequeña Calabacita! ¿Quién te ha enseñado la bondad y la abnegación?

—Usted, señor Baltasar.

—No—respondió éste—; yo más bien he predicado ante fi el egoísmo.

—De todas formas, señor Baltasar. ¡Ha sido usted!

—¡Ah!—exclamó él, mientras pensaba ya en otra cosa.

Durante dos horas no volvieron a cambiar

palabra. Sobre su cabeza murmuraban las hojas y los pájaros. En algunos momentos, cuando la calma de la sombra, la alegría del sol o el encanto de la soledad les producía esas fuertes sensaciones que pugnan por exteriorizarse, se miraban y sonreían en silencio. La felicidad casi siempre se manifiesta por un bienestar físico.

Anduvieron vagando por el parque mientras descendían hacia el Sena.

—Nuestras tribulaciones han terminado, Calabacita—afirmó Baltasar—; antes de fijarse, nuestro destino ha sufrido algunas sacudidas, como una tierra que tiembla antes de llegar al reposo definitivo. No hablemos más de ello, y dejemos al poeta Beaumesnil con sus maquinaciones. A nosotros sólo nos resta plantar nuestra tienda.

—¿Y la cartera con el dinero?—preguntó la joven.

Baltasar no respondió; ya no le interesaba ese asunto.

Un bello césped se extendía ante ellos, como un tapiz de terciopelo verde, donde el sol hacía crujir las hojas marchitas; llegaron a la orilla del río y esperaron en un embarcadero la llegada del vaporcito que había de conducirles de nuevo a París.

—No nos queda más que plantar nuestra tienda—repitió Baltasar—. Si existen gentes malas, también hay excelentes personas. ¡Qué alegría ir el domingo a ver a nuestros buenos amigos Fridolin y la señorita Ernestina!

—¿Y la señorita Violante?—dijo Calabacita.

—No olvido que es mi prometida. Iré a visitarla, así como al señor Rondot, puesto que tengo un compromiso a fecha fija, y les expondré que, si yo no poseo la fortuna reclamada, en cambio no me veo apurado para elegir un padre. Coucy-Vendôme o Príncipe Revad: creo que cualquiera de ellos puede satisfacer a la familia más exigente.

Jamás acontecimiento alguno debía enseñar mejor a Baltasar el sentido de lo cómico y la ironía. Pronunció estas palabras con orgullo; se volvió para ver el efecto que producían en Calabacita, y quedó asombrado al ver sus ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué tienes?—preguntó—. ¡Lloras como si fueras desgraciada, Calabacita!

—Y, sin embargo, me siento muy feliz—dijo la joven, esforzándose por reír.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—¡Yo qué sé! ¡Las lágrimas son una cosa que brotan solas!

—Tienes razón—dijo Baltasar al cabo de un

momento—. Yo también tengo ganas de llorar, y me vería apurado para decir el motivo, pues jamás me he sentido tan feliz.

En el puente del vapor se cogieron de la mano. Los pasajeros miraban mucho a Calabacita, y Baltasar, oyendo que uno de ellos ponderaba la gracia de la joven y el dulce encanto de su rostro, agradeció con una inclinación de cabeza el cumplimiento a aquel pasajero, como si hubiera sido dirigido a él personalmente, y pensó que, ciertamente, Calabacita haría muy buen papel junto a la magnífica Violante.

El metro les condujo hasta la ciudad de las Barracas. Apenas llegaron a "Las Danaides", cuando la vecina que cuidaba al señor Vaillant du Four vino a buscarles a toda prisa. El enfermo empeoraba.

Calabacita corrió en busca de un médico. El diagnóstico fué excelente: el doctor habló de traumatismo y de alteraciones cardíacas sin importancia; todo se arreglaría.

Pero al llegar la noche, el señor Vaillant du Four volvió a llamar a Baltasar y Calabacita. Aquello iba peor; el enfermo se ahogaba.

Rogó a Calabacita que le diera un frasco que se hallaba entre los medicamentos traídos de la farmacia, y vació de un frasco cerca de la mitad del contenido. Baltasar tomó el frasco y se indignó: era ron.

—Yo sé lo que me hago—dijo el señor Vaillant du Four—. Ese médico es un asno; además del golpe de la mandíbula, recibí otro en el pecho que me deshizo. Estoy convencido; todo lo más que me queda es un día de vida. Por lo tanto, es necesario que te hable seriamente, hijo mío, y siento que mi cabeza está muy vacía para recoger todas mis ideas, y que no podré hacerlo si no echo una buena cantidad de alcohol.

—¡Pero es una locura!

—No; es la prudencia misma. Ahora veo claro y pienso claro también. Escúchame, hijo mío.

Se expresaba con la premura del beodo que se ase fuertemente a sus ideas y que al menor choque pierde el hilo de su pensamiento. Lanzó una mirada alrededor y dijo:

—¿Estamos solos?

—Sí; con Calabacita.

—¿No hay nadie en la puerta?

—Nadie.

—Acércate... más cerca...

—Señor Vaillant du Four, debía usted descansar.

—Déjame en paz, muchacho. Tengo un secreto que pesa sobre mi conciencia, y antes de morir...

—Pero si no se trata de morirse...

—Sí; escúchame. ¿Me oyes bien?

—Sí.

—¿Tú también, Calabacita?

—Sí, señor Vaillant du Four.

—Entonces... Baltasar, todo se reduce a cuatro palabras... ¿me oyes?

—Muy bien.

—Yo soy tu padre, Baltasar.

Baltasar se levantó de un salto. Una oleada de sangre empurpuró su pálido rostro y su ancha frente.

—Abre el cajón de esa mesa—ordenó el señor Vaillant du Four.

—¿Para qué?—dijo exasperado.

—Encontrarás la fotografía de tu madre.

Baltasar de un puntapié tiró la mesa al suelo.

—¿La fotografía?... ¡Pero si tengo los bolsillos llenos de fotografías! Mire, una, otra, y la de la Catarina, que fué ahorcada, y la de la reina que está loca! ¿Cómo quiere usted que haga caso ya de sus necedades?

—Tu madre se llamaba Gertrudis Dufour— declaró el enfermo, que continuaba su monólogo—, y yo, fu padre, mi verdadero nombre es Vaillant...

Baltasar se confuvo. Volvió al lado del lecho y articuló claramente para que el moribundo entendiese bien:

—Es usted la quinta persona de quien seré hijo. Antes que usted ha habido...

—Gourneuve, el asesino, y luego el conde de Coucy... sí, los conozco a todos—dijo el señor Vaillant du Four—, pero ha sido por mí por quien te han encontrado... Soy yo quien les ha prevenido que llevabas en tu pecho la marca de las tres...

No terminó la frase: Baltasar le había tapado la boca con las manos; la idea de que las tres letras misteriosas iban a ser pronunciadas una vez más le ponía fuera de sí y fué necesario que Calabacita le tranquilizase suplicándole guardase silencio. Por fin volvió a sentarse.

El señor Vaillant du Four aprovechó la ocasión para tomarse otra buena dosis de ron, e inmediatamente reanimado, explicó mientras Baltasar cerraba los puños:

—Un año después de tu nacimiento, habíamos tu madre y yo una posada aislada

en las orillas del Saone, en el lugar llamado el Valle Rojo. Nuestros asuntos no iban muy bien, y Gertrudis, que era un alma de Dios, audaz, infatigable y no corta en ideas ingeniosas, hizo publicar un anuncio en los periódicos de París, diciendo que la Casa-cuna del Valle Rojo recibía niños de diez a quince meses, que serían criados en perfectas condiciones de higiene y aire libre. El anuncio tuvo éxito. En algunas semanas nos fueron llevados cuatro niños por padres o intermediarios que evidentemente trataban de deshacerse de ellos.

Aprovechándome de la situación fuí intransigente. Aceptaba a las criaturas y promecía la discreción, pero a condición de que me fueran revelados los nombres de los padres y el nombre de pila de los pequeños, a más de comprometerse por escrito a entregarme una suma anual que variaba según los casos. Si la renta cesara el Valle Rojo declinaba toda responsabilidad.

De este modo el tal Gourneuve me dejó a Gustavo; la familia de Coucy-Vendôme, al pequeño Godofredo. Mustaphá me fué entregado por un Pachá, y Rodolfo por un príncipe alemán.

Desde entonces todo fué abundancia. Los

cuatro chicos, que eran poco más o menos de tu edad, crecían y jugaban contigo; Gertrudis, tu madre, era feliz. Pronto tuve dinero abundante para recorrer los departamentos vecinos y colocar algunas partidas de vino de Borgoña.

De un solo zarpazo todo quedó aniquilado. Hubo inundaciones, y un día que regresaba de viaje supe que en una crecida del Saone había sido inundada la casa y arrastrada tu madre y tus cuatro compañeros. Aquello era la desesperación y la ruina. A la larga soporté mi desesperación, pero no me resigné a la ruina.

Baltasar, aquí entré por el mal camino donde he perseverado después. No advertí la desgracia a ninguna de las cuatro personas que me habían confiado los niños. Abandoné la región y fui a establecerme contigo al otro extremo de Francia, al país vasco. Desde este sitio, seis meses más tarde, yo escribía a Gourneuve que, para despistar toda averiguación, creía deber designar a su Gustavo con el nombre de Baltasar y que este niño llevaría como señal de identidad las tres letras M. T. P. (que son tres letras con que te había marcado en el pecho, durante mi ausencia, un marinero vasco que estaba medio bo-

rracho). Envié la misma misiva a mis otros tres clientes, y de este modo seguí recibiendo, a nombre de un único Baltasar, las cuatro pensiones que me eran entregadas por los cuatro difuntos pequeñuelos.

Reconozco que era un robo, pero ¿quieres? Había que vivir, y vivía muy cómodamente, y todo iba a maravilla, cuando dos años más tarde, habiéndote llevado conmigo en un viaje de negocios, te perdiste entre la gente un día de feria. Me puse en tu busca y supe que te habías ido detrás de un leñador y afilador. Le habías seguido porque eras un chico de mucho corazón y tomabas cariño al primer tipo que veías. Luego, al cabo de una hora, cansado, te habías dormido al borde del camino. ¿Qué había sido de ti después que te despertaste? ¿Qué serie de circunstancias te habían llevado más lejos? Imposible saberlo e imposible encontrarte...

La voz del señor Vaillant du Four se debilitaba y las palabras se hacían cada vez más vacilantes. Consiguió con esfuerzo alcanzar el frasco de ron y lo llevó hasta su boca.

Baltasar le contemplaba con angustia. Por primera vez veía realmente aquel rostro enflaquecido, de barba venerable, y aquellos ojos que se inflamaban por momentos bajo la

llama del alcohol. Su impresión vil y bestial era la del borracho satisfecho; Baltasar recordó las palabras obsesionantes que siempre repetía aquel anciano: "No soy más que un canalla, un viejo canalla..." Y pensaba que no cabía duda de que este viejo canalla era su padre.

—Termine—le dijo con ternura.

El señor Vaillant du Four obedeció, y con creciente dificultad, a pesar de la nueva dosis de ron, continuó:

—Transcurrieron más de veinte años. Yo no sé cómo vivía aquí. Es cómodo este sitio para quien no tiene ocupación. Había abandonado la representación del vino de Borgoña, del que bebía más que vendía; todo el dinero lo gastaba en la taberna. Un día, en la calle, oí pronunciar tu nombre... alguien te llamaba... Baltasar no es un nombre corriente. Te seguí, vigilé, hice amistad contigo; me arreglé de modo para ver las tres letras; eras tú, efectivamente, el hijo de Gertrudis, mi pobre difunta.

Después... ya lo sabes... te procuré las Danaides y de este modo hemos vivido uno al lado del otro. Esperé al principio que podría corregirme y decirte toda la verdad... Demasiado tarde... El vicio domina al hombre...

Además, tú me intimidabas. Tú eres un muchacho honrado y jamás me hubieras permitido que cobrara las pensiones. Por eso he callado... y he ido descendiendo más aún... hasta llegar a ser este viejo canalla de Vaillant du Four.

Quiso coger de nuevo el frasco del ron, pero ya no tuvo fuerzas: su mano temblaba. Ansioso de terminar su confesión, continuó con voz cada vez más entrecortada:

—Cuando podía reflexionar, que era entre dos vinos, es decir, ni sereno ni borracho, sentía el temor de morirme sin haberte servido de algo... sin hacerte aprovechar la situación... Si yo había sido un canalla, que al menos te sirviera de algo... y puesto que no podía decirte que yo era tu padre, quería proporcionarte un padre... ¿Para qué?... Las razones se embrollaban en mi cabeza. Por fin escribí a las cuatro personas cuatro cartas para después de mi muerte, reemplazando al príncipe alemán por Beaumesnil. Les decía dónde estabas y lo que hacías.

Y un día, sin que tú lo supieras, saqué la huella de tu dedo pulgar... y en cada sobre envié un dibujo... de forma que... ¿me comprendes?... no había error posible... Uno de los cuatro te lo maría por hijo... te reconocería...

Luego, no sé lo que pasó... las cartas desaparecieron... Tal vez yo las eché al correo... no sé... no sé nada... En todo caso las cuatro personas fueron advertidas que tenían un hijo, el mismo... Era Baltasar, pero era también Godofredo... o Rodolfo... Gourneuve vino... los otros también, creo... enviados del pachá... La Agencia X... Beaumesnil... todo se mezclaba... se batía... Era un lío reconocerse ya... todo negro... negro...

El señor Vaillant du Four tuvo una risita irónica. Sin duda alguna, en los últimos meses, el viejo borracho debió divertirse con un estado de cosas del que obscuramente sentía la parte grotesca. Estos cuatro padres, lanzados a la vez sobre un mismo hijo, no dejaba de ser divertido, sobre todo para el quinto padre, el padre verdadero, que asistía a la inenarrable batalla.

Una nueva dosis de ron que consiguió tragar redobló el buen humor pasajero del moribundo. Entre una horrible risa, balbuceó:

—¿La huella?... Está bien eso de la huella y las tres letras... ¡Ah, las tres letras que aquel borracho te marcó por divertirse... te acuerdas de lo que te he dicho?... ¡Un marinero vasco!... un bromista de primera... un verdadero granuja... Como me enfadé cuando vine,

al verte entre convulsiones, él se reforcia de risa y me dijo: "Vamos, amigo; ¿no se llama Baltasar tu chico, como aquel tío que daba festines? Entonces, ¿cómo iba a ponerle entero el *Mane Thecel Phares* al pobrecillo? Por eso no le he puesto más que las tres primeras letras... M. T. P. Así tendrá su marca de fábrica... ¿No tengo razón?... ¡Vaya si tenía razón aquel bromista! M. T. P. era la marca de fábrica de Baltasar... Gourneuve formó con ellas el nombre de su banda, Mas-Tro-Pies, y el pachá como contraseña de Mus-Ta-Pha... M. T. P.... ¡Siempre M. T. P.!

Farfullaba las palabras de una manera apenas inteligible. Nada más horrible que la alianza de la risa con la muerte. La risa del viejo borracho iba acompañada de un horrendo castañeteo de los dientes. Baltasar y Calabacita escuchaban con espanto.

Hacia media noche el señor Vaillant du Four se calló. La agonía comenzaba silenciosa.

Baltasar se quedó dormido, sacudido por horribles pesadillas. Despertado por Calabacita al amanecer, vió al moribundo a medias incorporado en su lecho y que le miraba con ojos de horror. Se aproximó, y el señor Vaillant du Four, en un último esfuerzo, murmu-

rô con voz que ya no parecía de este mundo:

—Adiós, adiós... Todo ha terminado... Sin embargo, es preciso que sepas aún... que hay veces en que dudo, no estoy completamente seguro de que tú seas realmente Baltasar... Yo bebía ya en aquella época... Yo no te reconocía entre los otros pequeños... Así que puede que seas Baltasar, pero quizá también seas Rodolfo... o Godofredo... No sé... ya no sé nada.

Media hora después el señor Vaillant du Four volvió a recobrar la palabra para decir:

—Bajo mi almohada hay cuatro paquetes de cartas... la correspondencia cruzada con las cuatro personas... Hay también billetes de banco... para ti... para ti... Te pertenecen.

Y no volvió a hablar.

A las nueve, la vecina volvió a quedarse. Baltasar entró en "Las Danaides" y Calabacita le llevó el desayuno y agua caliente para que se lavase.

Limpio y reconfortado, se expresó en estos términos:

—¿Qué te había dicho yo, Calabacita? Todo se explicaría del modo más natural; un pequeño torbellino de peripecias incoherentes, y nada más. Uno se cree elegido por el destino para ser el héroe de extraordinarias aven-

turas, ¿y qué sucede? Pues que sólo es el fantoche lamentable de una novela policíaca, construida con los trucos más usados por un aficionado a los folletines.

Reflexionó un poco y repitió con voz más melancólica:

—¿Ves? como te lo había dicho. Sólo que en lugar de un escritor de folletines, era un viejo borracho el que tiraba de los hilos, haciéndoles moverse y enredarse al azar de sus borracheras. Mientras yo ofrecía mi corazón a todos, me encariñaba con media docena de padres y de madres, me dejaba torturar y fusilar, el borracho, entre bastidores, se divertía. Todo esto es bien triste, mi pobre Calabacita. La muerte del señor Vaillant du Four, el robo de Beaumesnil, la Catarina, el pachá, Gourneuve, ¡cuántos recuerdos!

Abarcaba de una mirada lo que él llamaba torbellino de peripecias incoherentes, y el espectáculo le impresionaba.

—La sonámbula tenía razón, Calabacita —decía el joven bromeando—. Me anunciaba un padre sin cabeza, y la serie de fantoches ha pasado entera. Puedo elegir entre todos, porque, en fin, Calabacita, ¿tú crees que Beaumesnil el loco, Beaumesnil el poeta ladrón, crees, repito, que tiene su cabeza consi-

go? Y este borracho de Vaillant du Four, ¿no había perdido también la cabeza?

Calabacita estaba desesperada de verle asaltado por tan fúnebres visiones. No sabiendo qué hacer para disiparlas, pensó que tal vez una caricia no le sería desagradable. Le envolvió con sus brazos y le besó largamente en la boca.

CAPITULO XII

«Mira primero cerca de ti.»

BALTASAR se sintió sumamente conmovido por el proceder de Calabacita. Aun cuando pensó mucho en ello en los días siguientes, no acertaba a comprender de dónde le venía, en medio de tan penosas circunstancias, tanta profunda satisfacción y tanta alegría súbita.

Acompañó al señor Vaillant du Four a su última morada sin mucho más sentimiento que si el difunto no hubiera sido uno de los que se disputaban su corazón. Con la cabeza descubierta, admiraba la forma de las nubes o los balcones floridos de capuchinas, dejando a Fridolin, que marchaba a su lado, el trabajo de derramar lágrimas por el muerto.

Transcurrió una semana deliciosa. Calabacita no iba a limpiar y arreglar "Las Danai-

go? Y este borracho de Vaillant du Four, ¿no había perdido también la cabeza?

Calabacita estaba desesperada de verle asaltado por tan fúnebres visiones. No sabiendo qué hacer para disiparlas, pensó que tal vez una caricia no le sería desagradable. Le envolvió con sus brazos y le besó largamente en la boca.

CAPITULO XII

«Mira primero cerca de ti.»

BALTASAR se sintió sumamente conmovido por el proceder de Calabacita. Aun cuando pensó mucho en ello en los días siguientes, no acertaba a comprender de dónde le venía, en medio de tan penosas circunstancias, tanta profunda satisfacción y tanta alegría súbita.

Acompañó al señor Vaillant du Four a su última morada sin mucho más sentimiento que si el difunto no hubiera sido uno de los que se disputaban su corazón. Con la cabeza descubierta, admiraba la forma de las nubes o los balcones floridos de capuchinas, dejando a Fridolin, que marchaba a su lado, el trabajo de derramar lágrimas por el muerto.

Transcurrió una semana deliciosa. Calabacita no iba a limpiar y arreglar "Las Danai-

des" más que cuando sabía que Baltasar estaba ausente. Este no la echaba mucho de menos. Libre, despreocupado, se iba de casa y hallaba en las fortificaciones o en el Bosque de Bolonia mil modos de gozar de la vida. El aire tenía un aroma especial; el sol y la sombra poseían cualidades particulares.

—No puedes imaginarte, Calabacita—decía continuando sus discursos mentales con la joven—, lo rápido que me parece el tiempo. No me intereso por nada, no pienso en nada y, sin embargo, yo sé que no pierdo ni un solo minuto del día. ¡Ah!, la filosofía cotidiana no me ha dado jamás tal impresión de plenitud, y te aconsejo que poco a poco te vayas librando de una doctrina cuyos rigores están llenos de peligros.

Una carta de Violante puso fin a este período de agradable negligencia:

"Jamás he dudado de vos, Baltasar mío; pero los términos en que me anunciáis vuestra victoria os elevan sobre el nivel de mis sueños. La vida será bella para tan orgullosos amantes como nosotros..."

Baltasar comunicó oficialmente al señor Rondot que le visitaría el miércoles siguiente,

a las cuatro de la tarde. Y la mañana de aquel miércoles fué a prevenir a Calabacita de su decisión.

En el pequeño patio que precedía al cobertizo estaba la joven barnizando el cajón que le servía de cómoda. Escuchó la comunicación de Baltasar y continuó su trabajo, pero el pincel cayó de sus manos y sus rodillas se doblaron hasta tocar el suelo. En aquella posición enseñaba los zurcidos de sus medias de algodón negro y sus pobres botas, veinte veces remendadas.

Baltasar se paseaba pensativo. Al fin dijo:

—¿Sabes que el señor Vaillant du Four me ha legado unos billetes de banco? ¡He hallado diez, diez mil francos!

—¡Qué suerte!—exclamó Calabacita, que parecía ensimismada en su trabajo—. El señor Rondot no podrá pensar que es usted un cazador de dotes.

—¿Verdad? Además he leído cinco paquetes de documentos, procedentes del señor Vaillant du Four, relativos a las personas que le confiaron sus hijos. Son irrefutables, hasta tal punto que, siendo todas las pruebas iguales, es imposible descubrir la verdad y saber de quién soy hijo; pero también es imposible que nadie pueda negarme el nombre que yo

elija entre los cinco a que tengo derecho. Me llamaré, pues, como quiera.

—¡Es embarazoso, señor Baltasar!

—Al contrario; ¡muy fácil! Beaumesnil y Gourneuve... dos asesinos... quedan eliminados; el señor Vaillant du Four... ni hablar de él... Entre Revad Pachá y el conde Coucy-Vendôme, ¿puedo dudar, cuando ya está tramitándose el pleito por el notario del difunto conde y sólo esperan mi firma?

Calabacita, que se había levantado, le dijo mirándole a la cara:

—¿Y la señorita Ernestina?

—¿La señorita Ernestina? La dignidad de su vida, sus amistades eclesiásticas y aristocráticas—respondió gravemente Baltasar—le aseguran la mejor acogida cerca de cualquiera.

—Yo creo que preferirá mantenerse apartada y que su nombre no se pronuncie.

—No he de renegar de ella—gritó indignado Baltasar—ni de mis amigos los Fridolin tampoco. Si Violante no se acomoda a mi familia, ¡tanto peor para ella! Yo no tengo necesidad de nadie, ¿sabes?, ¡de nadie! Nuestra vida actual en "Las Danaides" satisface todos mis deseos. ¿Qué más quieres?

—¡Oh, nada!—repuso la muchacha.

—Pero Violante no hará objeciones—afirmó calmándose un tanto—. La conozco; es una criatura noble.

—¡Que le haga a usted dichoso, señor Baltasar—dijo Calabacita bajando la voz—, y que le consagre a usted todo su tiempo y todos sus pensamientos, como si no tuviera otra razón de vivir, es todo lo que deseo!

Por la tarde, Calabacita fué a "Las Danaides" antes de que Baltasar marchara, pues quería dar el último vistazo a la *toilette* del joven. Además le trajo otro guante color paja que encontró en una casa de ropa usada; era de la misma mano que el otro color manfeca, pero eso no se vería y las conveniencias quedarían salvadas.

Le inspeccionó de pies a cabeza, le hizo cambiar de pañuelo y le arregló el lazo de la corbata blanca.

—Acompáñame hasta el jardín de Batignolles—dijo Baltasar.

Consintió la muchacha y cogió la enorme cartera. El iba de sombrero de copa y levita negra; ni una mancha en ella; recto el pantalón; al menos por un lado podía vanagloriarse de tener el pliegue reglamentario.

Baltasar se mostró locuaz. Con el pecho abombado, parecía desdeñar otro espectácu-

lo que el del cielo azul y las nubecillas blancas que en él flotaban.

—Estoy contento de la resolución que he tomado—dijo—. Siempre he sentido una viva atracción por los Coucy-Vendôme. Hay que tener un nombre en la vida, Calabacita: es una patente de honorabilidad y esto da peso y equilibrio a nuestros actos. Y tanto mejor si ese nombre es resonante y se liga a gloriosos recuerdos. Además, toda la historia de Francia...

Calabacita permanecía silenciosa, lo que, al cabo de un rato, acabó por molestarle, y, dada la solemnidad de las circunstancias, le sobreexcitaba; se preguntó por primera vez qué es lo que pensaría la joven. Su alma le parecía de pronto secreta y oscura. Observó con sorpresa que ya no llevaba sus bucles rubios y que de nuevo las dos trenzas aparecían rígidas y sin coquetería a los lados de su rostro. Le pareció bonita, a pesar de todo, y enrojeció mirando sus labios. Vió que ella también enrojecía.

—¡Dios santo!—dijo Baltasar—. ¡Cómo has cambiado, Calabacita! ¡A mi entender, tu rostro de hoy no es el de otras veces!...

No había cambiado, pero cuando la vida nos modifica siempre estamos dispuestos a

ver en los demás el efecto de nuestra transformación.

Al llegar al jardín de Batignolles, como aun faltaban algunos minutos para la hora de la cita, se sentaron. Calabacita sacó de su cartera un pastel de hojaldre de los que a él le gustaban y aquella atención le hizo recordar lo servicial y delicada que era con él.

—Estoy seguro—dijo—de que Violante sentirá por ti una gran simpatía y que os entenderéis a maravilla.

Esta perspectiva le era agradable. Atravesaron el jardín y, en un acceso de lirismo, enumeró todas las alegrías de que participarían uno y otro... Harían esto... lo otro... lo de más allá... Se hubiera dicho que Calabacita iba a participar hasta del orgullo de llevar un nombre tan rimbombante como el Coucy-Vendôme.

—Son dos familias ilustres, Calabacita; dos corrientes de la más alta nobleza que se han unido para formar un solo río que...

Baltasar no pudo terminar la frase, que le había salido mal desde un principio. Además, Calabacita no le sostenía con su aprobación como otras veces. Se sintió vejado y dijo:

—Pero ¿qué es lo que te pasa hoy?

—Nada... se lo aseguro.

—A ti te pasa algo... el sonido de tu voz no es el mismo de siempre... cualquiera creería que lloras... pero ¡si estás llorando como el otro día...!

Se habían detenido a alguna distancia de la salida y permanecían inmóviles uno frente a otro, él mirándola, con sorpresa, ella bajando la cabeza y tratando de retener sus lágrimas.

—¿Qué tienes?—repelía él confuso—. No hay ninguna razón para que llores.

—Ninguna, señor Baltasar.

—¿Entonces? Estamos hablando de un acontecimiento feliz, de mi casamiento, de Violante, por consiguiente...

Se interrumpió. Las palabras que estaba pronunciando le parecían contrarias a una verdad confusa que palpitaba en su fondo. Recordaba que en el parque de Saint-Cloud hablaban precisamente de Violante cuando la joven empezó a llorar.

—Vamos, mi pequeña Calabacita, tú sabes bien que mi decisión en nada afecta a nuestra amistad, que nuestra vida continuará como antes. Me has dado muchas pruebas de abnegación para que yo consienta jamás que...

—Si no es por eso... no es por eso, se lo juro—murmuraba la joven.

—¿Verdad que no?—continuó Baltasar—. Yo te lo repito, en este punto seré intransigente y estoy seguro de que Violante comprenderá... estoy cierto... comprenderá que si me pone en el caso de tener que elegir...

Calabacita le interrumpió con un gesto.

—Yo le suplicó, señor Baltasar, que no hable de lo que no puede llegar a suceder. Usted ha prometido a la señorita Violante consagrarle todos sus esfuerzos, y ya ha realizado por ella tan bellas cosas!...

—¿Por ella?—exclamó Baltasar, indignado—. ¿Pero estás loca? Ella no ha sido causa ni de uno solo de mis actos.

—No importa, señor Baltasar; que quiera usted o que no, su casamiento traerá muchos cambios...

—¡Estás loca! ¡estás loca!—repitió—. ¿Imaginas que yo iba hacerme cómplice, respecto a ti... que yo he de consentir... Reflexiona, Calabacita... entre nosotros existe un conjunto de lazos... de recuerdos...

—Entre nosotros, señor Baltasar, está la vida.

—Justamente, Calabacita; la vida que nos une.

—No, al contrario; la vida que nos separa.

—Calla, calla...

Ideas inconcebibles le asaltaban; pensaba cosas inauditas. Veía, entre las finieblas en que siempre estaba envuelta, una Calabacita desconocida; se veía también a sí mismo completamente diferente del que hasta ahora estaba frente a ella.

La joven levantó sus ojos húmedos. El se estremeció dándose cuenta de un espectáculo en el que hasta ahora no se había fijado, y dulcemente le quitó de los brazos, con una piedad infinita, la pesada cartera que deformaba la cintura de la joven. Ella no opuso resistencia; se sentía desfallecer; sus labios deletreaban palabras incompletas.

—¡Dios mío—repelía Baltasar—, cómo has cambiado! Tus ojos, tu boca no son los mismos... Si, tienes razón. Violante no aceptaría... y como no quiero sacrificarte a ningún precio...

Seguían inmóviles y sus miradas no podían desunirse; los transeúntes observaban a aquella pareja ensimismada que obstruía el paso. En un banco vecino un sacerdote leía en su breviario; unos jardineros que cavaban en un arriate suspendieron su trabajo. Sin embargo, nadie se sonreía al verles: tal aspecto tenían, huracán y fúido a la vez...

Un niño con su aro les separó. Calabacita

enrojeció como si hubiera sido sorprendida en pleno día por ojos indiscretos; tendió los brazos para coger su enorme cartera, de la que jamás se había separado; él se opuso... jamás volvería a llevar aquella carga. Entonces, la muchacha se retiró unos pasos, él quiso llamarla; pero como sin palabras se habían dicho cuanto tenían que decirse, no la retuvo y ella se alejó lentamente.

Baltasar la siguió con los ojos mientras la joven marchaba como quien va sin rumbo fijo, hasta que la ocultó un macizo de arbustos; la volvió a ver un poco más lejos y luego desapareció del todo. Entonces, sintiéndose incapaz de permanecer de pie, empezó a caminar vacilante como quien de pronto se encuentra sin luz y con miedo de no poder conseguirlo; llegó al banco del sacerdote y se sentó. Se dejó caer en tal actitud de agotamiento, que el sacerdote le dijo con paternal solicitud:

—¿Qué tiene usted, hijo mío? ¿Sufre usted?

—No... no... no sufro—murmuró—; sólo que lo que me sucede es tan extraordinario...

Tenía un aspecto turbado: el torbellino de los acontecimientos inexplicables seguía dando vueltas a su alrededor, y, sin saber lo que decía, preguntó a aquel bondadoso vecino

que se interesaba por él y que tal vez pudiera aconsejarle:

—¿Cree usted que debo correr tras ella?

—¿Tras de esa joven que se ha marchado?

—Sí.

—¿Es su hermana?

—No, una amiga.

—¿Está usted enfadado con ella?

—No... al contrario... Sólo que yo estoy prometido.

—¿A ella?

—No, a otra.

—¿Por la que abriga usted sentimientos de afecto?

—Apenas la conozco—afirmó Baltasar renegando de la señorita Rondot.

—¡Ah!

El sacerdote había tomado una posición de confesor que escucha, la barba apoyada en la mano y el codo en la rodilla. Su rostro, muy vulgar y desprovisto de inteligencia, ofrecía en el marco de los cabellos blancos dos enormes mejillas violáceas y dos gruesos párpados medio cerrados sobre unos ojillos que trataban de comprender.

—Y su familia ¿qué le aconseja a usted?

—Yo no tengo familia—dijo Baltasar, que, pensando en otra cosa, respondió a la aventura.

—¿No tiene familia? ¿No tiene padre?

—No tengo padre... O mejor dicho, sí; hay algunos que me han reclamado, pero el primero ha matado al segundo y el cuarto ha matado al último. En cuanto al tercero...

Hubiérase dicho que proponía una charada. El sacerdote pensó que aquel joven tenía la cabeza un poco trastornada y renunció a escucharle. Pero Baltasar continuaba como si el hablar le hiciera bien:

—Son historias sin importancia. El tener o no padre y familia me es completamente indiferente. Nada importa sino lo que ha pasado antes con Calabacita.

—¿Calabacita?

—Sí, la joven...

—¿Pero ése no es un nombre cristiano?

—Pero es el de Calabacita.

—¿De la que usted ama?

Quedó estupefacto de la expresión empleada por el sacerdote, ¿Cómo éste había adivinado, sin conocerle y sin conocer la situación, lo que él mismo no hacía más que sospechar?

—¿Cree usted verdaderamente que yo la amo, señor cura?

—Al menos me lo parece.

Baltasar movió la cabeza.

—Sí... sí, tiene usted razón. Yo no estaba muy seguro... ¡Es tan extraordinario!... pero en efecto, tiene usted razón...

Reflexionaba todavía; no se acostumbraba a esta verdad prodigiosa, en la que las pruebas aflúan invadiéndole poco a poco, pero no se atrevía a protestar, y, tomando el brazo de su vecino, dijo en tono confidente:

—Usted no puede imaginarse lo que es Calabacita, señor cura; yo mismo lo ignoraba y luego de pronto la veo tal como es, honrada, dulce, abnegada, inteligente y muy bonita, tan bonita como no se encuentran muchas, más bonita de lo que usted cree. Solamente, lo que me confunde es que, habiendo vivido uno al lado del otro, yo no haya visto nada de esto, ni su belleza, ni su gracia, ni su ternura. Se hubiera dejado matar por mí y yo no me hubiera enterado; estaba sordo y ciego.

Mire usted, señor cura; en un país perdido, al otro lado de Italia, la noche de cierto día en que mi madre, que luego fué ahorcada, nos hizo fusilar a mi padre y a mí (el sacerdote le miró con el rabillo del ojo), Calabacita me besó las piernas y sollozó porque yo sufría, y no comprendí. Y otro día me besó en la boca porque estaba triste, y no comprendí. No comprendí por qué me daba aquel beso y

por qué después de recibirlo desapareció mi tristeza.

¡Ah, señor cura! y lo inconcebible es que desde mi infancia busco alguien que me quiera; corro tras del afecto como un perro tras su amo, y lo que yo necesitaba tanto como el comer y el respirar, lo tenía a mi lado sin saberlo!... El amor, la dicha, vivían en el rincón del mundo en que habito y todo esto tenía un rostro y ojos que me miraban y que yo no veía!

Apretaba el brazo del cura hasta hacerle daño: éste escuchaba gravemente la declaración de amor que Baltasar dirigía a Calabacita, y en un momento de silencio, formuló:

—Desde luego, ¿va usted a casarse con ella, hijo mío?

Baltasar no pareció oírle y continuó fríamente:

—Señor cura, yo profesaba como teoría que no existen las aventuras y que la palabra aventura es un modo de designar los incidentes de la vida cotidiana y de darles proporciones de que carecen. Tenía razón, pero estaba también equivocado... Existen las aventuras; mejor dicho, no existe más que una, que es la aventura del amor. Es usted de mi opinión, ¿verdad, señor cura? El corazón es el

único y grande aventurero. Desde hace algunos meses he sufrido las pruebas más atroces, he conocido la tortura, la muerte, la traición y la ignominia. Estos no eran ciertamente, lo sigo hoy afirmando, más que hechos diversos de una vida en la que no ocurría gran cosa. Pero hoy, señor cura, todo cuanto puede haber de aventura en la vida de un hombre me agita y me trastorna. Al solo pensamiento de que Calabacita pudiera no amarme o serme infiel, siento que sería capaz de realizar todos los hechos terribles de que he sido víctima; que soy capaz de matar, sí, de matar, puesto que el otro día, antes de saber que la amaba, quise matar a un hombre que se atrevió a tomarla entre sus brazos...

Se interrumpió un segundo y añadió gravemente:

—Pero presiento también que nada de esto pasará porque Calabacita jamás me hará sufrir.

—Jamás—afirmó el sacerdote en tono convencido—. El matrimonio concede a los esposos virtudes particulares; una gracia especial.

Esta insistencia acabó por llamar la atención de Baltasar. De nuevo movió la cabeza.

—¿Es necesario casarse? Calabacita y yo

somos dos hijos del azar y a causa de esto vivimos un poco al margen de la sociedad. ¿A qué pedirle un apoyo que hasta ahora no nos ha concedido?

—No es un deber social el que yo invoco—dijo el sacerdote.

—Entonces, ¿qué deber?

—Su deber hacia Dios, hijo mío.

Baltasar vaciló antes de responder en voz baja:

—Señor cura, no quisiera herirle en sus convicciones; pero le confieso...

—¿Que está usted alejado de Dios?...

—Muy alejado.

—Es decir, que ¿no cree usted en El?

—Sí... sí; cuando me fusilaron rogué a Dios...

—¿Y los demás días de la vida...?

No respondió. El sacerdote sonrió.

—Muchas personas se figuran que no creen en Dios y creen más que otras que se dicen fieles. Usted es de los que poseen la fe, hijo mío.

—¿Está usted seguro, señor cura?

—Estoy seguro, puesto que cree usted en los beneficios del orden, en la necesidad de la regla, de la disciplina, del método, de la lógica, de la rectitud, ¿no es cierto?

—Sí, señor cura; creo de todo corazón.

—Eso es Dios, hijo mío. Todo el que se inclina ante tales leyes, se inclina en realidad ante El. Nunca he leído aquí (y señalaba su breviario) otra cosa que una llamada ferviente a esta doctrina. Es toda la religión divina y es sobre lo que la sociedad está constituida. Cátese con la señorita Calabacita, querido hijo mío, y estará usted conforme con la ley de Dios y con la de los hombres.

El sacerdote se levantó. Había terminado su pequeño sermón y dicho cosas que tenía costumbre de decir y en las cuales seguramente pensaba poco. Saludó cortésmente a Baltasar y se alejó con paso tranquilo. Los talones levantaban el borde de su sotana polvorienta y lustrosa.

Baltasar le olvidó en seguida y no prolongó un solo instante en sí mismo la entrevista en la que se había confesado tan ardientemente. Permaneció algunos instantes en una especie de embotamiento en el que pasaban y repasaban ante él diversas imágenes de Calabacita, todas graciosas y seductoras.

Después se levantó también y se alejó en otra dirección. La calle de Batignolles le llevó a los bulevares exteriores, de los que se desvió para dirigirse hacia el centro de París.

Compró un panecillo y se sentó en la terraza de un café, donde esperó la noche revolviendo con una paja el vaso de granadina. Ni uno solo de sus pensamientos, ni aun los más inestables, dejó de ser un pensamiento de amor. Su dicha era tan grande que retardaba el momento de ver a Calabacita y se conformaba con dirigir a la joven pequeños discursos inacabados en los que se expandía su alma feliz.

—Es extraño cómo te unes poco a poco a todos mis recuerdos y cómo invades mi existencia. Ahora comprendo que si preferí morir antes que casarme con la encantadora Hadidgé, fué por ti, Calabacita. Comprendo que jamás he amado a Violante y que, aun estando lejos de ti, yo procedía en todo bajo tu mirada y pensaba de acuerdo contigo. Y, remontando mi vida, me doy cuenta de que tú has sido el principio y la razón de todos mis actos. La primera vez que te vi en las Danaides siendo pequeñita, me robaste el corazón, Calabacita. No eras más que una niña y, sin embargo...

Al llegar la noche emprendió el camino de la ciudad de las Barracas. Encontró la caja de fósforos y todas sus cosas bien dispuestas, señal de que Calabacita había estado allí.

Se sentó ante la puerta y encendió su pipa. No había luna, sino un claro de estrellas que parecía el resplandor mismo de la sombra.

Una silueta pasó ante él. La puerta del cerado fué empujada, y vió a la joven, que entraba llevando en la mano y a la espalda varios objetos que no conoció al pronto.

La muchacha no se dirigió hacia él. Se encaminó hacia los dos árboles sin hojas y allí depositó en el suelo un objeto que debía ser una maleta y otro que era la cartera de cuero.

Después vió que Calabacita colgaba una hamaca entre los dos troncos de los árboles. Cuando terminó se acostó en ella y no volvió a moverse.

Baltasar pensó que desde aquel momento su destino estaba fijado. Calabacita había llevado a las Danaides su mobiliario y su ajuar.

Diez pasos les separaban a uno del otro; dejó transcurrir una hora; su corazón latía con violencia, y se dijo que el de Calabacita debía latir con el mismo ritmo que el suyo.

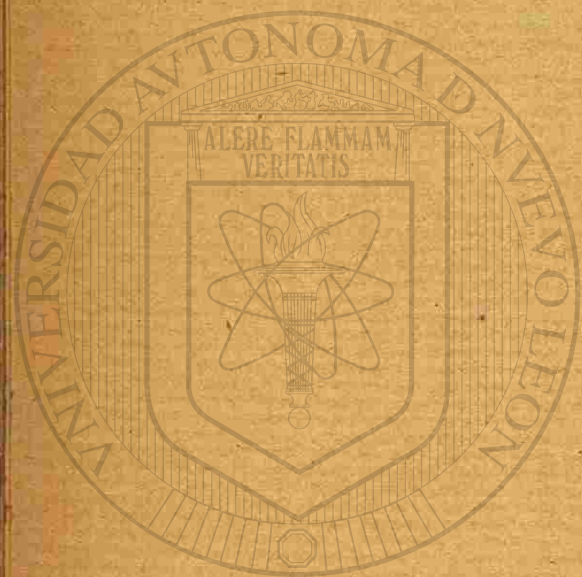
Temblando de emoción se aproximó; una mano de la joven pendía fuera de la hamaca y a punto estuvo de cubrirla de besos, así como su brazo desnudo; pero no lo hizo; había sentido el soplo de su respiración y com-

prendió que la joven dormía bajo la protección de su bien amado.

Entonces se puso de rodillas y permaneció silencioso, con la cabeza levantada hacia la hamaca inmóvil y hacia las estrellas que palpitaban en el espacio. Reconocía la forma de las constelaciones y recordaba las palabras del sacerdote sobre el orden inalterable de las cosas del cielo y de la tierra, sobre la ley necesaria, sobre la aceptación de la disciplina, sobre la obediencia a las reglas establecidas... Luego se durmió a su vez.

La aventura de Baltasar comenzaba...

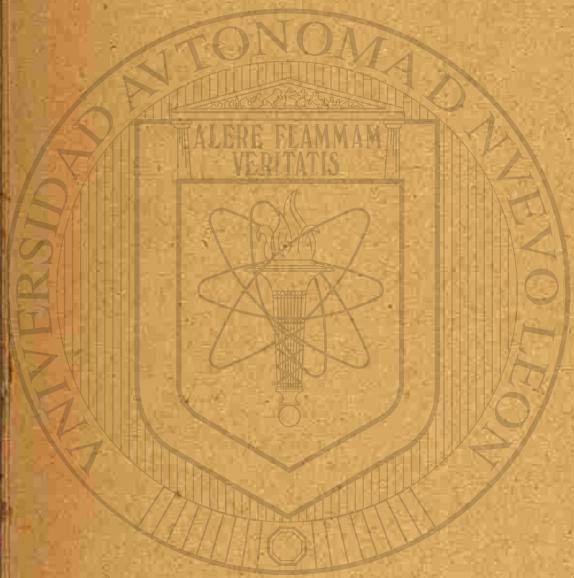
FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	<u>Páginas</u>
CAPITULO PRIMERO.—El héroe de una novela no es siempre un héroe.....	7
CAP. II.—Sólo los hechos de la vida cotidiana están a la altura de nuestro destino.....	25
CAP. III.—La predicción de la sonámbula.....	39
CAP. IV.—Los acontecimientos adquieren a veces las apariencias de la peor novela de aventuras.....	53
CAP. V.—«El dedal de plata» y «Los leones del Atlas».....	77
CAP. VI.—Fridolin vale por un regimiento....	99
CAP. VII.—Siempre queda sitio en un corazón amante.....	119
CAP. VIII.—Muero contento por la buena causa.....	131
CAP. IX.—No es más difícil conocer la razón de nuestra dicha que la de nuestros tormentos.....	145
CAP. X.—Amar... Matar.....	161
CAP. XI.—Mane-Thecel-Phares.....	175
CAP. XII.—«Mira primero cerca de ti».....	193



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M. AGUILAR=EDITOR

Marqués de



Apartado 8.011

Urquijo, 39

Teléf. 842 J.

MADRID

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Colección Literaria.

F. OSSENDOWSKI.—*Bestias, Hombres, Dioses*. (Un volumen de 330 páginas, 5 pesetas.)

La más extraordinaria odisea de los tiempos modernos y tal vez de los antiguos. Acosado por los bolcheviques, el autor de este libro ha vivido errante durante dos años a través de Siberia, de Mongolia y del Tibet. Su vida de Robinsón en plena selva durante varios meses; sus combates con los soldados rojos; las escenas de apocalipsis de que ha sido testigo; su permanencia en el Cuartel General del *Barón Ungern*, el dios terrible de la guerra y de los mongoles; su encuentro con los grandes misterios de las religiones tibetanas, con el *Buda vivo* y el diabólico *Lama vengador*; su encuesta sobre el enigmático *Rey del mundo* y el despertar de Asia, hacen de esta obra el libro más extraordinario de viajes y la obra más original de los tiempos modernos. ®

— *El Hombre y el Misterio en Asia*. (Un volumen de 300 páginas, 5 pesetas.)

El célebre autor de *Bestias, Hombres, Dioses* continúa en esta obra el relato de sus explora-

ciones y aventuras por la Siberia trágica y la Mongolia misteriosa. Los tipos, las leyendas y los lances que relata tienen tal fuerza dramática, y están envueltos en tal atmósfera de misterio, que el lector se siente sacudido por la escalofriante sensación de una trágica realidad.

— *De Presidente a la cárcel.* (Un volumen de 320 páginas, 5 pesetas.)

Si *Bestias, Hombres, Dioses y El Hombre y el Misterio en Asia*, del mismo autor, han sido juzgados por el público y la crítica como dos libros extraordinarios que cautivan y aterran, *De Presidente a la cárcel* desconcertará por la pintura terrible que hace el autor de sus aventuras en Siberia, como Presidente del Gobierno, primero; como presidiario, después. Bandidos, condenados, aventureros, tipos misteriosos que parecen fantásticos, desfilan por este libro, en cuyas páginas deja cada uno de ellos la huella imborrable de sus vidas trágicas y atormentadas, en las que, a veces, aparece una emocionante lágrima de ternura infinita.

F. OSSENDOWSKI.—*La sombra aterradora del Este.*—(Un volumen de cerca de 300 páginas, 5 pesetas.)

El mundo eslavo, el mongol y el chino, tan llenos de enigmas y de sorpresas, lo describe y recuerda el autor al continuar el relato de sus dramáticas y apasionadas aventuras, que tanto interesaron al publicarse los anteriores volúmenes de este autor, hoy de fama mundial.

S. PALEN.—*Cómo se escapó el Demonio Blanco del Mar Negro.* (Un volumen de 320 páginas, 5 pesetas.)

«El libro de Palen es una pintura terrible de la más grande tragedia de los tiempos modernos, y acaso de todos los tiempos: la destrucción de una civilización... Decir que *El Demonio Blanco* es una narración absorbente, es em-

plear un término tan débil como banal. El relato es más que absorbente, y cautiva la atención»—(*The New York Times*.)

— *El dragón rojo.* (Un volumen de unas 300 páginas, 5 pesetas.)

Los acontecimientos que se vienen desarrollando en China, y cuyo misterioso origen y finalidad tanto intrigan al mundo, sirven de base a esta novela, cuyo autor ha vivido en el Celeste Imperio una vida de peligro y aventuras para descubrir el funcionamiento de las sociedades secretas chinas y las hazañas de los piratas de los ríos, envuelto todo ello en una dramática aventura en la que toman parte espías, revolucionarios rusos, conjurados, tipos todos ellos representativos de las diversas fuerzas y elementos que dirigen en la sombra la gran tragedia cuyos primeros chispazos retienen hoy la atención de los gobiernos de todos los países.

GEORG POPOFF.—*La Inquisición Roja (La Cheka).* (Un volumen de 320 páginas, 5 pesetas.)

«He aquí un libro escrito por un periodista que parece conocer a fondo la Rusia anterior y posterior a la revolución soviética. He aquí un libro lleno de precisiones, de cosas vistas y oídas, testimonios concretos de sucesos que le han acaecido al autor personalmente. Y su lectura, que embarga como una novela, deja en el ánimo una impresión de pesadilla, de sueño horrible y fantástico.»—(*M. G. Morente, en la Revista de Occidente*.)

H. G. WELLS.—*Los rincones secretos del corazón.* (Un volumen de 330 páginas, 4 pesetas.)

En esta novela, inspirada en la psico-análisis, el prócer del pensamiento inglés desarrolla un tema completamente nuevo, y muestra hasta qué punto el alma de un hombre puede ser turbada por los misterios profundos de la sensualidad.

— *El Nuevo Maquiavelo*. (Un volumen de 400 páginas, 6 pesetas.)

El genial novelista inglés se muestra en *El Nuevo Maquiavelo* hondísimo psicólogo, acerado ironista e implacable vivisección de la sociedad inglesa, tan llena de prejuicios, tan rancia, pero incommoviblemente grande en su esencia. La pasión «blanca», constructora del Estadista en su acepción más plenamente moderna, se desenvuelve al mismo tiempo que la pasión «roja», disolvente de los sentidos en un hombre de carne y hueso, y culmina entre rasgos del más puro humorismo y de suave ternura, en un conflicto en el que vence la independencia del corazón.

Esta obra es, sin disputa, la novela más humana y amplia del famoso autor de tantas obras maestras y la pintura más acabada de la época, así como una rotunda protesta contra las injusticias sociales y una acabada anticipación de un mundo mejor.

H. G. WELLS.—*La llama inmortal*. (Un volumen de unas 300 páginas, 5 pesetas.)

El protagonista de esta emocionante novela, un hombre acosado por todas las desdichas, da ocasión a Wells para expresar sus ideas metafísicas y mostrar la evolución de su pensamiento. Expone con gran precisión su concepción de la verdad, sus creencias que reposan en una fe firme en un Dios personal con el que puede entrar en comunión, y nos lleva al desenlace por un camino maravilloso de brillantes y sugestivas ideas.

Del mismo autor, en preparación, *El padre de Cristina Alberta*.

— *Breve historia del Mundo*. (Un volumen de 500 páginas, con 12 mapas. En rústica, 10 pesetas; en tela, 12 pesetas.)

EN UN BREVE PRÓLOGO DICE EL AUTOR:

«Es mi propósito que esta *Breve Historia Universal* se lea casi con la misma facilidad que

una novela. Ella da cuenta, de un modo muy general, de nuestro conocimiento actual de la Historia, libre de elaboraciones y complicaciones. Así, el lector consigue aquella visión histórica de conjunto que constituye el andamiaje necesario para estudiar un período determinado o la historia de un país. De aquí su utilidad como excursión preparatoria antes de emprender la lectura del *Bosquejo de la Historia*, del mismo autor, trabajo mucho más completo y explícito. Pero su finalidad especial es la de resolver el problema de aquellos lectores, no especialistas, que quieren refrescar o rehacer sus concepciones anticuadas o fragmentarias de los grandes acontecimientos de la humanidad, y sin embargo, por sus ocupaciones, no pueden entregarse al estudio detallado de los mapas y cartas históricas que figuran en el *Bosquejo*. El presente trabajo no es el extracto o condensación de una obra anterior. Ni el fin del *Bosquejo* consentiría tampoco condensaciones ulteriores. Aquí se trata de una historia mucho más generalizada, concebida y escrita de nuevo.—*H. G. Wells.*»

MARCEL PRÉVOST (de la Academia Francesa).—*Su querida y yo*. (Un volumen de 250 páginas, 5 pesetas.)

Es un libro angustioso y humano, áspero y generoso, de una rara fuerza y sutileza de análisis, que expone en toda su angustia un problema moral de alta transcendencia. Con un poderoso y sobrio movimiento narrativo, el autor nos arrastra a la dolorosa lucha en que se debaten noblemente los dos protagonistas, héroes de la sombría y ardiente historia de amor que narra Marcel Prévost.—(*Henri de Regnier*, de la Academia Francesa, en *Le Figaro*.)

ERNEST PEROCHON.—*Los hombres frenéticos*. (Un volumen de 300 páginas, 5 pesetas.)

Dramática narración del fin de la Humanidad en la era científica, después de nuestra edad cris-

tiana... Sus odios y su omnipotencia empujan a los hombres a un frenético aniquilamiento de la alta civilización lograda... La vida se extingue a causa de una espantosa destrucción química de las fuerzas genésicas... Pero sobreviene una milagrosa resurrección, evocación de los tiempos primitivos, narrada en un lenguaje patético, bíblico...

LEONARD ROSSENTHAL.—*Hagamos fortuna.* (Un volumen de 300 páginas, 4 pesetas.)

El autor de este libro es uno de los hombres de negocios más conocidos y poderosos de Europa. Como casi todos los que esclavizaron la Fortuna, tuvo principios modestísimos y conoció los días negros de miseria y de incertidumbre. En las páginas de esta obra, salpicadas de lances y anécdotas que hacen su lectura atrayente como la de una sugestiva novela, hay enseñanzas y consejos, arrancados a una dura experiencia, que serán de gran utilidad para la juventud y de estímulo para vencer las horas de duda y descorazonamiento—las más dolorosas de la vida—, que tan a fondo conocen los hombres de lucha.

BERNARD SHAW: *Comedias desagradables* (5 pesetas). *Comedias agradables* (6 pesetas). *Hombre y superhombre* (6 pesetas).

MARIO MEUNIER.—*La leyenda dorada de los dioses y de los héroes.* (Un gran volumen de 300 páginas magníficamente presentado, 6 pesetas.)

«Lo que, a mi juicio, constituye el mérito de *La leyenda dorada de los dioses y de los héroes* es que se encuentran, en pocas páginas, todas las aventuras y todas las encarnaciones de los personajes míticos. Mario Meunier ha tenido el arte de reunir las todas. Este libro debe ser divulgado, recomendado, amado, a fin de que esa superhumanidad estética que ha alimentado el pensamiento de la humanidad no sea definitivamente proscripta de la tierra.» (Edmond Jaloux en *Les Nouvelles Littéraires*.)

MAURICE DEKOBRA.—*La Madona de los coches-camas.—Griselda, te amo... Ha muerto una cortesana.* (5 pesetas volumen.)

Maurice Dekobra es tal vez de los novelistas de aventuras el más brioso, el más imaginativo, el más seductor de nuestro tiempo. Su imaginación exuberante se complace en proyectar sobre la blanca pantalla de papel la emocionante película impresa de unas vidas humanas lanzadas por el torbellino social de nuestra época en cosmopolitas aventuras llenas de dramático interés y de humorismo. Tanto en *La Madona de los coches-camas* como en *Griselda, te amo...*—que en Francia han alcanzado enorme tiraje—el lector se ve subyugado inmediatamente por los percances fantásticos y al mismo tiempo reales, humanos, rientes o dolorosos, picantes o tiernos, de unos personajes a quienes Maurice Dekobra sabe hacer simpáticos desde el primer momento. Es el milagro de su estilo vivo, flexible, chisporroteante, audaz...



U A

DAD AUTÓNOMA DE BENETTON
CIÓN GENERAL DE B

EC